Un aristócrata peligroso
Carole Mortimer



UN ARISTÓCRATA PELIGROSO, N.º 59 - noviembre 2011
Título original: Jordan St Claire: Dark and Dangerous
Colección: MINISERIE BIANCA
Tema: Miniserie: Aristócratas
Número: 59 - Páginas: 192
Publicación eBook: 10/11/2011
ISBN eBook: 9788490100547

Argumento:

Él se comportaba como una fiera, pero ella se sentía desfallecer en sus brazos.

La fisioterapeuta Stephanie McKinley se quedó de piedra al ver que su último cliente era el actor Jordan Simpson, al que siempre había admirado. Ahora ella tenía que enfrentarse al hombre real que se ocultaba tras esa fachada de estrella de cine. Él se estaba recuperando de un accidente en su fabulosa mansión familiar y no podía decirse que fuera un buen paciente, más bien todo lo contrario. Pero logró despertar los sentidos dormidos de Stephanie como ningún otro hombre había hecho…

Prólogo

CREO que debería advertirla, señorita McKinley; en este momento mi hermano se está comportando como un patán arrogante.

Debía de ser cosa de familia, pensó Stephanie irónicamente mientras miraba a Lucan St Claire, que estaba sentado detrás de su escritorio en la oficina londinense de la Corporación St Claire. Alto, moreno y con un atractivo aristocrático, con un aire de lejanía que rozaba la frialdad, no le parecía patán en absoluto; pero aquel hombre debía de ser la epítome de la arrogancia.

El hecho de que no mostrase ningún interés en ella como mujer debía de tener algo que ver con los pensamientos poco amables de Stephanie; pero una chica siempre podía soñar que la perseguía un hombre guapo, alto y rico, ¿verdad? Que Lucan St Claire tuviera más dinero que algunos países pequeños, y que saliese sólo con rubias de piernas interminables, completamente opuestas a ella, con su altura media y su melena rojiza, probablemente tuviese que ver con su falta de interés. Además, si no hubiera ya suficientes cosas en su contra, ella era simplemente la fisioterapeuta que aquel hombre pensaba contratar, con suerte, para ayudar a la recuperación de su hermano pequeño.

Ella le devolvió la oscuridad penetrante de su mirada.

–Casi todas las personas con dolores tienden a volverse… un poco agresivas en su comportamiento, señor St Claire.

Él sonrió secamente.

–Creo que descubrirá que Jordan es muy agresivo.

Stephanie repasó mentalmente los hechos relevantes que ya tenía sobre el hombre que iba a ser su próximo paciente. En el terreno personal, sabía que Jordan St Claire tenía treinta y cuatro años, y que era el menor de tres hermanos. En el terreno médico, sabía que Jordan había estado implicado en algún tipo de accidente seis meses atrás, que había resultado en la rotura de casi todos los huesos del lado derecho de su cuerpo. Numerosas operaciones más tarde, su movilidad aún era reducida y él se había retirado del mundo a su casa de campo en Inglaterra, sin duda con la intención de lamer sus heridas en privado.

Hasta el momento, Stephanie no veía nada raro en su comportamiento.

–Estoy segura de que no será nada que no haya visto en otros pacientes, señor St Claire –dijo ella con determinación.

Lucan St Claire apoyó los codos en su escritorio y la miró por encima de sus dedos entrecruzados.

–Lo que trato de explicarle es que posiblemente Jordan no se muestre muy… entusiasta, por así decirlo, ante la idea de que otra fisioterapeuta más trabaje con él.

Dado que Stephanie nunca se había considerado «otra fisioterapeuta más», el comentario no le resultó muy halagador. Estaba orgullosa del éxito que había logrado en su clínica privada durante los últimos tres años. Hasta el punto de que la mayoría de sus clientes acudían por recomendación de sus médicos o de otros pacientes satisfechos.

Por lo que Stephanie había leído en el informe médico que estaba sobre el escritorio de Lucan St Claire, un informe confidencial al que probablemente no debería tener acceso, los

cirujanos habían hecho su trabajo y ahora dependía de Jordan St Claire hacer el resto. Algo que no parecía muy dispuesto a hacer…

Stephanie entornó los ojos mientras observaba el rostro altivo que tenía delante.

–¿Qué es lo que me está ocultando, señor St Claire? –preguntó finalmente.

Él le dedicó una breve sonrisa.

–Veo que su reputación de profesional directa hace honor a la verdad.

Stephanie era muy consciente de que su actitud era brusca y su apariencia, seria. Aquel día llevaba el pelo recogido en una trenza y llevaba sólo un poco de rímel en las pestañas, que rodeaban unos ojos verdes y fríos. Sabía que esa apariencia daba siempre la impresión de que no se implicaba emocionalmente, lo cual no era cierto, por supuesto, pero empatizar con sus pacientes era una cosa y permitirles ver esa empatía era otra bien distinta.

En cuanto a su reputación como profesional…

Gracias a Dios, Lucan St Claire no dio muestras de haber oído los rumores en relación con la reciente acusación de Rosalind Newman; según decía, Stephanie había tenido una aventura con su marido, Richard, mientras era su fisioterapeuta. De haber oído los rumores, era improbable que quisiera contratarla.

–Nunca le he encontrado el sentido a no ser sincera –contestó ella–. Sobre todo en lo referente a mis pacientes.

Lucan asintió convencido.

–Jordan no aceptaría nada menos –se recostó en su asiento de cuero negro.

–¿Y…? –Stephanie lo atravesó con su mirada verde. Si iba a trabajar con el hermano de aquel hombre, tenía que saber todo lo que hubiese que saber sobre él; no sólo su historial médico.

–Y Jordan no sabe nada sobre mi intención de contratarla a usted –contestó él con un suspiro.

Stephanie ya sospechaba que ése podía ser el caso. Resultaba una complicación para su trabajo que el paciente se mostrase hostil hacia ella incluso antes de haber empezado a trabajar con él, pero ya había trabajado antes con pacientes difíciles. De hecho casi todos sus pacientes eran difíciles; su reputación de ser capaz de tratar con pacientes poco colaboradores era la razón por la que no le había faltado trabajo desde que abriese la clínica.

–¿Debo interpretar por su comentario que tiene intención de presentárselo como un hecho consumado?

–En cualquier caso, es probable que le diga que se vaya, y de manera poco amable.

Stephanie apretó los labios.

–Si me contratara, tendríamos que conseguir que fuera imposible que pudiera decirme que me marchara, amablemente o no. Según creo, ha dicho que la casa en la que está alojado en Gloucestershire es suya, ¿verdad?

Lucan la miró con desconfianza.

–Es parte de una finca propiedad de la Corporación St Claire, sí.

–Entonces, como director de la corporación, usted tiene derecho a decidir quién se queda y quién se va.

–¿No le importaría presentarse allí sin más y enfrentarse a las consecuencias?

–Si mi paciente no me deja otra opción, no. No me importaría –le aseguró ella.

–Tengo la impresión de que Jordan encontrará en usted la horma de su zapato.

–¿Entonces ha decidido elegirme para trabajar con su hermano?

–Trabajar con Jordan puede ser una exageración –explicó Lucan–. Jordan ha dejado muy claro que no quiere que la gente lo trate y lo mire como si fuera un insecto en un frasco.

–Yo nunca hago eso, señor St Claire –contestó Stephanie secamente. Su interés por el caso aumentaba mientras pensaba en el duro trabajo que tenía por delante–. Puedo empezar la semana que viene, si le parece bien –no tenía intención de dejarle ver a aquel hombre lo aliviada que se sentía ante la posibilidad de poder abandonar Londres durante un tiempo.

Y alejarse de las falsas acusaciones de Rosalind Newman sobre la supuesta aventura con su marido.

–Me parece perfecto –contestó él. Parecía aliviado de ver que nada de lo que le había dicho sobre su hermano hubiese logrado disuadirla.

Stephanie comprendía ese alivio demasiado bien; sabía que a menudo la incapacidad de los pacientes de afrontar su enfermedad afectaba a la familia casi tanto como a ellos. A veces más. Y por mucho que Lucan St Claire fuese conocido por su frialdad y su arrogancia, obviamente quería mucho a su hermano.

–Necesitaré una llave de la casa donde se aloja, e indicaciones para llegar hasta allí –dijo–. Lo que ocurra después déjemelo a mí.

Capítulo 1

¿ QUIÉN diablos es usted? ¿Y qué está haciendo en mi cocina?

Stephanie había llegado a la casa situada a la entrada de Mulberry Hall hacía una hora, y había llamado al timbre y a la puerta. Luego, decidió que o bien Jordan St Claire no estaba en casa o se negaba a contestar. Así que no le quedó otra opción que entrar con la llave que Lucan St Claire le había dado. Al entrar en la cocina y ver el desastre que allí había, no se había molestado en seguir avanzando. Los platos sucios y el desorden eran una completa afronta para su necesidad innata de orden y limpieza. Dudaba que Jordan se hubiera molestado en fregar una simple taza o un plato desde su llegada a la casa un mes atrás.

–¿Esto es una cocina? –siguió recogiendo la vajilla sucia, que parecía inundar cada superficie, antes de dejarla en el fregadero lleno de agua caliente con jabón–. Creí que era un laboratorio de cultivos bacteriológicos –se dio la vuelta para dirigirle una mirada reprobatoria al hombre que la miraba con desconfianza.

Y entonces sintió la necesidad de apoyarse contra uno de los armarios de la cocina para no caerse cuando lo reconoció. A pesar de su pelo largo y revuelto y de la barba de varios días que cubría su mandíbula cuadrada, y pese a la camiseta negra y vaqueros gastados ligeramente holgados, no cabía duda de su identidad.

A Stephanie le costó un gran esfuerzo mantener su expresión fría y distante al encontrarse frente a frente no con Jordan St Claire, sino con el actor mundialmente famoso Jordan Simpson.

Era cierto que el pelo revuelto y la barba lograban disimular casi todo su atractivo, lo cual probablemente fuese su intención, pero no había manera de ignorar aquellos fascinantes ojos color ámbar. Las descripciones de los críticos sobre el color de los ojos difería entre oro fundido y ámbar, pasando por canela; pero, fuese cual fuese el color, la descripciones siempre iban precedidas de la palabra «fascinantes».

Como admiradora del actor inglés, que había conquistado Hollywood diez años atrás cuando, siendo relativamente desconocido, había obtenido el papel protagonista en una película que había sido éxito de taquilla, Stephanie sabía perfectamente quién era. Debería saberlo, pues había visto todas sus películas; unas veinte hasta la fecha. Un par de ellas incluso le habían reportado Óscares por sus interpretaciones, y habría reconocido aquellos rasgos cincelados incluso en la oscuridad. En sus fantasías con aquel hombre, siempre había sido en la oscuridad…

Además, sabía que Jordan Simpson se había caído desde lo alto de un edificio hacía seis meses durante el rodaje de su última película. Los periódicos se habían llenado de especulaciones en su momento y habían insinuado que Jordan había quedado severamente desfigurado. Que tal vez no volviera a caminar jamás. Que quizá no volvería a trabajar.

A Stephanie no le cabía ninguna duda. El corazón le latía con fuerza y sentía las mejillas sonrojadas. Tal vez Jordan caminase con ayuda de un bastón, pero seguía siendo el actor increíblemente guapo con el que había estado obsesionada durante años. Un pequeño hecho que Lucan St Claire había olvidado mencionarle la semana anterior, pensó con cierto resentimiento. Le habría gustado que la hubiese advertido.

–¡Muy graciosa! –gruñó Jordan en respuesta a su comentario sobre la cocina. Estaba en

la puerta, apoyado sobre el bastón de ébano que tenía que llevar consigo si no quería acabar de cara contra el suelo–. Eso sigue sin explicar quién es y cómo ha entrado.

Jordan estaba durmiendo, tumbado en la cama que habían llevado al comedor porque no podía subir las escaleras, cuando oyó a alguien moverse por la cocina. Lo primero que pensó fue que se trataba de un ladrón, pero los intrusos normalmente no se quedaban a lavar los platos.

–Tengo una llave –respondió la pelirroja.

–¿Y quién se la ha dado?

–Su hermano Lucan.

Jordan frunció el ceño.

–Si el metomentodo de mi hermano la ha enviado aquí como ama de llaves, creo que debería saber que no necesito ninguna.

–Las evidencias demuestran lo contrario –contestó ella, le dio la espalda y siguió moviéndose con eficiencia por la cocina, recogiendo más platos sucios y apilándolos en el escurridor. Y aquello le dio a Jordan la oportunidad de comprobar como la camiseta blanca se ceñía a sus pechos firmes y a su vientre plano, y terminaba un par de centímetros por encima de los vaqueros, que envolvían unas nalgas perfectas.

Genial; la única parte de su cuerpo que no le dolía ya por sus lesiones acababa de inflamarse y empezaba a palpitar.

Era la primera vez que sentía el más mínimo interés sexual hacia una mujer desde el accidente que había tenido seis meses atrás; pero teniendo en cuenta las penosas condiciones en las que se encontraba el resto de su cuerpo, no era un interés que recibiera con especial alegría.

–Casi todas esas cosas irán al lavavajillas –le dijo mientras la pelirroja comenzaba a fregar los platos que había metido en el agua caliente del fregadero.

–Podrían haber ido al lavavajillas después de haber sido usados –le corrigió ella sin darse la vuelta–. Ahora habrá que aclararlos primero.

–¿Está insinuando que soy un guarro?

–Oh, no era una insinuación –respondió ella.

–A lo mejor no se ha dado cuenta, pero estoy ligeramente impedido –se defendió Jordan; de todas maneras, últimamente no tenía mucho apetito, pero cuando tenía hambre, la cadera y la pierna le dolían tanto cuando terminaba de preparar la comida y de comérsela que no se sentía con fuerzas para fregar los platos.

La pelirroja dejó de fregar, se dio la vuelta lentamente y lo miró con unos enormes ojos verdes.

–Vaya –dijo–. He de admitir que no esperaba que jugara tan pronto la carta de «estoy tullido».

Jordan tomó aliento y agarró el mango del bastón con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

–¿Qué acaba de decir?

Stephanie siguió mirando a Jordan a los ojos, incluso mientras advertía el ligero matiz

grisáceo que habían adquirido sus ya de por sí pálidas mejillas, así como la rigidez de un cuerpo que obviamente mostraba los síntomas del dolor y de la enfermedad.

Acostumbrada a ser una absoluta profesional en lo referente a su trabajo, a Stephanie estaba costándole trabajo enfrentarse al atractivo oscuro y sensual de Jordan con su habitual distancia. De hecho, había evitado mirarlo durante unos minutos en un esfuerzo por recuperar la compostura. Stephanie, que normalmente mantenía la cabeza fría con los hombres, había arrastrado a su hermana a ver todas las películas de Jordan Simpson, sólo para poder sentarse en la oscuridad del cine y deleitarse con su imagen en la gran pantalla antes de poder comprar más tarde el DVD de la película y deleitarse en privado. Su hermana Joey iba a partirse de la risa cuando supiera a quién tenía como paciente.

Su expresión permaneció fría y calmada al darse cuenta de que, por fortuna, apenas había nada reconocible del atractivo actor en el hombre pálido y demacrado que tenía delante. ¡Salvo por aquellos ojos!

–Lo siento. Creí que era así como se consideraba a si mismo. Como un tullido.

–Da igual quién sea y lo que esté haciendo aquí –contestó él con un brillo peligroso en la mirada–. ¡Simplemente lárguese de mi casa!

–Me parece que no.

Jordan frunció el ceño ante su respuesta calmada.

–¿Perdón?

Stephanie sonrió al ver la furia que Jordan estaba intentando en vano contener.

–Esta casa es de su hermano, no de usted, y el hecho de que Lucan me diera una llave para entrar demuestra que no le importa que esté aquí.

Jordan tomó aliento.

–A mí sí me importa.

Ella volvió a sonreír ligeramente.

–Por desgracia usted no es el que paga las facturas.

–¡No necesito una maldita ama de llaves! –repitió él, frustrado.

–Como ya he dicho, eso es cuestionable –bromeó Stephanie mientras se dirigía a secarse las manos con un trapo que también parecía necesitar un cara a cara con el jabón–. Stephanie McKinley –le ofreció la mano seca–. Y no soy un ama de llaves.

Una mano que Jordan eligió ignorar antes de mirarla con los párpados entornados. De unos veintitantos años, aquella mujer tenía unas pestañas increíblemente largas y oscuras que enmarcaban unos ojos de un verde profundo, y las pecas que normalmente acompañaban a un pelo tan rojo como el suyo estaban dispersas sobre su pequeña nariz. Sus labios eran carnosos, el de abajo ligeramente más que el de arriba, sobre una barbilla puntiaguda y decidida. También tenía un cuerpo sensual bajo la camiseta blanca y los vaqueros, así como una lengua viperina.

Nadie en los últimos meses, ni siquiera sus dos hermanos, se había atrevido a hablarle como acababa de hacerlo Stephanie McKinley.

–¿De qué conoce a Lucan? –preguntó de pronto.

–No lo conozco –tras encogerse de hombros, la mujer dejó caer la mano a un lado–. Al

menos no de la manera en que cree.

Jordan llevaba de pie más tiempo del habitual, y como consecuencia comenzaba a dolerle la cadera. Mucho.

–¿La idea que Lucan tiene de una broma es pagar a una mujer para que se vaya a la cama conmigo?

Stephanie sonrió frente a aquel insulto deliberado; al mismo tiempo que se preguntaba si el hombre frío y distante que había conocido la semana anterior tendría sentido del humor.

–¿Le parezco una mujer a la que los hombres pagan para irse a la cama con ellos?

–¿Cómo diablos debería saberlo? –preguntó Jordan.

–¿Quiere decir que normalmente no tiene que pagar a una mujer para que se vaya a la cama usted? –eso era algo de lo que era bien consciente; Jordan Simpson tenía problemas para sacar a las mujeres de su cama, y no al revés.

–Normalmente no.

Stephanie se dio cuenta de que estaba intentando abochornarla con la intimidad de la conversación. Y estaba consiguiéndolo, lo cual no era bueno dadas las circunstancias.

–Le aseguro que no tendría ningún interés en irme a la cama con un hombre tan lleno de autocompasión que no sólo se ha apartado de su familia, sino del resto del mundo.

–¿Y qué diablos sabe usted al respecto? –preguntó él con desprecio–. No la veo sufriendo las miradas compasivas cada vez que sale a la calle, cuando cojea por ahí con la ayuda de un bastón para no quedar en ridículo al caerse.

Stephanie dudó un instante antes de contestar.

–No, ya no…

–¿Qué se supone que significa eso?

Stephanie lo miró fijamente a los ojos.

–Significa que, cuando tenía diez años, sufrí un accidente de coche que me dejó confinada a una silla de ruedas durante dos años. No pude caminar en absoluto durante ese tiempo, ni siquiera «cojear por ahí con la ayuda de un bastón». Usted, por otra parte, sigue pudiendo mover las dos piernas, y por eso no recibirá por mi parte una de esas miradas compasivas que tan ofensivas le parecen.

Normalmente Stephanie no les hablaba a sus pacientes de los años que había pasado en una silla de ruedas. No veía razón para hacerlo, y tampoco lo habría hecho en esa ocasión si el tono desafiante de Jordan no hubiera hurgado en la herida.

–¿Usted tuvo suerte por volver a andar y ahora cree que a todo el mundo que está en la misma situación le va a pasar lo mismo? –preguntó él.

–Usted ha tenido la mala suerte de sufrir lesiones que le han hecho alejarte de lo que era antes. O vive con ello o se enfrenta a ello, pero no se esconda aquí, sintiendo pena.

De pronto Jordan la miró con una súbita comprensión.

–Si Lucan no la ha enviado aquí para acostarse conmigo, ¿entonces quién diablos es? ¿Otro médico? ¿O quizá el arrogante de mi hermano ahora piensa que necesito un loquero?

–Según leí en tu informe médico, no sufrió daños en la cabeza cuando se cayó.

–Así es –respondió él con sequedad.

–¿Cree que necesita un psiquiatra?

–No pienso jugar a este juego con usted, señorita McKinley.

–Le aseguro que esto no me parece un juego, señor Simpson.

–¿Sabe quién soy? –preguntó Jordan.

–Claro que sé quién es. Es un hombre muy conocido. Obviamente no se siente encantador y atractivo como siempre, pero sigue siendo usted.

¿Seguía siéndolo? A menudo Jordan se lo preguntaba. Hasta hacía seis meses disfrutaba de la vida. Vivía en California. Trabajaba en lo que le gustaba. Era lo suficientemente «encantador y atractivo» para irse a la cama con cualquier mujer que le interesase. Desde el accidente, eso había cambiado. Él había cambiado.

–En ese caso, señorita McKinley, lo que necesito es alguien que encuentre un guión donde necesiten un protagonista masculino que cojee. ¿Conoce alguno? –preguntó mientras se apartaba de ella, apoyándose en el lado derecho como de costumbre, mientras el músculos y los huesos dañados de la cadera y de la pierna protestaban por el movimiento. ¡Le dolía se moviese o no!

–Así, de pronto, no –contestó la pelirroja–. Y no necesitaría uno si concentrase sus energías en recuperar la movilidad de esa pierna en vez de autocompadecerse.

–¡Maldita sea! –exclamó Jordan–. Es usted otra sádica fisioterapeuta, ¿verdad? Ha venido a machacar y masajear hasta que no pueda soportar más el dolor –era una afirmación, no una pregunta; Jordan había tenido un fisioterapeuta tras otro trabajando en su pierna y en su cadera durante meses, desde que el cirujano terminase de recomponerle los huesos. Ninguno de ellos había logrado más que enviarlo directamente al infierno.

–El hecho de que la pierna aún le duela podría ser algo positivo, no negativo –respondió Stephanie McKinley.

–¡Pensaré en eso a las dos de la mañana, cuando no pueda dormir porque el dolor me esté volviendo loco!

Cuando Lucan St Claire había advertido a Stephanie de que su hermano era muy agresivo, se había olvidado de añadir lo testarudo e irracional que podía llegar a ser.

–En este caso, el dolor podría ser algo bueno; podría significar que los músculos se están regenerando –explicó ella pacientemente.

–¡O podría significar que se están muriendo!

–Bueno, sí… –no tenía sentido mentirle en lo referente a esa posibilidad–. Podré decirte más cuando haya trabajado con ellos…

–La única parte de mi cuerpo con la que podría querer que trabajase una mujer está un par de centímetros más arriba del muslo –respondió él.

Stephanie no pudo evitar ruborizarse y deslizar la mirada instintivamente hacia la zona en cuestión. Esa zona en particular de su anatomía parecía funcionar con normalidad, a juzgar por el enorme bulto que se adivinaba bajo los vaqueros.

Jordan St Claire; no, Jordan Simpson, estaba físicamente excitado. Con ella.

No, no con ella en particular, se recordó con impaciencia. Dudaba mucho que aquel hombre hubiese permitido acercarse a alguna mujer desde el accidente, y tras seis meses de

celibato, probablemente ella fuese la primera mujer razonablemente atractiva que hubiese visto en un tiempo; por tanto le habría excitado una monja, siempre y cuando tuviera pechos.

–Si está intentando avergonzarme, señor Simpson…

–Entonces lo he conseguido –contestó él mirando sus mejillas sonrojadas con actitud triunfal.

–Puede –admitió ella–. ¿Y saber eso le hace sentirse bien? –lo miró mientras él le dirigía una sonrisa arrogante. Una sonrisa sexy que le recordó que aquel hombre era el actor con el que había fantaseado durante diez años.

Él se encogió de hombros.

–No importa si me hace sentir bien o no. Pienso olvidar que usted existe en cuanto salga por la puerta.

En esa ocasión, fue Stephanie la que sonrió.

–Son ustedes una familia muy arrogante, ¿verdad?

Jordan se carcajeó.

–¿A cuántos de nosotros conoce?

–Sólo a Lucan y a usted…

–¿Y cree que nosotros somos arrogantes? –resopló con incredulidad–. Créame, no sabrá lo que es la arrogancia hasta que no haya conocido a Gideon.

–¿Su gemelo?

–Parece saber mucho sobre mí.

–Creo que es dominio público que Jordan Simpson tiene un hermano gemelo –respondió ella encogiéndose de hombros.

–Gideon y yo sólo somos mellizos, no gemelos idénticos.

¡Gracias a Dios! Stephanie no estaba segura de que el mundo y ella pudieran soportar que hubiese dos hombres con el atractivo físico de Jordan.

Aún tenía que decidir si aquel hombre representaba un problema para trabajar con él; además de la necesidad que sentía de arrancarle la ropa y lanzarse a la cama con él cada vez que lo miraba. Pero eso sería normal. Miles de mujeres debían de sentir lo mismo por el actor Jordan Simpson. Salvo que ninguna de esas mujeres tenía que actuar como una profesional y tratar a ese hombre como a cualquier otro paciente, cosa que él no era para Stephanie.

Suspiró cansada mientras se apartaba de la cara algunos mechones de pelo que habían escapado de su trenza.

–Mire, señor Simpson, he tenido un largo camino desde Londres, y además me vendría bien algo de comer. ¿Así que cree que podríamos hacer una tregua el tiempo suficiente para que pueda preparar algo de cenar?

Jordan entornó los ojos. Por un lado quería que aquella mujer desapareciera para siempre, pero, por otro, la mención de la comida le recordó que tenía hambre; otro efecto secundario de las malditas pastillas que tomaba para poder descansar un poco.

–Eso depende –murmuró finalmente.

–¿De qué?

–De que sepa o no cocinar, claro. Si me pone delante otro plato de judías cocidas con tostadas, puede que se lo tire a la cara –desde que se mudara allí un mes atrás, había estado viviendo a base de cosas con tostadas, demasiado dolorido y sin apetito como para molestarse en cocinar otra cosa.

Lucan se había tomado la molestia de enviarle a aquella mujer, pero Jordan no tenía intención de permitirle ver sus lesiones. Ella tampoco parecía estar pensando en el sexo. Así que al menos podría hacer algo útil en otros aspectos… antes de que siguiera adelante con su intención de echarla de todas formas.

–Creo que puedo hacer algo mejor que eso –le dijo Stephanie McKinley–. No sabía si aquí habría comida, así que he traído algunas cosas –continuó alegremente–. Iré al coche a buscarlas –recogió su chaqueta negra del respaldo de una de las sillas de la cocina y se la puso antes de dirigirse hacia la puerta–. Espero que le guste el bistec.

Sólo oír nombrar la carne roja fue suficiente para que a Jordan se le hiciese la boca agua.

–Lo soportaré –masculló entre dientes.

Stephanie sonreía mientras iba hacia su coche. Al menos Jordan le permitía que se quedara el tiempo suficiente para preparar la cena. Aunque no era de extrañar, pues a juzgar por los platos sucios que acababa de recoger, sabía que Jordan no había exagerado sobre la cantidad de judías cocidas con tostadas que había comido desde que se trasladara allí.

Lo que ocurriera después de que Stephanie preparase la cena aún estaba por ver, claro; no se dejó engañar ni por un momento por su súbita aquiescencia al permitirle cocinar para ambos.

¡Iba a cenar con Jordan Simpson!

Cierto que se trataba de un Jordan Simpson muy distinto al hombre encantador sobre el que llevaba años leyendo en los periódicos. O con el que había fantaseado cada vez que lo veía en la pequeña y gran pantalla, pero aun así…

Stephanie apenas había tenido tiempo de abrir la puerta del coche cuando su móvil comenzó a sonar. Al agacharse para recogerlo del asiento del copiloto, vio de quién se trataba.

–¿Joey? –dijo agradecida antes de pulsar el botón para hablar con su hermana–. ¡Me alegra mucho que hayas llamado! Creo que tengo un problema. ¡Un gran problema!

Capítulo 2

CREÍ que había decidido meterse en su coche y marcharse después de todo –murmuró Jordan cuando Stephanie McKinley finalmente regresó a la cocina con una caja de comida.

Dejó la caja sobre la mesa de la cocina antes de responderle.

–Me he parado a admirar lo bonita que estaba la casa en la distancia, con el sol poniéndose detrás.

–¿Mulberry Hall? Ella asintió.

–¿Es un hotel, o algo?

–O algo –respondió Jordan. Se había sentado a la mesa mientras esperaba a que regresara, y estiró la pierna frente a él mientras observaba a Stephanie sacar la carne, las patatas, los espárragos y la lechuga de la caja con unas manos largas y delicadas de uñas cortas. Sin duda preparadas para las palizas que les daba a sus pacientes.

–O es un hotel o no lo es –razonó ella con el ceño fruncido.

–No lo es –contestó él. Al ver la comida fresca sobre la mesa, se acordó de lo mucho que hacía desde la última vez que había comido. El día anterior en algún momento. Quizá.

Aparte de eso, no tenía ninguna intención de hablar de Mulberry Hall con una mujer que se marcharía de allí en pocas horas.

–Su hermano Lucan dijo que esta finca era propiedad de la Corporación St Claire.

–¿Eso le dijo? –preguntó Jordan.

–Si no quiere hablar de ello, dígalo y ya está.

Él se encogió de hombros.

–No quiero hablar de ello.

–Sólo intentaba sacar un tema de conversación –dijo ella.

Jordan la miró con frialdad.

–He accedido a que me prepare la cena, no a hablar.

Stephanie se guardó la respuesta que quería darle y siguió sacando las cosas de la caja. Tal vez se mostrara un poco más simpático después de comer algo. O tal vez no.

El informe médico decía que los huesos rotos del brazo y de las costillas se habían soldado correctamente, pero la tensión junto a la boca y los ojos evidenciaba el dolor que seguía sufriendo en la cadera y en la pierna, que habían quedado fracturadas y obviamente no se habían curado igual de bien. Stephanie ansiaba explorar con los dedos las lesiones, comprobar por sí misma lo que podía hacer para devolverle a aquel hombre toda la movilidad.

O tal vez ansiase simplemente tocar los ciento noventa centímetros del cuerpo de Jordan Simpson.

Su hermana se había mostrado incrédula al principio, después sorprendida cuando Stephanie le había explicado su dilema, y le había quitado importancia a sus dudas sobre tener al actor como paciente.

Joey también había tranquilizado a Stephanie con respecto a su preocupación por su

implicación involuntaria en el divorcio de los Newman. Su hermana abogada había aconsejado a Stephanie que siguiera haciendo lo que mejor se le daba, y que dejase que ella se encargase del tema de los Newman.

–¿Puede poner la mesa mientras cocino? –preguntó de pronto.

Jordan apretó la mandíbula.

–No soy un completo inválido, maldita sea –apretó los dientes mientras se ponía en pie antes de agarrar el bastón para mantener el equilibrio.

–Estaba pidiéndole que la pusiera, no preguntándole si era capaz de hacerlo –respondió ella.

–Por supuesto –dijo él sarcásticamente.

Stephanie lo observó mientras cojeaba por la cocina para abrir el cajón de los cubiertos. Los músculos de su pierna estaban debilitados por los meses en desuso, pero eso no explicaba el dolor que parecía estar sufriendo. Podría ser buena idea que alguien más lo examinara…

–¿Qué diablos está mirando?

Stephanie levantó la mirada y vio que Jordan estaba mirándola con el ceño fruncido.

–Estaba preguntándome si deberían hacerle una radiografía de la pierna y de la cadera.

–Olvídelo –lanzó los cubiertos de nuevo al cajón antes de cerrarlo de golpe–. ¡Y guárdese su comida y lárguese de aquí! –caminó con dificultad hacia la puerta que conducía al pasillo.

Stephanie frunció el ceño y se dio cuenta de su intención de marcharse.

–¿Y qué pasa con la cena?

Aquellos ojos de color ámbar brillaban con furia cuando se dio la vuelta para mirarla.

–Acabo de perder el apetito.

–¿Sólo porque he hablado de su pierna?

–Sólo porque ha hablado, punto –le dijo Jordan de manera insultante–. Los hombres se callan y lo afrontan, mientras que las mujeres, según he aprendido, sienten la necesidad de diseccionarlo todo.

–Si con eso quiere decir que los hombres prefieren guardarse sus ansiedades en vez de…

–¡La única ansiedad que tengo en este momento es usted! –exclamó él con rabia–. Una situación que se resolverá en cuanto salga por la puerta.

Stephanie se dio cuenta de que aquel hombre era en efecto muy testarudo. ¡Pero a eso podían jugar dos!

–No voy a ninguna parte –le dijo.

Aquellos ojos brillantes se volvieron fríos mientras Jordan la miraba de los pies a la cabeza.

–¿No?

–No. Y dudo mucho que sea capaz de echarme.

–No se anda con miramientos, ¿verdad? –dijo él con una sonrisa siniestra.

Stephanie suspiró.

–No es mi intención molestarle, señor Simpson…

–¡Entonces lárguese de mi casa! –se dio la vuelta y abandonó la habitación sin mirar atrás, con el pelo largo y revuelto sobre los hombros y la espalda rígida por la furia que no se molestaba en disimular.

Stephanie se sentó agotada en la silla que Jordan acababa de dejar vacía. Estaba acostumbrada a tener pacientes difíciles; de hecho disfrutaba del desafío de trabajar con ellos. Pero tratar con Jordan Simpson iba a ser mucho más duro de lo que podría haber imaginado una semana antes, cuando sin saberlo había aceptado ayudar al hermano de Lucan St Claire…

–¿Ha cambiado de opinión? –preguntó ella esperanzada una hora más tarde, al oír los pasos de Jordan por el pasillo.

–No –respondió él.

No podía decir que no hubiera estado tentado por los deliciosos olores que llegaban desde la cocina hasta el estudio, donde había estado sentado mientras aquella mujer testaruda se preparaba la cena para ella. Tampoco podía negar que se le hubiera hecho la boca agua al pensar en hincarle el diente a un bistec poco hecho y a una patata asada con mantequilla. Había estado tentado, sí, pero de ninguna manera le daría a Stephanie McKinley la satisfacción de unirse a ella–. Creí haberle dicho que se marchara –el orden prístino de la cocina indicaba que había terminado de limpiar antes de comenzar a cocinar.

Ella permaneció cómodamente sentada a la mesa de la cocina, donde obviamente acababa de terminar la cena, acompañada de una copa de vino tinto bastante bueno, a juzgar por la etiqueta de la botella abierta sobre la mesa.

–Su hermano quiere que me quede.

Jordan apretó la mandíbula.

–¿Ha hablado con él?

–No desde la semana pasada.

–Bueno, puede que no se haya dado cuenta, pero Lucan no está aquí ahora mismo.

–No me cabe duda de que estaría aquí en cuestión de horas si yo decidiera llamarlo –respondió ella.

Conociendo a su arrogante hermano como lo conocía, a Jordan tampoco le cabía duda de que Lucan fuese capaz de subirse a su helicóptero privado y volar hasta allí si sentía que era necesario. Si Lucan pensaba que él estaba siendo difícil. Y desde luego lo estaba siendo.

Jordan cojeó para sacar una copa de uno de los armarios. Después se sirvió de la botella de vino y bebió antes de responder a aquella mujer.

–Si eso era una amenaza, no me impresiona.

–No lo era, y tampoco quería impresionarle. ¿Y debería beber vino mientras toma medicación para el dolor?

–Ésta es mi medicación para el dolor –una cosa que Mulberry Hall sí tenía era una bodega decente, y Jordan se había servido generosamente de su contenido durante el último

mes.

Stephanie McKinley lo miró con el ceño fruncido.

–El alcohol provoca depresión….

–¡Yo no estoy deprimido, maldita sea! –la copa aterrizó con fuerza sobre la mesa y parte del contenido le cayó sobre la mano y en la superficie de madera.

–De acuerdo. Pero está enfadado. Frustrado. Malhumorado.

–¿Y cómo sabe que no era todas esas cosas antes del accidente? –preguntó Jordan.

–No lo era –respondió Stephanie–. La prensa se habría encargado de recalcarlo si el famoso Jordan Simpson fuese conocido por ser alguna de esas cosas.

En vez de eso, los medios de comunicación siempre habían dicho maravillas sobre el guapo actor cada vez que llevaba a rubias de piernas interminables a los estrenos o a cenar a cualquier restaurante exclusivo de Los Ángeles. Normalmente ataviado con un esmoquin negro, o con ropa informal hecha a medida, con el pelo largo, pero con un peinado que realzaba sus pómulos y su mandíbula, y una sonrisa sexy. Por no mencionar, claro, aquellos fascinantes ojos de color ámbar.

Un contraste absoluto con aquel hombre mordaz vestido con camiseta arrugada y vaqueros gastados, con la cara cubierta de barba y el pelo revuelto y demasiado largo.

–¿Cuándo fue la última vez que fue a la peluquería o se afeitó? –preguntó Stephanie.

Jordan levantó de nuevo la copa y bebió.

–No es asunto suyo –gruñó.

–Refugiarse en su aspecto desaliñado…

–No va a cambiar el hecho de que mi pierna me duela.

–Tenemos que averiguar por qué es –insistió ella.

–No, Stephanie, olvida el plural. Tú eres la que tienes que averiguar por qué es si quieres mantener un trabajo que, sin duda, estará muy bien pagado –señaló Jordan–. Pero, como no tengo intención de dejar que te acerques a mí o a mi pierna, eso va a resultar muy difícil, ¿no te parece?

Iba a resultar más bien imposible, admitió Stephanie para sí misma. Poder evaluar el problema de un paciente era más de la mitad del proceso. Y además afectaba al tratamiento. Un tratamiento que aquel hombre aseguraba que no iba a permitirle hacer. Se puso en pie para recoger sus platos sucios y los llevó a la pila para empezar a meterlos en el lavavajillas.

–¿Quiere que le prepare el bistec ahora?

–Dime una cosa, Steph, ¿qué parte de «lárgate de mi casa» no has entendido antes? –preguntó Jordan St Claire.

Stephanie tomó aliento.

–Como no soy estúpida ni estoy sorda, lo he entendido todo. También prefiero que mis pacientes me llamen «Stephanie» o «señorita McKinley» –dijo con sequedad. Sólo su familia y amigos cercanos podían usar el diminutivo de su hombre. Además, la formalidad de su nombre completo sonaba más profesional. Y tenía que admitir que cada vez le costaba más trabajo mantener su relación con Jordan Simpson en el terreno profesional.

Teniendo en cuenta el posible escándalo del asunto de los Newman, Stephanie tenía

que mantener su relación con aquel hombre, y con todos sus pacientes, en el terreno estrictamente profesional. Si las acusaciones de Rosalind Newman con respecto a su marido y a Stephanie hubieran sido ciertas, sabía que se merecería la virulencia de la otra mujer. Sin embargo, Richard Newman le parecía uno de los pacientes más repulsivos que había tenido.

Al contrario que Jordan Simpson, a pesar de su temperamento desagradecido…

Jordan la miró de manera irónica mientras se rellenaba la copa de vino.

–¿Por qué no aceptas que estás perdiendo el tiempo conmigo, Stephanie? Acepta que no te deseo ni te necesito aquí.

Ella arqueó una ceja.

–Estoy de acuerdo con la primera parte de la segunda frase.

Jordan apretó la mandíbula al ver el desafío en sus ojos verdes. Era consciente una vez más de que, aunque su boca y su cerebro querían alejarla de allí, al mismo tiempo su cuerpo deseaba estrecharla entre sus brazos y besarla sin parar. No había sentido una pizca de interés por una mujer en los últimos seis meses, y en sus momentos más bajos se había preguntado si tal vez el accidente le habría robado también la capacidad de sentir deseo. El ardor que sentía al mirar a aquella mujer al menos le había dejado tranquilo en ese aspecto.

Jordan se preguntó qué haría la profesional Stephanie McKinley si él hiciera caso a su instinto y la besara. Probablemente saldría corriendo y gritando en mitad de la noche y no volvería a acercarse a su puerta.

Que por otra parte era justo lo que Jordan deseaba que hiciera…

Apoyó su bastón contra la mesa de la cocina antes de recorrer la corta distancia que los separaba, hasta quedar a pocos centímetros de Stephanie McKinley, que, recelosa, retrocedió contra el armario de la cocina mientras lo miraba con ojos aprensivos.

–¿Ya no te sientes tan segura, Stephanie? –preguntó acercándose más.

Stephanie sintió pánico. Podía sentir el calor del cuerpo de Jordan, de pie a pocos centímetros de ella. Respondió instantáneamente a ese calor; sus pechos parecieron hincharse y sus pezones se endurecieron bajo el fino tejido de la camiseta.

Afeitado o no, a pesar de su pelo descuidado, seguía siendo el mismo actor atractivo y fascinante en aquellos momentos.

Stephanie se humedeció los labios con la punta de la lengua y se dio cuenta de su error al ver que sus ojos seguían el movimiento.

–Esto no es divertido, Jordan…

–No tiene que serlo –cubrió la distancia que los separaba hasta que sus muslos se rozaron y el calor se convirtió en una llama incontrolable–. ¿Es natural? –preguntó mientras levantaba la mano para acariciar el pelo rojizo de su sien.

Stephanie frunció el ceño.

–¿No creerás que una mujer se teñiría el pelo de este color deliberadamente? –preguntó en un intento por disipar la incomodidad que sentía con la cercanía.

–Es precioso –murmuró él mientras acariciaba los mechones con la punta de los dedos–. Poco común.

Stephanie sabía bien lo que Jordan estaba haciendo. Ya se había dado cuenta de que

estaba jugando con ella en un intento por lograr que se marchara. Pero saberlo no cambiaba el modo en que su cuerpo estaba reaccionando a su cercanía. Apenas podía respirar, no se atrevía, cuando sus pechos ya estaban rozando el torso duro de Jordan.

–No es más que un rojo simplón.

–No –respondió él–. Nunca antes había visto un pelo de este color. Es caoba y canela, con reflejos rojos y dorados.

El color de pelo de Stephanie había sido su cruz durante la infancia, y desde luego no era algo digno de mención si Jordan iba en serio con su intento de seducción. Cosa que no era cierta.

–Es rojo –insistió ella.

Jordan deslizó la mirada hasta sus pechos y se fijó en sus pezones erectos antes de seguir bajando hasta sus muslos.

–¿Y es del mismo color en…?

–¡No vayas por ahí! –exclamó Stephanie–. Apártate de mí, Jordan.

–¿O si no…?

Stephanie lo miró a los ojos con actitud desafiante.

–O si no, me temo que tendré que obligarte –Stephanie había tomado lecciones de Jiu-Jitsu en defensa personal hacía varios años. No le cabía duda de que podría hacer que parase, pero no disfrutaría haciéndoselo a aquel hombre en particular.

Poner nerviosa a Stephanie McKinley para que se sintiera incómoda y quisiera marcharse había comenzado como un juego para Jordan. Pero ya no le parecía un juego, viendo la respuesta física de ella a su intento de seducción, sintiendo su erección palpitante mientras se imaginaba arrancándole los pantalones, bajándole las braguitas por las piernas antes de empotrarla contra uno de los armarios de la cocina y penetrarla.

Jordan deseaba hacer todas esas cosas, deseaba oír a Stephanie gritar de placer, y sentía el sudor en su frente mientras luchaba por no ceder a ese impulso.

Aquella respuesta física a ella, la segunda en una hora, tenía que deberse a que llevaba demasiado tiempo sin una mujer en su cama. Con esa melena larga y roja, con aquel cuerpo esbelto y curvilíneo, no era en absoluto su tipo.

–Podría haber sido divertido que te quedaras después de todo, Stephanie.

Ella arqueó las cejas.

–¿Podría haber sido?

–Sí –se apartó de ella y cojeó hasta su bastón–. A pesar de tus pechos turgentes y de tu trasero respingón, sigo queriendo que te vayas de aquí.

Stephanie lo miró frustrada. Aunque tenía que admitir que se sentía aliviada de que Jordan ya no estuviera pegado a ella. Tocándola. Haciendo que fuera consciente de su erección.

–Sigo dispuesta a hacerte ese bistec si aún tienes hambre –dijo ella mientras se secaba las palmas de las manos en los vaqueros.

–Eso sería saciar el apetito equivocado, Stephanie –respondió él.

–Tu hermano me paga para encargarme de tu pierna, no para irme a la cama contigo.

–Es una pena, porque he decidido que ahora mismo necesito una mujer en mi cama más que una fisioterapeuta –Jordan sabía que no había necesitado nunca desahogo sexual tanto como lo necesitaba en aquel momento.

–¿No tienes una novia a la que puedas llamar? –preguntó Stephanie.

–Ya no.

Stephanie lo miró inquisitiva. Debido al divorcio de sus padres cuando era pequeño, Jordan Simpson nunca había ocultado su aversión hacia el matrimonio. Pero eso no le había impedido tener un sinfín de mujeres en su vida. Mujeres hermosas. Mujeres sofisticadas. Mujeres completamente diferentes a ella. Y por esa razón Stephanie sabía que su interés por ella no era auténtico.

–¿Por qué no? Debe de haber muchas a las que podrías llamar y vendrían corriendo.

Él le dirigió una amarga sonrisa.

–Mírame, Stephanie –dijo–. Mírame de verdad.

Stephanie ya lo había mirado. ¡Muchas veces! Y sí, obviamente estaba más delgado y más demacrado que hacía seis meses, pero en lo que a ella respectaba, seguía siendo un hombre increíblemente guapo.

–¿Y qué tengo que buscar?

Jordan resopló con impaciencia.

–¿Qué es lo que me llamaste antes? Un tullido, ¿verdad?

–No. Lo que dije fue que te consideras a ti mismo un tullido –respondió ella con firmeza.

–Tal vez porque eso es lo que soy. No quiero que ninguna mujer esté conmigo sólo porque sienta pena por mí.

–Eso es ridículo.

–Y lo dice la mujer que acaba de rechazarme.

Stephanie puso los ojos en blanco.

–Ambos sabemos que no hablabas en serio.

–¿Ah, no?

–No –insistió ella–. Sólo estabas intentando hacer que me marchara.

–¿Y ha funcionado?

–No –le dijo Stephanie, decidida a ignorar las respuestas traicioneras de su propio cuerpo; sentía los pechos hinchados y un intenso calor entre los muslos…

Saber que aquel hombre estaba jugando con ella para lograr que se marchara no cambiaba el hecho de que su cuerpo respondiera ante él.

–¿Cómo crees que reaccionará Lucan si tengo que llamarlo y decirle que tengo que marcharme porque me has acosado sexualmente? –preguntó con actitud desafiante.

Jordan le dirigió una sonrisa feroz.

–Probablemente se sentiría aliviado de saber que al fin algo ha despertado mi interés. Desde luego, una parte de mi anatomía sí ha despertado –dijo él, y disfrutó viendo el rubor de sus mejillas.

Stephanie McKinley era una mujer muy guapa, con una cara adorable y un cuerpo muy femenino. Sus dedos ansiaban poder deshacerle la trenza y soltarle el pelo. Podía imaginarse su melena suelta en contraste con su desnudez mientras él se saciaba con aquellos pechos turgentes antes de seguir bajando…

Esa noche tampoco iba a poder dormir si seguía dándole rienda suelta a su imaginación. De hecho una ducha fría le parecía una buena idea.

–Buenas noches, Stephanie –le dirigió otra sonrisa perezosa antes de darse la vuelta y salir de la cocina.

Directo a darse esa ducha fría.

Capítulo 3

DÓNDE has estado? –preguntó Jordan a la mañana siguiente cuando Stephanie abrió la puerta de la cocina y entró en la casa acompañada de una ráfaga de viento frío. Como llevaba varias bolsas de plástico en las manos, tuvo que cerrar la puerta con el pie.

La ducha fría que Jordan se había dado la noche anterior había logrado aliviar su excitación brevemente. Por desgracia, esa excitación había regresado con fuerza nada más oír a Stephanie subir por las escaleras y meterse en uno de los dormitorios para pasar la noche.

Dado que él no podía subir las escaleras, Lucan había convertido el comedor en dormitorio antes de que se mudara allí, y Jordan se había quedado tumbado, mirando al techo, consciente de la palpitación de su erección e imaginándose a Stephanie desnudándose en la habitación situada encima de él. Jordan se había levantado para vestirse con impaciencia y regresar a la cocina. Dadas las circunstancias, la botella de vino tinto sobre la mesa le había parecido de lo más atrayente.

Lo cual no había resultado ser una muy buena idea con el estómago vacío. En consecuencia por la mañana le dolía la cabeza y las sienes le palpitaban al igual que otra parte de su anatomía había hecho durante casi toda la noche.

Ya había preparado café y se había bebido media taza antes de ser consciente del silencio que reinaba en el resto de la casa. Incapaz de subir las escaleras para ver si Stephanie se había marchado o no, había mirado por la ventana de la cocina y había descubierto que su coche ya no estaba, lo cual le había hecho pensar que había seguido su consejo y se había marchado.

Sin embargo aquello no le había causado tanta satisfacción como había imaginado, lo cual le hacía pensar que tal vez Lucan tuviera razón al decir que llevaba allí solo demasiado tiempo. Al ver a la fisioterapeuta entrar en la cocina, supo que era cierto.

–¿Dónde te parece que he estado? –preguntó Stephanie sarcásticamente; pregunta que no necesitó respuesta cuando dejó las bolsas de la compra sobre la mesa de madera antes de quitarse la chaqueta y revelar que aquel día llevaba una camiseta amarilla ajustada, así como esos vaqueros gastados de cintura baja.

Otra camiseta corta que de nuevo dejaba ver parte de su vientre plano y que se ceñía a unos pechos que sin duda no estaban constreñidos por sujetador alguno.

–¿Por qué no me sirves un café mientras busco los cruasanes que he comprado para el desayuno? –sugirió ella mientras comenzaba a rebuscar entre las bolsas y su trenza le caía hacia delante por encima del hombro.

–Sí, señora –murmuró él secamente, y se recostó en la silla para alcanzar una taza limpia antes de inclinarse hacia delante y levantar la cafetera.

–Era una petición, no una orden –respondió Stephanie.

Jordan arqueó las cejas mientras colocaba la taza al otro extremo de la mesa, frustrado al darse cuenta de que se alegraba de que su compañera de batallas verbales hubiera regresado a casa.

–Anoche llamé a Lucan –dijo él con frialdad.

–Lo sé.

–¿Lo sabes?

–Sí –Stephanie sonrió satisfecha al encontrar la caja de los bollos y la sacó de la bolsa. La dejó sobre la mesa junto con la mantequilla y la miel–. He hablado con él antes de salir a comprar. No parecía muy contento de que lo hubieras despertado a las dos de la mañana para decirle que no te parecía bien que me hubiera enviado aquí.

Dejó el resto de bolsas en el suelo para vaciarlas más tarde y sacó los platos y cuchillos que necesitaban para los cruasanes antes de sentarse a la mesa frente a él.

El estado de ánimo de Jordan no había mejorado mucho la noche anterior tras tomarse dos tercios de la botella de vino, y ni siquiera se había dado cuenta de la hora que era cuando se le ocurrió la idea de llamar a Lucan y descargar su frustración con él. Los gruñidos de Lucan ante sus quejas le habían dejado claro lo que opinaba de la llamada.

–¡Entonces tal vez debería haber pensado en eso antes de enviarte aquí sin preguntarme! –exclamó.

Stephanie se encogió de hombros y se sirvió un cruasán.

–Obviamente subestimó los grosero e irracional que te has vuelto.

–Y sin duda tú habrás disfrutado contándoselo.

–No ha hecho falta, después de que tú lo llamaras a esa hora tan intempestiva para quejarte –Stephanie mordió el cruasán cubierto de mantequilla y miel y estuvo a punto de gemir del placer sensorial que experimentó. Estaban tan buenos como había imaginado durante el camino de vuelta a casa desde el supermercado–. Prueba uno, Jordan –le aconsejó–. Puede que comer te ayude a librarte de la resaca.

A juzgar por la copa usada y la botella vacía que había encontrado en la mesa esa mañana, era evidente que Jordan había regresado a la cocina durante la noche. Y resultaba evidente por sus ojeras y por la palidez de sus mejillas que el vino no había logrado calmar el dolor que le impedía dormir.

Aunque al menos se había molestado en cepillarse el pelo y en afeitarse aquella mañana. Ahora, su mandíbula cuadrada y el hoyuelo seductor situado en el centro de su barbilla eran más visibles. Un hoyuelo que Stephanie intentó ignorar fijándose en que también llevaba una camiseta blanca limpia y unos vaqueros gastados, lo cual indicaba que no estaba completamente al margen de las normas sociales. Aunque no habría apostado por ello.

Stephanie tampoco había dormido muy bien la noche anterior, consciente de la presencia de Jordan en algún lugar de la casa, y descubrir por la mañana que no tenía nada que desayunar no había mejorado mucho su estado de ánimo.

Al llamar a Lucan St Claire para confirmar que había llegado sana y salva y que hasta el momento no había sido expulsada a patadas, éste le había informado de que Jordan ya había hablado con él durante la noche y le había dado la misma noticia. Aunque en el caso de Jordan había sido para quejarse. Unas quejas por las que el mayor de los hermanos St Claire no parecía estar muy preocupado. De hecho había dicho lo mismo que Jordan había predicho; que cualquier respuesta por su parte era mejor que la falta de interés que mostraba últimamente hacia todos y hacia todo.

Stephanie esperó a que Jordan se sirviese un cruasán en el plato y diese un mordisco

antes de volver a hablar.

–He decidido no contarle a tu hermano que las insinuaciones sexuales te parecieron la mejor manera de librarte de mí.

Jordan siguió masticando el primer bocado de comida que había tomado en dos días.

–Porque sabías que a Lucan no le interesaría.

–O tal vez esté guardándome esa queja para otro día.

Jordan decidió que Stephanie McKinley tenía algo más que un color de pelo inusual y un cuerpo ágil y firme. Le sorprendió la curiosidad que sentía por descubrir cuánto más tenía.

–Anoche debería haberte preguntado si había un señor McKinley esperándote en casa.

Stephanie se miró la mano izquierda.

–No llevo anillo.

–No todas las mujeres casadas que conozco llevan alianza.

–Eso será probablemente porque las mujeres casadas que tú conoces no quieren que sepas que están casadas –señaló Stephanie.

–Yo no tengo relaciones con mujeres casadas.

–¿No?

–No.

–¿Por el divorcio de tus padres?

–¿Qué sabes tú del divorcio de mis padres? Stephanie se encogió de hombros y se levantó para meter su plato vacío en el lavavajillas.

–Sólo que durante las entrevistas lo utilizas como excusa para no pensar en el matrimonio.

–Resulta que es un hecho, no una excusa –Jordan apartó su plato vacío y se puso en pie abruptamente.

Stephanie sabía que se había enfadado al mencionar ella el divorcio de sus padres. No era la reacción que quería obtener de él, pero probablemente eso fuese mejor que ninguna reacción en absoluto.

Le dirigió una sonrisa.

–No puedo imaginarme que alguna mujer pudiera serle infiel al famoso Jordan Simpson.

–El infiel fue mi padre, no mi madre.

Razón suficiente para que Jordan no supiera nunca que ella estaba acusada, aunque injustamente, de ser la «otra mujer» en el divorcio de un antiguo paciente.

Jordan se pasó una mano por el pelo.

–Estaré en mi estudio el resto de la mañana.

–¿Haciendo qué? –Stephanie se movió para colocarse frente a la puerta que conducía al pasillo.

–¡Nada que sea asunto tuyo!

–Tal vez pueda ayudarte.

–¡Y tal vez puedas apartarte de mi camino!

Quizá ponerse en su camino no hubiera sido tan buena idea, pensó Stephanie, pues fue consciente al instante del calor del cuerpo de Jordan y de la intensidad de su mirada.

–Cuando he hablado con Lucan esta mañana, ha mencionado que hay una piscina climatizada en Mulberry Hall…

–¿Y?

–Y puede que un baño sea divertido.

–Y apuesto a que también se considera un buen ejercicio para fortalecer los músculos de mi pierna.

Stephanie sintió el rubor culpable en sus mejillas y su expresión se volvió defensiva.

–¿Qué tiene eso de malo?

Él se encogió de hombros.

–Absolutamente nada –contestó–. Si quisiera ejercitar los músculos de mi pierna, que no es el caso.

–¿Y por qué no?

–Apártate de mi camino, Stephanie –respondió él con los dientes apretados.

Ella negó firmemente con la cabeza y levantó la barbilla. Se negaba a moverse.

–No hasta que no me expliques por qué ni siquiera pareces querer intentar recuperar la movilidad de tu pierna.

Una furia roja pareció pasar frente a los ojos de Jordan cuando las preguntas de aquella insistente mujer lograron atravesar su armadura una vez más.

–¡No seas tan estúpida!

–¿Entonces sí quieres recuperar la pierna?

–Lo que quiero y lo que tengo son dos cosas muy distintas –señaló él.

Stephanie le puso una mano en el brazo.

–Entonces demuestra que me equivoco y ven a nadar conmigo esta mañana.

–¿Ahora quién está jugando?

–Vamos, Jordan, será divertido.

–No me obligues a echarte, Stephanie.

–¿Podrías hacer eso? –levantó la barbilla más aún–. ¿Realmente te crees capaz en este momento de obligarme a hacer algo?

Jordan apretó el mango de su bastón con fuerza para recibir el golpe de sus palabras.

–¡Eres una maldita…!

–Nadie ha dicho que tuviera que caerte bien para poder ayudarte.

–No recuerdo haberte pedido ayuda –dijo él con un brillo de advertencia en la mirada.

–La pidas o no, desde luego la necesitas.

Jordan tomó aliento y siguió mirando con rabia a Stephanie McKinley. Casi metro setenta de curvas y testarudez.

Deliberadamente, deslizó la mirada más abajo, hasta donde sus pechos presionaban

bajo el tejido de la camiseta.

Consentir que mirase sus pechos con esa intensidad no era precisamente la definición de Stephanie de controlar la situación. Y durante su noche de insomnio había decidido que necesitaba mantener el control desde ese momento si quería lograr la recuperación de aquel hombre.

Sobre todo porque sólo hacía falta una mirada suya para que los pezones se le endurecieran notablemente bajo el suave tejido de la camiseta, de manera que parecían dos bayas maduras pidiendo que las devorasen.

Stephanie no recordaba haber sentido aquella tensión sexual con ninguno de los hombres con los que había salido. Ni la electricidad que parecía vibrar entre ellos cada vez que estaban juntos en una habitación. O la necesidad que tenía de detener el impulso de cruzarse de brazos para proteger sus pechos.

Siguió reprimiendo ese impulso mientras miraba a Jordan a la cara.

–He venido para realizar mi labor profesional, no para divertirte.

Jordan no parecía tan seguro de eso como Stephanie parecía estarlo. Durante días, semanas después del accidente, había recibido docenas de visitas en el hospital; muchas de ellas eran mujeres con las que había estado en el pasado o mujeres a las que les habría gustado estar con él en el futuro. Ninguna de ellas había logrado despertar la respuesta acalorada que Stephanie McKinley había provocado en él casi desde el primer momento. Y tampoco le habían proporcionado el disfrute que sentía durante sus batallas verbales.

Era cierto que inmediatamente después del accidente había sentido más dolor del que sentía actualmente, y no había estado de humor para estímulos físicos. Pero aún sentía mucho dolor, y sólo le hacía falta mirar a Stephanie para saber que deseaba desnudarla y tumbarla en la cama más cercana antes de besarla y acariciar cada centímetro de su cuerpo.

Centró su mirada en la carnosidad de sus labios. Unos labios que sin duda podrían conducirlo a las más altas cotas de placer…

–Hay partes de tu cuerpo que no parecen estar de acuerdo con esa frase –bromeó mientras miraba sus pezones erectos.

Stephanie se sonrojó al sentir que aumentaba la tensión sexual entre ellos.

–Aquí hace frío –se excusó patéticamente.

Jordan se rió.

–Qué raro… a mí me parece lo contrario.

A Stephanie también. El calor sexual entre ellos fue suficiente para que las mejillas se le sonrojaran más aún.

–No te retrasaré más –murmuró cuando finalmente se echó a un lado para permitir pasar a Jordan.

Jordan se apoyó en su bastón y caminó lentamente hacia la puerta.

–Házmelo saber si decides marcharte después de todo.

–¿Por qué? ¿Acaso piensas venir a despedirme con la mano? –preguntó ella.

–No, pero me gustaría que me devolvieras la llave de la puerta antes de marcharte –fue su respuesta, y le dirigió una última mirada desafiante antes de abandonar la cocina.

Stephanie se sentó en la silla cuando se quedó sola y se sirvió otra taza del delicioso café que Jordan había preparado antes.

¿Qué diablos pasaba últimamente con sus pacientes masculinos? Estaba segura de que no se había convertido de pronto en una especie de vampiresa, así que la explicación debía de ser que su trabajo la obligaba a mantener tanta cercanía con esos pacientes que la convertía en un blanco fácil.

Fuera cual fuera la razón, Stephanie sabía que iba a costarle mucho más trabajo resistirse a las insinuaciones de Jordan que a las del asqueroso Richard Newman.

Capítulo 4

QUÉ quieres ahora? –preguntó Jordan con impaciencia al levantar la mirada de su escritorio y ver a Stephanie de pie en la puerta del estudio donde llevaba una hora trabajando.

Parecía completamente ajena a su evidente falta de entusiasmo.

–Estaba pensando en ir a dar un paseo y me preguntaba si querrías venir.

Jordan entornó los párpados y se recostó en el sillón de cuero tras el escritorio.

–No sé si estás siendo deliberadamente insensible de nuevo o simplemente un incordio.

–Ninguna de las dos cosas –contestó Stephanie con una sonrisa.

Stephanie había ordenado la cocina después del desayuno, había limpiado el polvo del salón y había preparado sopa de pollo para la comida, pues consideraba que asegurarse de que Jordan siguiese una dieta sana y variada era parte de su trabajo para que se recuperase plenamente.

Al no tener nada más que hacer, empezaba a aburrirse.

–No tenemos que ir lejos, Jordan –añadió–. Podrías enseñarme Mulberry Hall si no te apetece ir más lejos.

Jordan la miró con suspicacia.

–¿Este numerito de chica que necesita compañía suele funcionarte?

–No necesito compañía, y no es un numerito. Simplemente pensaba que un poco de aire fresco nos vendría bien.

–Y ejercicio –contestó él con desprecio–. No nos olvidemos del ejercicio.

–Dios mío, eres un gruñón –dijo Stephanie con un suspiro de frustración mientras se daba la vuelta.

–Oye, no recuerdo haber dicho que no iba contigo.

Stephanie volvió a darse la vuelta lentamente.

–¿Eso significa que lo harás?

–¿Por qué no? –preguntó Jordan, agarró el bastón y se puso en pie. Dudaba que fuese a poder trabajar más en el guión de la película aquella mañana, sabiendo que Stephanie estaba paseando por la finca–. Aunque enseñarte Mulberry Hall va a ser difícil dado que no puedo subir escaleras.

–Siempre puedes esperar abajo mientras yo echo un vistazo arriba –razonó ella.

–Puede que sientas la imperiosa necesidad de probar una de las camas con dosel –bromeó Jordan.

–Déjalo ya, Jordan.

–No entiendo qué sentido tiene que te quedes aquí si no puedo incordiarte.

Stephanie tampoco lo entendía, pero vivía con la esperanza de poder hacer que Jordan cambiase de opinión y aceptase su ayuda. Mientras tanto, conseguir que diera un paseo con ella era mejor que nada.

–Iré arriba a por una chaqueta. Hace mucho frío fuera para ser octubre.

–Si ésa es una manera sutil de decirme que yo también tengo que abrigarme, entonces te aconsejo que no me trates como a un niño –le dijo Jordan.

–No te estaba tratando como a… –Stephanie se detuvo, frunció el ceño y se dio cuenta de que eso era exactamente lo que estaba haciendo. En un intento por mantener su relación en una esfera profesional y no de flirteo, como se empeñaba en hacer Jordan con sus comentarios insinuantes–. Yo… –se detuvo de nuevo cuando el teléfono comenzó a sonar.

Bueno… uno de ellos. Había uno fijo en el escritorio, así como dos móviles; uno negro y otro plateado. Stephanie podía entender lo del fijo, ¿pero quién necesitaba dos móviles?

Jordan agarró el negro y vio de quién se trataba antes de descolgar.

–Hola, Crista –dijo, y le dio la espalda a Stephanie para mirar por la ventana.

Stephanie se quedó mirando el ancho de su espalda musculosa, la manera en que la camiseta blanca se estiraba sobre sus hombros, y se debatió sobre irse o quedarse. La llamada era evidentemente privada. Crista Moore era la mujer con la que se decía que Jordan salía antes del accidente.

–¡Quédate! –ladró Jordan al darse la vuelta y ver que Stephanie estaba a punto de marcharse.

–¡Guau, guau! –exclamó Stephanie, y arrugó la nariz antes de marcharse de todos modos.

Jordan sonrió al ver el movimiento de aquellas caderas y de aquel trasero firme mientras Stephanie caminaba por el pasillo. Realmente era la mujer más…

–No, no estaba hablando contigo, Crista –le dijo al teléfono–. Era un socio de mi hermano –contestó de forma evasiva, y pudo imaginarse a la actriz rubia y alta sentada en su apartamento de Los Ángeles.

De todas las personas a las que Jordan había conocido antes del accidente, Crista era definitivamente la más persistente; lo llamaba al menos una vez a la semana para ver cómo estaba y saber cuándo regresaría a Los Ángeles. Dado que Jordan no tenía intención de retomar su relación, y tampoco pensaba volver en breve a Los Ángeles, normalmente las llamadas eran breves.

Aun así, Stephanie estaba sentada a la mesa de la cocina, esperándolo con impaciencia cuando él regresó con el abrigo ya puesto.

–Mmm, algo huele muy bien –dijo mirando hacia la cazuela que hervía a fuego lento en los fogones.

–Sopa para comer –contestó ella mientras se ponía en pie para ponerse una chaqueta negra–. No, a mí no me parece que eso sea actuar como un ama de llaves –se defendió cuando Jordan arqueó las cejas–. Para que tu cuerpo esté sano tienes que comer sano, nada más.

–¿Así que sólo has preparado la comida porque consideras que darme de comer es parte del tratamiento?

–Exacto.

–Si tú lo dices…

–Jordan…

–¿Stephanie?

Stephanie no se dejó engañar ni por un momento por la actitud inocente de Jordan, sabiendo que estaba intentando irritarla de nuevo. ¡Y lo estaba consiguiendo!

–¿Por qué necesitas dos teléfonos móviles? –preguntó mientras se ponía los guantes.

–¿Qué? –preguntó él con el ceño fruncido.

Ella se encogió de hombros.

–Antes me he dado cuenta de que había dos móviles en el estudio y sentía curiosidad por saber por qué cuando la mayoría de la gente se las apaña con uno.

–¿Tal vez porque yo soy dos personas? –respondió Jordan finalmente, y decidió que Stephanie McKinley era demasiado observadora para su gusto en ocasiones.

–¿Porque eres Jordan Simpson y Jordan St Claire?

–Sí.

–¿Por qué te cambiaste el nombre cuando te hiciste actor? Jordan St Claire suena muy bien…

–¿Vamos a pasear o no? –preguntó Jordan mientras se acercaba a abrirle la puerta.

–Desde luego –respondió ella antes de salir–. ¿Así que verdaderamente consideras que Jordan Simpson y Jordan St Claire son dos personas diferentes? –insistió mientras él cerraba la puerta tras ellos.

Jordan pensaba que sí eran dos personas completamente diferentes. Tan diferentes como la noche y el día. Y no eran intercambiables.

–¿Crees que podemos pasear sin más? –preguntó él mientras comenzaba a caminar hacia Mulberry Hall.

–Desde luego –contestó ella–. ¿Nunca pensaste en trabajar para la Corporación St Claire? –preguntó con curiosidad.

Una curiosidad probablemente comprensible, dadas las circunstancias. Pero Jordan no era conocido últimamente por su comprensión.

–¿Nunca has oído hablar de mantener un silencio amigable cuando paseas?

Claro que Stephanie había oído hablar de ello; pero no era algo que fuese a suceder entre Jordan y ella. Un silencio incómodo, quizá. Extraño. Un silencio en el que serían demasiado conscientes el uno del otro. Al menos ella. El ceño fruncido de Jordan mientras cojeaba a su lado indicaba que a él no le pasaba lo mismo.

–¡Vaya!

Jordan se apoyó cansado contra una de las cuatro columnas de mármol del impresionante vestíbulo de Mulberry Hall mientras Stephanie contemplaba asombrada la enorme lámpara de araña de cristal veneciano que colgaba del techo sobre sus cabezas. La pierna le dolía demasiado tras el paseo como para compartir su entusiasmo. Además, había visto el interior de Mulberry Hall docenas de veces antes.

–Esto es… Quiero decir que… ¡Vaya!

–Entiendo que estás asombrada –dijo él secamente mientras la veía deambular por el vestíbulo admirando las estatuas y el suelo de mármol.

–¿Y tú no lo estás?

–No especialmente –murmuró Jordan. Se apartó de la columna y caminó ayudado del bastón hacia el salón principal, situado en la parte delantera de la casa.

Stephanie caminó tras él y se quedó parada en el umbral de la puerta, contemplando la hermosa decoración en color crema y dorado y los delicados muebles Regencia.

–¿Lucan nunca ha pensado en abrirlo al público?

–Desde luego que no –Jordan casi se carcajeó al imaginarse la expresión de desprecio que aparecería en el rostro de su hermano si alguien se atreviese a sugerirle que debería abrir las puertas de Mulberry Hall a todo el mundo–. Y te recomiendo que no se lo sugieras, a no ser que quieras sentir el frío de su absoluta desaprobación.

–Pero me parece un desperdicio –dijo ella–. El edificio en sí debe de ser muy antiguo.

–De principios de la época isabelina, creo.

Stephanie atravesó la sala para acariciar suavemente el marco dorado del enorme espejo situado sobre la chimenea.

–¿Lucan la compró amueblada así?

Había adornos y lámparas en las superficies de las distintas mesitas, y un aparador en una pared, así como un precioso reloj de bronce dorado en la repisa de la chimenea.

–Por lo que yo sé –dijo él–, algunos de los muebles llevan aquí por lo menos doscientos años.

–Me pregunto qué fue de la familia que vivía aquí –murmuró Stephanie–. Debían de ser aristócratas, ¿no crees?

–Los duques de Stourbridge.

Stephanie suspiró.

–Es una pena que muchos de los antiguos títulos se hayan perdido o hayan caído en desuso.

–Sí, una pena.

–¿Crees que Lucan tiene intención de vivir aquí cuando se case? Es sólo una idea –se defendió cuando Jordan se carcajeó–. Dices que no piensa abrirlo al público, pero algo pensará hacer con la casa, ¿no?

–Lo siento, sólo intentaba imaginarme a Lucan casado –dijo Jordan–. No, me temo que no puedo imaginármelo.

–Entonces me pregunto por qué se molestaría en comprarla.

–Yo nunca intento entender a Lucan, y te aconsejo que tú tampoco te molestes en intentarlo –le dijo Jordan mientras se daba la vuelta–. ¿Quieres ver la piscina de la parte de atrás de la casa? –sugirió al ver que Stephanie no se había movido de la chimenea.

–¡Qué prosaico! –le dijo ella en broma mientras lo seguía de nuevo al vestíbulo.

Stephanie había visitado varias fincas de campo en el pasado que habían sido abiertas al público, pero nunca una vacía que diese la impresión de que alguien seguía viviendo en ella. Había cuadros en todas las paredes, adornos y espejos antiguos por todas partes, e

incluso una bandeja de plata en la entrada que parecía estar esperando las tarjetas de visita. De hecho toda la casa parecía estar esperando la llegada del señor de la casa, el duque de Stourbridge.

–Lucan tiene a una persona que se encarga de los jardines, y su esposa mantiene limpio de polvo el interior de la casa –explicó Jordan cuando Stephanie se lo comentó.

–Aun así, me parece una pena que nadie viva aquí –respondió ella.

–No es el tipo de lugar que al podrías llamar un hogar –dijo Jordan–. Al que querrías llamar hogar –añadió.

Stephanie estaba al pie de la escalera que conducía a la galería superior, preguntándose cuántas mujeres hermosas habrían aparecido en lo alto, ataviadas con vestidos del periodo isabelino, para ser admiradas por los hombres a los que amaban mientras descendían por las escaleras hacia sus brazos. Docenas de ellas, probablemente. Y en la actualidad Mulberry Hall estaba vacía, salvo por el jardinero y su esposa, que obviamente vivirían en algún lugar de la finca.

–Supongo que no –convino antes de seguirlo. Jordan no tenía nada que añadir a esa conversación en particular. No tenía intención de decirle a la curiosa de Stephanie McKinley que Lucan no había comprado Mulberry Hall, que era en realidad el actual y decimoquinto duque de Stourbridge. Lo cual lo convertía a él en lord Jordan St Claire, y a su gemelo en lord Gideon St Claire; un hecho poco conocido gracias a que utilizaba el apellido Simpson en su faceta profesional.

Los tres hermanos habían pasado los primeros años de su infancia en Mulberry Hall. Hasta que su madre, escocesa, había descubierto que su padre, el decimocuarto duque de Stourbridge, tenía una amante en el pueblo. Tras la separación, Molly había decidido trasladarse a su Edimburgo natal y se había llevado a sus hijos con ella.

Los tres chicos habían ido de vez en cuando a Mulberry Hall a visitar a su padre, pero preferían el desorden de su hogar en Edimburgo a la excesiva formalidad de Mulberry Hall. Además, ninguno de ellos había perdonado realmente a su padre por la infidelidad a su madre.

Como consecuencia, cuando los tres habían alcanzado la edad de poder elegir si visitarlo o no, habían elegido no volver a acercarse a Mulberry Hall ni a su padre nunca más. Esa aversión al lugar no había cambiado lo más mínimo cuando su padre había muerto ocho años atrás y Lucan había heredado el título.

Para entonces todos tenían sus propias vidas. Lucan, en el mundo de los negocios, Jordan, actuando y Gideon, en los tribunales. Ninguno de ellos deseaba o necesitaba las restricciones de la vida en Mulberry Hall. Aunque había resultado ser un escondite de valor incalculable para Jordan tras sentir la necesidad de abandonar Estados Unidos en un intento por eludir a la prensa, que seguía todos sus movimientos incluso meses después del accidente…

–Cuando uno ve la casa por delante, no se imagina que pueda haber una piscina aquí –dijo Stephanie, de pie al borde de la piscina construida en la parte de atrás de Mulberry Hall.

–Creo que ésa era la idea –dijo Jordan sin intentar ocultar su sarcasmo.

–Hace mucho calor aquí –comentó ella mientras se quitaba la chaqueta–, y el agua parece muy tentadora. ¿Estás seguro de que no cambiarás de opinión sobre lo de darte un

baño?

–Puede que me lo replantee si piensas nadar desnuda –contestó él.

–Deja de cambiar de tema, Jordan. Tienes la instalación perfecta para ejercitar tu pierna, y aun así te niegas a usarla.

–Porque no quiero ejercitar mi pierna.

–¿Por qué no?

–¡Y tú me acusas a mí de ser testarudo!

–¡Porque lo eres!

–¿Y crees que dándome la lata a cada momento voy a cambiar de opinión? –preguntó Jordan.

Stephanie se quedó con la boca abierta.

–¡Yo no doy la lata!

–Sí lo haces –los dos estaban casi nariz con nariz–. ¡Al infierno con esto! –lanzó el bastón a una de las tumbonas que rodeaban la piscina y después tomó a Stephanie entre sus brazos antes de agachar la cabeza y devorar su boca.

El beso fue tan inesperado que Stephanie ni siquiera tuvo tiempo de resistirse antes de separar los labios. Dejó caer la chaqueta al suelo y levantó las manos para agarrarse a sus hombros fuertes y anchos en un esfuerzo por mantener el equilibrio.

Arqueó la espalda instintivamente, presionó los pechos contra su torso y la proximidad hizo que se diera cuenta de los duros que tenía los pezones, de lo mucho que deseaba que los acariciara con las mismas manos que en aquel momento se deslizaban por su espalda.

De pronto se dio cuenta de lo inapropiado que resultaba dejar que Jordan la besara. De lo fácil que sería malinterpretar su comportamiento si alguna vez se enteraba de las acusaciones de Rosalind Newman.

Fue como si le hubieran lanzado un cubo de agua fría. Se apartó abruptamente y se asustó al ver que aquel ligero movimiento había desequilibrado a Jordan, que la agarró por los brazos mientras caían a la piscina.

Capítulo 5

PRETENDÍAS que esto pasara? –preguntó Jordan al salir a la superficie y apartarse el pelo de la cara.

Su rabia era más fuerte por darse cuenta de que ni siquiera podía hacer algo tan simple como besar a una mujer sin quedar en ridículo. Sin demostrar lo incapacitado que estaba.

Stephanie había estado a punto de reírse de la situación al salir a la superficie junto a él, pero nada más ver su rostro irritado se le pasaron las ganas.

Entonces recordó lo que habían estado haciendo antes de caerse a la piscina.

¿Cómo había permitido que pasara? ¿Por qué lo había permitido? Hacía que su presencia allí fuese insostenible. Casi imposible.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Crees que he permitido deliberadamente que me besaras con la intención de…?

–¿De empujarme? –preguntó Jordan mientras nadaba sin esfuerzo hacia el borde de la piscina–. Sí, Stephanie, eso es justo lo que pienso –mientras salía de la piscina ayudado por los brazos.

Stephanie nadó tras él.

–No lo creerás en serio, Jordan.

–Oh, sí, Stephanie, sí lo creo.

–Pero…

–Querías que acabara en la piscina y es ahí donde he acabado –Jordan respiraba con dificultad por el esfuerzo y dejaba un reguero de agua tras él mientras cojeaba hacia el armario donde guardaban las toallas. Sacó una para secarse un poco el pelo–. Al menos debo ponerte una puntuación alta por tu dedicación profesional –lanzó la toalla mojada a una de las tumbonas–. De hecho me aseguraré de mencionarle a Lucan lo buena profesional que eres cuando le llame más tarde para decirle que te he echado a patadas de la finca.

Stephanie ya había salido de la piscina, y estaba tan furiosa como Jordan. ¿Realmente pensaba que, en mitad del beso, había tenido la presencia de ánimo para hacerle perder el equilibrio de manera premeditada para obligarle a caer a la piscina? No tenía ese tipo de control; de hecho, si hubiera pasado más tiempo entre sus brazos, habría perdido el control por completo.

–Espera un momento…

–Creo que ya he perdido suficiente tiempo contigo por un día –gruñó Jordan con el ceño fruncido mientras escurría el agua de su camiseta.

Stephanie no pudo apartar la mirada de la perfección de su pecho, que se veía a través de la camiseta mojada. Sentía que le ardía la cara con el recuerdo de lo mucho que había deseado tocar ese pecho minutos antes. De lo mucho que había deseado tocar todo su cuerpo.

Se dio la vuelta para sacar una toalla del armario y secarse y disimular así el rubor de sus mejillas, sin dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir. El actor mundialmente famoso Jordan Simpson acababa de besarla a ella, Stephanie McKinley.

¡Antes de acusarla de haberlo alentado deliberadamente para poder lanzarlo después a

la piscina! No lo había hecho deliberadamente, ¿pero lo habría alentado para que la besara? Stephanie creía que no… aunque dudaba que Rosalind Newman fuese a creérselo. Aquello era terrible. Estaba harta de que la retratasen como a una especie de vampiresa. Si Jordan le contaba sus acusaciones sobre ella a Lucan St Claire, sería el fin de su carrera profesional.

Empezaba a sentirse mareada. Con nauseas. Sintió cómo el calor abandonaba sus mejillas. Se tambaleó hacia una de las tumbonas y se dejó caer sobre ella.

Podría luchar contra una acusación de haber cometido indiscreciones sexuales con un paciente; pero nadie iba a creer dos acusaciones. Aunque lograse demostrar su inocencia, su reputación profesional quedaría destrozada.

–¿Qué sucede, Stephanie? –Jordan se había acercado y estaba de pie frente a ella.

Ella parpadeó para controlar las lágrimas que amenazaban con caer antes de mirarlo. Los dos estaban hechos un desastre; con el pelo mojado y revuelto y la ropa pegada al cuerpo. Aunque tal vez debiera sentirse agradecida por llevar aún algo de ropa después de como había respondido al beso de Jordan.

Negó con la cabeza y murmuró:

–No debería haber pasado…

No, no debería, pensaba Jordan, enfadado consigo mismo. Había pretendido mantenerse alejado de esa mujer todo lo que fuera posible y esperaba que su falta de cooperación acabara por persuadirla para marcharse. Besarla como si deseara devorar cada parte de su cuerpo no podía interpretarse como una falta de cooperación por su parte.

Aunque el sentimiento de culpa de Stephanie por el beso resultaba un poco exagerado.

Jordan frunció el ceño mientras contemplaba aquellos ojos verdes humedecidos por las lágrimas. Recordó la dulce respuesta de Stephanie. Tan dulce y apasionada que aún estaba excitado, y la erección era claramente visible contra el vaquero mojado.

Obviamente el baño inesperado en la piscina había servido tan poco para calmar su deseo como la ducha fría de la noche anterior.

–No te he empujado deliberadamente a la piscina –dijo ella.

Jordan ya lo sabía; igual que sabía que estaba enfadado consigo mismo, no con Stephanie.

–Creo que será mejor que nos olvidemos de este incidente, ¿no te parece? –sugirió.

–Sí –contestó ella.

Jordan se pasó una mano por el pelo mojado y dijo:

–Sugiero que regresemos a la casa y nos quitemos esta ropa mojada antes de darnos una ducha.

–¿Antes de marcharme?

–Creo que eso sería lo mejor para los dos –confirmó él.

–Menos mal que no deshice la maleta por completo anoche, ¿verdad? –murmuró Stephanie.

Al levantarse, deleitó a Jordan con una visión de la camiseta amarilla ciñéndose a sus pechos desnudos y realzando los pezones erectos que antes no había llegado a tocar.

Apartó la mirada, pero no antes de que su erección volviese a palpitar.

–¿Vas a volver a la casa o no? –preguntó, impaciente.

–Sí –respondió ella, recogió su chaqueta y lo siguió fuera.

Stephanie siguió torturándose con recriminaciones mientras regresaban a la casa pequeña en completo e incómodo silencio. Sabía que no debería haber permitido que la besara. En realidad no importaba que no lo hubiera planeado, ni que sólo con recordarlo se excitara de nuevo.

Pero el calor que sentía ya se había disipado para cuando habían recorrido el camino de vuelta a la casa, con el viento frío soplando a través de la ropa mojada. Le castañeteaban los dientes y tenía la cara helada cuando Jordan abrió la puerta trasera para dejarla entrar a la cocina.

–Vete arriba a darte una ducha y a ponerte ropa seca –repitió Jordan al ver el frío que tenía.

–Eh… sí. De acuerdo –se dio la vuelta para colgar la chaqueta en el respaldo de una de las sillas–. Tú deberías hacer lo mismo.

–Ya sé lo que tengo que hacer, Stephanie –contestó Jordan–. Cuando regreses, nos sentaremos a comer la sopa que has preparado.

–Pero creí que querías que me fuera.

–No antes de que hayas comido algo caliente. No querría que llegaras a Londres y tuvieras que ingresar en el hospital aquejada por una neumonía –explicó él, y ella frunció el ceño.

Stephanie lo miró inquisitivamente antes de asentir con la cabeza.

–La sopa caliente nos vendrá bien.

–De acuerdo –respondió Jordan–. ¿Y bien? –añadió un segundo más tarde al ver que ella no tenía intención de moverse.

–Yo… quería que supieras que no he hecho nada deliberado para que acabásemos los dos en la piscina –le dijo Stephanie una última vez antes de marcharse para subir las escaleras.

Jordan tomó aliento cuando se quedó a solas y apretó los puños, sabiendo que su accidente le había robado el sentido del humor así como la movilidad en la pierna derecha. En cualquier otro momento, le habría parecido divertido acabar los dos en la piscina.

Stephanie era la primera mujer con la que había intentado hacer el amor desde su accidente seis meses atrás. «Intentado» era una descripción muy precisa del fiasco en el que se había convertido.

Le había resultado delicioso besar los labios sensuales de Stephanie. Su cuerpo era tan receptivo como si estuviera moldeado contra el suyo. Jordan se había sentido tremendamente excitado mientras la besaba; tan excitado, de hecho, que se había olvidado de todo lo demás. Incluyendo la debilidad de la pierna y de la cadera…

Sabía perfectamente que Stephanie no era la responsable de que hubieran acabado los dos en la piscina. Era demasiado consciente de por qué había ocurrido, y de por qué se había enfadado tanto después. Sin pensar había cargado el peso sobre su cadera derecha, eso le había hecho perder el equilibrio y habían acabado los dos en el agua.

Todo aquello servía para demostrar que ni siquiera podía besar a una mujer sin quedar

en ridículo. Era más de lo que un hombre podía soportar.

–He decidido que no voy a marcharme después de todo –anunció Stephanie cuando regresó media hora más tarde. Estaba de pie en el umbral de la puerta de la cocina cuando Jordan se giró desde los fogones y la miró con el ceño fruncido.

Obviamente, Jordan había aprovechado su ausencia para ducharse y ponerse unos vaqueros secos y un jersey fino negro de cachemira. Parecía tener el pelo casi seco también, aunque tenía la mandíbula apretada y eso realzaba su fría expresión; una expresión por la que Stephanie no pensaba dejarse amedrentar.

Se había dado un baño en vez de una ducha tras decidir que necesitaba sumergirse por completo en agua caliente para quitarse el frío de los huesos. Había tenido tiempo para pensar una vez dentro de la bañera.

De acuerdo, admitía que no debía haber permitido que Jordan la besara. Tampoco debía haber reaccionado a ese beso. También aceptaba que aquellas cosas harían que su permanencia allí resultara incómoda, como mínimo. Pero incómoda en el terreno personal, no en el profesional.

No tenía intención de permitir que Lucan le pagase la tarifa hasta que Jordan le permitiese trabajar con él de manera profesional. Lo que significaba que técnicamente Jordan aún no era su paciente. No lo sería hasta que no hiciera algo profesional por él. Sus peleas constantes sobre la necesidad de tratamiento no contaban. Y tampoco contaba prepararle una nutritiva sopa para comer.

Si se marchaba, sería como admitir una derrota profesional. No era culpable de nada salvo de pensar que Jordan Simpson era increíblemente guapo. Algo que cualquier mujer de sangre caliente tendría que admitir.

Marcharse sería como admitir que profesionalmente era tan incapaz de llegar a alguna parte con el testarudo actor como lo habían sido los demás fisioterapeutas que habían trabajado con él durante los últimos seis meses. Ese tipo de derrota nunca había sido una opción para ella. Así que no lo aceptaría con Jordan.

–He dicho que…

–Ya sé lo que has dicho –dijo Jordan–. Simplemente me sorprende que sigas pensando que es una decisión tuya.

–De hecho es una decisión de tu hermano –contestó ella–. En cuanto empiece a trabajar para él. Cosa que no estoy haciendo en este momento –añadió con dulzura.

–¿Y no te parece que intentar ahogar a su hermano es razón suficiente para que Lucan decida prescindir de tus servicios por completo?

–¿Intentar ahogar…? –Stephanie negó incrédulamente con la cabeza–. ¿No te parece que eso es algo exagerado?

–Puede. Pero no podías saber si sabía nadar o no cuando me empujaste a la piscina.

–Yo no te empujé.

–Demuéstralo.

Stephanie tenía las mejillas rojas de ira.

–¡No puedo demostrar eso igual que tú no puedes demostrar lo contrario!

Jordan se encogió de hombros.

–Dejando eso a un lado, debes de saber igual que yo que quedarnos los dos solos aquí es ahora menos factible que antes.

–No voy a marcharme –repitió ella.

«Punto muerto», pensó Jordan con frustración. Stephanie se negaba a marcharse, y aquella mañana había quedado claro que él no podría obligarla. Al menos no físicamente…

Jordan atravesó la cocina hasta situarse a pocos centímetros de ella. Lo suficiente para sentir el calor de su cuerpo envuelto en la sudadera verde y los vaqueros azules que ella se había puesto.

–Si te quedas aquí, entonces te garantizo que lo que ha ocurrido entre nosotros esta mañana volverá a ocurrir.

Sus ojos verdes se abrieron desmesuradamente mientras se le sonrojaban las mejillas. Prueba de que no estaba tan tranquila por lo ocurrido como deseaba aparentar.

–No si yo no quiero que ocurra –respondió.

–Pero sí quieres que ocurra, Stephanie –Jordan le mantuvo la mirada mientras acariciaba una de sus mejillas sonrojadas con la mano. Vio con satisfacción como el pulso le palpitaba en las sienes. Deslizó la mirada y vio el modo en que se humedecía los labios nerviosamente. Siguió bajando y se fijó en la señal inconfundible de sus pezones presionando bajo la sudadera–. ¿Verdad?

–No.

–Sí, Stephanie –insistió Jordan mientras deslizaba el pulgar por sus labios y sentía el temblor bajo sus caricias–. Tu respuesta a mis caricias dice que sí.

Ella tragó saliva.

–Aún sigues intentando hacer que me marche.

–¿Y funciona? –preguntó Jordan. Sabía bien que sí; no había perdido tanta práctica como para no saber cuándo una mujer respondía a él–. La próxima vez no me bastará con un beso, Stephanie. La próxima vez te besaré y te tocaré hasta que estés húmeda y me ruegues que te haga el amor.

Habló de manera tan gráfica que a Stephanie no le costó trabajo imaginárselos a los dos desnudos en la cama, piel contra piel, con la respiración entrecortada y sus cuerpos enredados mientras se acariciaban y se besaban.

Sólo con pensar en la posibilidad Stephanie volvió a excitarse.

Había tomado la decisión de quedarse mientras estaba arriba, lejos de la inquietante presencia física de Jordan. Tranquila. Serena. Pero no eran emociones que Stephanie pudiera controlar cuando estaba en su presencia.

Levantó la barbilla desafiante y le devolvió la mirada.

–El hecho de que la prensa sensacionalista publique titulares sobre el sexy y soltero Jordan Simpson cada vez que acompaña a su última conquista a alguna parte no significa que cualquier mujer que conozcas vaya a caer rendida a tus pies. O a cualquier otra parte de tu anatomía.

–¿No?

–¡No!

–Por muy halagado que esté de que hayas leído esos artículos…

–No he dicho que los haya leído. He dicho que he visto los titulares.

–Si tú lo dices…

–¡Claro que lo digo!

Jordan se encogió de hombros.

–No soy responsable de lo que la prensa decida publicar sobre mí, Stephanie. Ni de lo que digan las mujeres con las que he salido en el pasado.

–¿No querrás decir en el presente? –lo acusó Stephanie–. La que te ha llamado esta mañana era Crista Moore, ¿verdad?

El nombre de Crista era demasiado inusual como para que hubiera sido otra persona. Lo que significaba que probablemente siguiese con la guapa actriz.

–¿Y qué si lo era? –preguntó Jordan.

–¡Tal vez debas conformarte con una sola conquista cada vez!

–Yo no te metería en esa categoría, Stephanie.

–¡Nosotros no estamos saliendo!

–Todavía no estamos haciendo nada –aceptó Jordan secamente–. Pero si insistes en quedarte aquí, acabaremos haciendo algo sin duda.

Stephanie se sonrojó.

–Eso no lo sabes.

–¿Quieres que te lo demuestre?

–Eres arrogante, insoportable y…

–Palabrería, Stephanie…

–No, es la verdad –insistió ella–. Puede que… que me hayas pillado por sorpresa esta mañana cuando me has besado, pero no volverá a ocurrir.

–¿No? –se acercó más a ella.

–¡No! –contestó ella con firmeza.

–Pareces algo… nerviosa.

–Lo que estoy es enfadada.

Jordan entornó los párpados.

–¿Pero no lo suficiente para marcharte?

–¡No!

–Bien –finalmente se apartó de ella y Stephanie suspiró aliviada–. Como tú quieras. Pero no digas que no te lo advertí.

A Stephanie le pareció más una amenaza que una advertencia.

Una amenazante declaración de intenciones.

Capítulo 6

HOY a volver al estudio a trabajar –Jordan alcanzó su bastón para levantarse de la mesa donde habían comido la sopa en absoluto silencio.

Había sido un silencio incómodo. Un silencio lleno de conciencia. Conciencia mental y emocional. Pero, sobre todo, física.

Jordan aún no podía explicar por qué se sentía atraído por aquella fisioterapeuta difícil y decidida. Nunca antes se había sentido atraído por pelirrojas de ojos verdes y estatura mediana. Las mujeres respondonas nunca le habían resultado interesantes.

Stephanie McKinley era todas esas cosas y más.

Como por ejemplo su testarudez al negarse a abandonar Mulberry Hall.

Pero el hecho de que no quisiera irse no significaba que él tuviese que estar en la misma habitación que ella.

–No quiero que me molesten el resto de la tarde, pero puedes ir a buscarme cuando la cena esté lista –dijo cuando Stephanie se levantó a limpiar la mesa.

–Sí, milord –se dio la vuelta para hacerle una reverencia–. Desde luego, milord.

Jordan tomó aliento y la miró con desconfianza. Antes había dado por hecho que Stephanie no sabía nada sobre la historia de la familia St Claire. No había dado muestras de haber relacionado a su familia con los duques de Stourbridge cuando habían hablado antes, ni de saber que él era un lord en realidad.

En aquel momento tampoco parecía saberlo; en su expresión sólo había burla.

Jordan se relajó.

–Si realmente fuera un lord y hubiéramos retrocedido en el tiempo cientos de años, entonces te habría echado a la calle para que te murieras de hambre por tu insolencia.

Ella negó con la cabeza.

–Entonces tengo suerte de que la época de los señoríos feudales acabara hace tiempo.

Tal vez alguien debería haberle mencionado eso al hermano mayor de Jordan. Lucan no deseaba usar su título, al igual que Jordan y Gideon, pero era tan arrogante como se decía que habían sido sus antepasados.

–Sí, mucha suerte –convino Jordan–. En cuanto a lo de la cena, creo que dijiste que una dieta sana era fundamental para mi tratamiento.

–¿Deduzco por ese comentario que tienes intención de aceptar sólo las partes del tratamiento que te convengan?

–Por supuesto.

Stephanie nunca había conocido a alguien como Jordan St Claire.

Nunca antes había deseado abofetear a un hombre al mismo tiempo que también deseaba experimentar la pasión de sus besos.

–Me temo que no funciona así.

–Tú no le temes a nada, Stephanie.

¡Él no tenía ni idea!

–¿En qué estás trabajando en el estudio?

–En nada que sea asunto tuyo –respondió Jordan.

Parecía imposible pasar a un tema menos controvertido.

El verdadero problema para Stephanie era que, incluso cuando no estaban enzarzados en una de esas irritantes conversaciones, seguía siendo muy consciente de él. Incluso sentarse y comer con él había sido una dura prueba para su autocontrol.

No había parado de mirar las manos de Jordan mientras comía, recordando como esas manos le habían acariciado la espalda antes hasta despertar un fuego de deseo dentro de ella.

¡Tal vez debería marcharse después de todo! Admitir la derrota y marcharse sin más antes de verse tentada a hacer algo de lo que se arrepentiría sin duda.

No, no podía marcharse.

Entre los dos, Richard y Rosalind Newman habían convertido su vida en Londres en un infierno. Simplemente se negaba a que la presencia de Jordan la obligase a regresar hasta que Joey no le hubiera asegurado que esa pesadilla se había acabado.

–¿Hay algo que quieras que le diga a Lucan cuando hable con él esta tarde? –preguntó ella.

Jordan la miró con el ceño fruncido.

–Dudo mucho que mi hermano espere que le des un informe minuto a minuto de mis progresos.

–O de la ausencia de los mismos –respondió ella.

–Así es –confirmó Jordan.

–Es cierto, probablemente no lo espere –admitió Stephanie–. Pero como no tengo nada mejor que hacer esta tarde…

Jordan sabía que estaba desafiándolo, amenazándolo con lo que Lucan pudiera pensar de él. Una amenaza completamente inútil en lo que a él concernía.

–Dejé de sentir asombro por mi hermano cuando me di cuenta de que tiene que ir al baño como el resto de la humanidad.

–¡No necesitaba esa imagen, muchas gracias!

Jordan se encogió de hombros.

–Créeme, es un buen recurso en casi cualquier circunstancia.

–En el caso de Lucan, es un recurso del que podría prescindir.

–Haz lo que quieras –respondió Jordan–. Normalmente ceno sobre las siete.

–Eso cuando cenas.

–Ya que has insistido en quedarte aquí –dijo él con una sonrisa burlona–, espero comer regularmente.

Stephanie no estaba segura de a qué apetito se refería Jordan, pero tenía sus sospechas…

Había trabajado con docenas de pacientes durante los últimos tres años. Jóvenes. Viejos. Hombres y mujeres. Algunos se habían mostrado muy difíciles, sí, pero ninguno se había puesto tan imposible como el hombre que tenía delante.

–Aun a riesgo de repetirme, no estoy aquí para divertirte.

–Repítete todo lo que quieras, Stephanie –dijo él–. Lo único que puedes hacer por mí en este momento es darme de comer o divertirme. Te dejaré a ti elegir cuál de las dos prefieres en cada momento.

Stephanie se quedó mirándolo furiosa durante varios segundos.

–Márchate, ¿quieres? –dijo finalmente.

En todas sus fantasías con Jordan Simpson, Stephanie nunca se había imaginado teniendo que decirle que se fuera.

–Imagino que con eso quieres decir que necesitas tiempo para decidir qué cocinar para la cena –dijo Jordan.

Stephanie le dirigió otra mirada de odio y suspiró aliviada cuando abandonó la cocina. Le oyó silbar por el pasillo antes de cerrar la puerta del estudio tras él.

Tenía que haber una manera de convencerlo, de lograr que aceptase la ayuda profesional para la que Lucan la había contratado. Pero no tenía ni idea de cuál era esa manera.

–¿Estás cómoda? –preguntó Jordan sarcásticamente más tarde aquella noche, al entrar en la sala de estar y encontrarla acurrucada cómodamente en uno de los sillones, con la única iluminación del fuego que había encendido en la chimenea.

–Mucho, gracias –respondió Stephanie, y puso sus pies descalzos en el suelo. Seguía con la sudadera verde y los vaqueros que se había puesto antes–. Aún no son las siete, ¿verdad?

Jordan apretó la mandíbula e intentó ocultar la expresión de su mirada al ver como el fuego se reflejaba en el color de su pelo.

–Ya he trabajado suficiente por hoy. ¿Qué tal tu tarde? –se apoyó en el bastón mientras entraba en la habitación; el dolor de la pierna y de la cadera por estar sentado toda la tarde hizo que su tono fuese más brusco de lo que pretendía.

–Aburrida –admitió ella.

–¿Aburrida?

–No estoy acostumbrada a pasarme el día sentada sin nada que hacer.

El aburrimiento era algo sobre lo que Jordan sabía mucho, después de las semanas que había pasado en el hospital antes de ir allí.

–Hay muchos libros aquí que podrías haber leído. O podrías haber ido a dar otro paseo. O a darte otro baño.

–No pienso volver a meterme en la piscina hasta que no lo hagas tú.

–Entonces tendrás que esperar sentada –respondió Jordan mientras se sentaba en el sillón de enfrente. Apoyó la cabeza en el respaldo y la miró–. ¿Alguna vez llevas el pelo suelto?

Stephanie se llevó la mano a la coleta.

–La verdad es que no.

–Entonces ¿por qué molestarse en llevarlo largo?

–Nunca había pensado en eso –frunció el ceño, incómoda bajo el atento escrutinio de

su mirada penetrante.

Jordan parecía un depredador a la luz del fuego. Sus ojos brillaban, sus pómulos se acentuaban y su mandíbula parecía más oscura con la barba incipiente.

Stephanie sintió cierta quietud en él. La expectación de un gato montés esperando a atacar. ¡Y ella era la presa!

Se puso en pie abruptamente, necesitaba escapar de aquello durante algunos minutos al menos.

–¿Te apetece una copa de vino antes de cenar?

Jordan le dirigió una breve sonrisa.

–Pensé que nunca me lo pedirías.

Stephanie se detuvo en la puerta.

–Te duele otra vez, ¿verdad? –podía ver por la tensión de su boca que estaba luchando por mantener ese dolor bajo control en vez de permitir que le controlara.

–Ve a por el maldito vino, ¿quieres?

Ella se guardó su respuesta. Sabía por el brillo de su mirada que no era el momento para discutir con él sobre el dolor que sufría. Ni sobre el método insatisfactorio que elegía para aliviar el dolor.

–¿Lo quieres tinto o blanco?

–Eso depende de lo que vayas a preparar para cenar.

–Tengo patatas y lasaña en el horno. También he preparado una ensalada; la tengo en el frigorífico.

–Entonces tinto. Ahora ve a por él, ¿quieres, Stephanie? –la instó al ver que seguía dudando en la puerta–. Cuando regreses, te prometo que intentaré tener una conversación agradable.

–¿Sobre qué?

–¿Cómo diablos voy a saberlo? Hace tanto tiempo que no lo intento que creo que he perdido la capacidad de conversar.

Stephanie no estaba segura de que alguna vez la hubiera tenido.

Jordan Simpson era conocido por no aguantar bien las tonterías; era un profesional perfeccionista y tenía poca paciencia con aquéllos que no se entregaban al máximo.

En su personalidad de Jordan St Claire, un hombre alejado de la vida pública, ni siquiera se molestaba en ser amable, y se mostraba cáustico o irónico. Ese estado de ánimo dependía del grado de dolor que tuviera en ese momento. En ese instante, a Stephanie le parecía que tenía mucho dolor.

–A mí tampoco me han gustado nunca las conversaciones intrascendentes –le dijo.

–Entonces supongo que los dos tendremos que trabajar en ello –contestó Jordan antes de cerrar los ojos y apoyar la cabeza de nuevo en el respaldo. Su expresión era dura e inaccesible.

Una expresión de dolor.

Stephanie estaba cada vez más convencida de que aquella noche la cadera y la pierna

le dolían más de lo normal. Podía ver los efectos del dolor en sus ojeras y en la palidez de la piel. Sin duda el vino ayudaría a aliviar el dolor durante un tiempo, pero no lo sofocaría por completo.

Aunque ella no pensaba que beber vino fuese la respuesta, sabía que el hecho de que Jordan aceptase algún tipo de ayuda para mitigar su dolor era mejor que ninguna ayuda en absoluto. Así que se dio la vuelta y se fue a por el vino.

–Aquí tienes –Stephanie regresó de la cocina minutos más tarde y le entregó a Jordan una de las copas de vino tinto que llevaba consigo. Después, dejó la botella sobre la mesa que tenía al lado antes de llevarse su copa al sillón que había ocupado antes junto al fuego.

–¿De qué hablamos? –preguntó tras varios minutos de silencio.

Jordan se había incorporado y se había bebido media copa de merlot de un trago, sabiendo por experiencia que harían falta unos minutos para que el alcohol llegase a su sistema nervioso y le calmara el dolor.

–¿Por qué no empiezas hablándome de tu familia? –se rellenó la copa mientras esperaba a que ella respondiera.

–¿Qué quieres saber sobre ellos? –preguntó Stephanie.

–Eres bastante difícil, ¿sabes?

–¿Y tú no?

–Tú ya sabes cosas sobre mi familia –señaló Jordan–. Dos hermanos, ambos mayores que yo; uno dos años mayor, el otro dos minutos. Fin de la historia.

–¿Qué hay de tus padres? ¿Siguen vivos?

–Sólo mi madre. Vive en Escocia –respondió Jordan de manera cortante.

Stephanie parecía esperar que dijese algo más al respecto, pero Jordan no tenía intención de hacerlo. No iba a decirle que su madre, la duquesa de Stourbridge, estaba esperando desesperadamente el matrimonio de su hijo mayor para poder pasar a ser simplemente la duquesa viuda. Que esperaba con impaciencia que cualquiera de sus hijos se casara y le diera los nietos que tanto ansiaba. Como ninguno de esos tres hijos había tenido nunca una mujer permanente en su vida, y mucho menos había pensado en el matrimonio, iba a tener que esperar sentada.

Así que Molly se desvivía por sus tres hijos. De hecho, si se hubiera salido con la suya, en aquel momento estaría allí mismo, cuidando de Jordan. Por mucho que Jordan quisiera a su madre, era algo de lo que podía prescindir.

–Tu turno –le dijo a Stephanie–. Comienza por tus abuelos y ve bajando.

–No suelo hablar de mi vida privada con mis pacientes –dijo ella.

–Creí que habíamos acordado que yo no era tu paciente.

–¿Entonces qué estoy haciendo aquí?

–¿Quién diablos lo sabe? –Jordan se dio cuenta de su tono agresivo y se arrepintió, pero el vino estaba tardando más tiempo del habitual en aliviarle el dolor aquella noche, hasta el punto de que estaba apretando los dientes con tanta fuerza que le sorprendía que pudiese hablar.

–Muy bien –dijo Stephanie–. Mis cuatro abuelos siguen vivos. Y mis padres. Yo…

–No te estaba pidiendo que pasaras lista –dijo Jordan–. Mira, Stephanie, así es como funciona. Yo te hago una pregunta educada y tú me das una respuesta amable. Con detalles. En eso consiste la cháchara.

Stephanie sabía bien lo que era la cháchara. Pero no tenía paciencia para ello.

–Mis abuelos paternos se mudaron a Surrey cuando mi abuelo vendió su empresa constructora hace cinco años. Mis abuelos maternos viven en Oxfordshire; mi abuela es profesora de universidad retirada, y no quiso abandonar la ciudad en la que había impartido clase durante tantos años. Mis padres viven en Kent y llevan juntos un centro de jardinería.

–Mejor –dijo Jordan.

–Tengo una hermana. Joey. Ella…

–¿Joey es una chica?

–Es el diminutivo de Josephine –explicó Stephanie con una sonrisa, aliviada al ver que el rostro de Jordan parecía más relajado–. Pero cualquiera que la llame por su nombre completo acabará con un ojo morado o algo peor.

–¿Peor?

–Le metió una rana por la camisa a un niño en el colegio porque se atrevió a burlarse de ella al decir su nombre completo.

–¿Y el ojo morado?

–Un tipo con el que salió en la universidad –Stephanie se encogió de hombros–. No hace falta decir que no volvieron a salir después de aquello.

–No, supongo que no –Jordan se rió suavemente y sintió que se le empezaban a relajar los músculos con los efectos del vino–. ¿Y cuántos años tiene Joey y a qué se dedica?

–Es abogada.

–¿Y tiene…?

–Veintimuchos –respondió Stephanie antes de dar un trago al vino; había imaginado hacia dónde iba la conversación en cuanto Jordan le había preguntado por su familia.

–¿Es mayor o menor que tú?

–Ligeramente menor.

Jordan la miró pensativo y sintió que había algo que le estaba ocultando.

–¿Cuánto menor? –preguntó.

–¡Unos cinco minutos!

–Vaya, Stephanie –murmuró Jordan–. ¿Significa eso que tú también eres gemela?

–Sí.

–¿Y sois idénticas?

–Sí.

Jordan arqueó las cejas con incredulidad.

–¿Quieres decir que hay dos con ese pelo rojo y canela, esos ojos verdes, esa barbilla decidida y ese temperamento testarudo?

–¡Yo no soy testaruda!

–Y la hierba no es verde ni el cielo azul –respondió él.

–¡A veces no lo son!

–Yo estoy seguro de que alguna vez tú tampoco eres testaruda –bromeó Jordan–. Déjame adivinar… Joey tiene el pelo corto y suele llevar trajes oscuros y camisas de seda.

Stephanie se quedó con la boca abierta.

–¿Cómo puedes saber eso?

–Por la misma razón que Gideon y yo tenemos gustos opuestos; gemelo o no, nadie quiere ser un clon de otra persona.

–Pero Gideon y tú no sois gemelos idénticos.

–En apariencia no –dijo Jordan–. Pero tenemos la misma altura y una estructura facial similar. Tal vez deberíamos presentarle a tu hermana a mi hermano y ver qué ocurre. Como los dos son abogados, ya tienen algo en común.

Stephanie sabía exactamente qué ocurriría si la independiente y deslenguada Joey conocía alguna vez a los arrogantes hermanos de Jordan. Saltarían chispas.

–Puede que no –añadió Jordan, que pareció leerle el pensamiento–. Por mucho que a veces me saquen de quicio, no sé si les desearía eso a mis hermanos.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que tener a una hermana McKinley cerca ya es más que suficiente para cualquier hombre.

Obviamente el vino había relajado a Jordan. Tanto que estaba volviendo a atormentarla, haciendo que fuera más consciente de la atracción que sentía hacia él.

Stephanie se humedeció los labios y se puso en pie.

–Creo que debería ir a ver cómo va la cena…

Jordan estiró la mano y la agarró del brazo cuando pasó por su lado.

–No hay nada en el horno que pueda estropearse, ¿verdad?

Stephanie esperó que el súbito aceleramiento de su corazón no se repitiera en el pulso que latía bajo los dedos de Jordan.

–La verdad es que no. Pero pensaba que…

–Piensas demasiado, Steph. ¿Por qué no te permites sentir para variar?

Stephanie estaba sintiendo demasiado. ¡Ése era el problema!

Sentía la fuerza de los dedos de Jordan en torno a su brazo, la caricia de su pulgar sobre su pulso acelerado, el calor de aquella mirada sobre sus labios húmedos y separados, que después se deslizó sobre sus pechos. Y la mantuvieron cautiva. La atrajeron al pozo de sensualidad que sentía que crecía entre ellos…

–Creo haberte dicho que no me llamaras «Steph» –murmuró ella casi sin aliento.

–Tus labios han dicho muchas cosas que no se corresponden con tu lenguaje corporal –susurró él mientras dejaba su copa de vino sobre la mesa–. Obviamente tienes controlado el asunto de alimentarme, así que tal vez sería un buen momento para que me divirtieras –le sugirió mientras tiraba firmemente de su muñeca.

Stephanie trató de resistirse. Y fracasó. En vez de eso, perdió el equilibrio, cayó por encima del brazo del sillón y acabó sentada sobre los muslos de Jordan mientras él la

estrechaba entre sus brazos.

–Jordan, esto no es una buena idea…

–Me he quedado sin buenas ideas, Stephanie –dijo él–. Vamos a probar con una mala –añadió mientras comenzaba a agachar la cabeza hacia ella–. Normalmente suelen ser más divertidas.

Jordan iba a besarla. Iba a hacer algo más que eso, pensó Stephanie al quedar fascinada por la intensidad de su mirada.

–Tal vez tengamos más éxito con esto si estamos sentados –murmuró, y su aliento fue como una suave caricia contra sus labios.

Stephanie intentó recuperar la cordura.

–Jordan, no podemos hacer esto.

–Oh, claro que podemos –murmuró él antes de besarla por fin.

Fue un beso lento y placentero mientras Jordan le mordisqueaba los labios, alentándola a devolverle el gesto. Gimió suavemente cuando ella finalmente levantó el brazo y se lo pasó por encima de los hombros para poder devolverle los besos.

Jordan sintió un escalofrío en la espalda cuando Stephanie enredó los dedos en su pelo mientras lo besaba. Obviamente ella sentía un deseo similar al que sentía él.

Se movió ligeramente para que Stephanie quedase recostada sobre el brazo del sillón mientras él deslizaba la boca por su cuello. Stephanie sabía a miel y luz del sol, y la ligereza de su perfume se mezclaba con el olor del deseo. Un deseo que igualaba en intensidad a la necesidad de Jordan de volver a oír sus jadeos y sus gemidos mientras la complacía.

Deslizó la mano lentamente bajo su sudadera sin dejar de saborear su cuello. Su piel era suave como la seda e igual de deliciosa. La tocó. Acarició su pecho. Le pellizcó suavemente un pezón y después acarició suavemente la punta. Le levantó la sudadera y se deleitó con la visión de aquellos pechos pequeños y perfectos antes de agachar la cabeza y saborear uno de esos pezones erectos.

–¡Jordan! –Stephanie arqueó la espalda mientras gemía.

Él apartó la boca vacilante, con los ojos oscurecidos por el deseo mientras contemplaba aquel pezón húmedo y duro.

–Eres demasiado deliciosa para que pare –murmuró con admiración, y le acarició el pezón nuevamente con el pulgar antes de centrarse en el otro. Lo rodeó varias veces con la lengua antes de absorber con fuerza.

Stephanie estaba completamente entregada al placer, con la mano puesta en la cabeza de Jordan mientras éste le estimulaba el pezón con la lengua.

El placer que sentía entre los muslos le produjo una intensa humedad, y deseó que la tocara también ahí.

Jordan levantó entonces la cabeza y la miró a los ojos. Le desabrochó los vaqueros antes de bajarle la cremallera y dejar al descubierto las braguitas de encaje negras que llevaba debajo.

Stephanie no podía moverse, no podía respirar. Sólo pudo gemir suavemente cuando Jordan agachó la cabeza. Sintió la humedad de su lengua en el ombligo, y el calor de sus

muslos aumentó cuando se sumergió entre sus piernas mientras con las manos seguía pellizcándole los pezones con suavidad.

Estaba ardiendo. Húmeda. Deseosa. Lo necesitaba desesperadamente…

Jordan respondió a esa necesidad colocando una mano sobre la piel de debajo de su cintura. Una mano que fue bajando cada vez más hasta introducirse bajo el encaje de las braguitas en busca de sus rizos húmedos y sedosos.

Stephanie gimió al sentir un dedo alrededor de la protuberancia hinchada entre aquellos rizos. Una y otra vez. Acariciando. Presionando. Un movimiento rítmico que aumentaba la presión que crecía en su interior.

Los gemidos se volvieron jadeos al sentir que se aproximaba al clímax. Hundió los dedos en los hombros de Jordan mientras él seguía estimulándole los pechos con la lengua. Pero parecía saber exactamente cuándo detener la intensidad de aquellas caricias para mantenerla una y otra vez al borde del éxtasis.

–¡Por favor, Jordan! –gritó Stephanie finalmente. Estaba volviéndose loca de deseo. Un clímax inconmensurable se encontraba más allá de su alcance.

Jordan le lamió un pezón al mismo tiempo que introducía un dedo largo y penetrante dentro de ella. A ese dedo se unió un segundo, dilatándola lentamente mientras con el pulgar seguía acariciándole el clítoris.

Stephanie estaba húmeda e hinchada, y aquellos dedos largos seguían penetrándola rítmicamente, una y otra vez, cada vez más deprisa, hasta que las caricias la condujeron a un clímax tan profundo y prolongado que la dejó sin aliento y lo único que pudo hacer fue aferrarse a él mientras movía las caderas entre espasmos y gemidos.

Jordan continuó con sus caricias tiempo después de que ella hubiera llegado al clímax. Su erección seguía palpitando al mismo ritmo que los temblores de Stephanie, y amenazaba con hacerle explotar de deseo.

Nunca había sido un amante egoísta y le resultaba satisfactorio dar placer a su compañera, así que ignoró los deseos de su propio cuerpo y siguió con aquellas caricias para darle a Stephanie hasta el último vestigio de placer físico.

Se sintió menos complacido con la súbita mirada de pánico que apareció en aquellos ojos verdes minutos más tarde, cuando Stephanie fue consciente de dónde estaba y de lo que acababa de ocurrir entre ellos.

–No pasa nada, Steph –le aseguró él.

–¡Sí que pasa! –exclamó ella.

–Créeme, no –insistió él mientras apartaba la mano de su piel aún húmeda antes de abrocharle de nuevo los pantalones y bajarle la sudadera. Pero no sin antes ceder a la tentación de besarle los pechos, sonrojados por el roce de su barba incipiente.

Tendría que afeitarse dos veces al día si quería volver a hacer aquello; no soportaba ver la más mínima imperfección en aquella piel perfecta y cremosa.

Cuando finalmente levantó la mirada, vio que Stephanie tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas.

–Eres preciosa, Stephanie –le dijo.

Ella se humedeció los labios con la punta de la lengua.

–¿Y qué pasa contigo? No has…

–Tenemos toda la noche –la interrumpió Jordan mientras deslizaba las manos desde su pecho hasta sus muslos.

–No deberíamos…

–Sí deberíamos –insistió él con firmeza.

Ella negó con la cabeza sin devolverle la mirada.

–No sé si podré quedarme aquí si esto continúa.

Jordan la rodeó con los brazos mientras ella intentaba levantarse.

–Quédate, Stephanie. Por favor.

–Pero… –dijo ella mirándolo tímidamente.

–Si hubiera sabido que deseabas estar solo, Jord, entonces te habría telefoneado en vez de volar hasta aquí para hablar contigo en persona –dijo una voz burlona desde detrás de ellos.

Jordan no necesitó darse la vuelta para saber que la voz pertenecía a su hermano gemelo Gideon.

Capítulo 7

OH, Dios! –Stephanie dio un grito y ocultó sus mejillas sonrojadas contra el pecho de Jordan tras mirar hacia el otro lado de la habitación y ver al hombre guapo de pelo rubio y ojos oscuros que se encontraba en la puerta, mirándola con una expresión cínica.

–Supongo que estabais demasiado… ocupados para oír el aterrizaje del helicóptero hace quince minutos –dijo Gideon.

–Supongo que sí –contestó Jordan–. ¿Significa eso que Lucan también está aquí?

–He venido yo solo.

–¿Por qué?

Hubo una pausa corta y significativa.

–Preferiría que hablásemos en privado, Jordan.

–Aún no –respondió Jordan sin soltar a Stephanie–. ¿Y si nos das unos minutos de privacidad, Gideon?

–Por supuesto –murmuró el otro–. ¿Quieres que siga esperando en la cocina o…?

–¿Quieres largarte de una vez, Gid? –insistió Jordan bruscamente.

Stephanie quería morirse de vergüenza. Jamás había tenido tantas ganas de que la tragase la tierra. Había hecho algunas cosas estúpidas en su vida, pero sin duda nada tan estúpido como aquello.

No sólo se había dejado llevar por los besos y las caricias de Jordan, sino que además había un testigo de aquel momento. Y no cualquier testigo, sino el hermano gemelo de Jordan.

–No pasa nada, Stephanie. Se ha ido, ya puedes incorporarte –bromeó Jordan.

Tal vez Gideon St Claire hubiera abandonado la habitación, pero Jordan no. Y Stephanie tampoco se atrevía a mirarlo a la cara después de lo que había ocurrido.

¿Qué diablos se le había metido en la cabeza para comportarse de un modo tan desinhibido?

¡Con Jordan Simpson!

Ya no le quedaba otra opción; no tenía más argumentos. Tenía que marcharse de inmediato. No podía quedarse allí un minuto más.

–¡Stephanie, cálmate! –le ordenó Jordan cuando ella se incorporó y empezó a luchar por liberarse de sus brazos–. Ambos somos adultos y… Maldita sea, Stephanie, no hemos hecho nada malo.

Stephanie dejó de forcejear el tiempo justo para mirarlo con odio.

–¡Puede que tú no, pero yo sí! Tengo que marcharme ahora mismo, Jordan.

–¿Por qué? Gideon nunca se queda mucho tiempo.

–¡Por lo que a mí respecta, ya ha estado aquí demasiado tiempo! Ahora suéltame –le rogó mientras intentaba ponerse en pie.

–No hasta que no te calmes.

Stephanie estaba calmada. Al menos todo lo calmada que podía estar después de

quedar como una idiota. No sólo con Jordan, sino delante de su hermano.

Se estremeció al pensar en la intimidad con la que Jordan la había tocado. Al pensar en como se había dejado llevar por la influencia de aquellas caricias. En que su cuerpo y sus pechos seguían tan sensibles que podía sentir el roce de la ropa sobre la piel. Y los muslos aún le temblaban tras un clímax tan impresionante.

Jordan se encogió de hombros.

–Reconozco que ha sido un pequeño inconveniente que Gideon entrara de esa manera, pero…

–¿Un pequeño inconveniente? –Stephanie soltó una carcajada sarcástica cuando por fin consiguió zafarse de los brazos de Jordan y ponerse en pie antes de girarse para mirarlo–. ¿Cuánto tiempo crees que tu hermano ha estado ahí de pie? ¿Crees que nos ha visto, que nos ha oído? –se avergonzó nuevamente al recordar sus gemidos al llegar al clímax.

Jordan negó con la cabeza.

–Aunque Gideon haya visto u oído algo, te aseguro que es un caballero y no lo mencionará jamás.

–¡Estás empeorando la situación, Jordan! –exclamó Stephanie a modo de protesta.

Jordan veía que, en lo que a Stephanie concernía, eso era exactamente lo que estaba haciendo. Pero aunque admitía que era un poco incómodo que Gideon hubiera entrado de ese modo, no lo consideraba tan catastrófico como parecía considerarlo Stephanie.

–Mira, simplemente olvídalo…

–Es fácil para ti decirlo cuando no es a ti a quien han pillado en una situación comprometida.

Jordan la vio caminar agitada de un lado a otro de la habitación, obviamente ajena al hecho de que el pelo se le había soltado durante su encuentro sexual y le caía en cascada sobre los hombros.

Estaba preciosa. Como una mujer a la que acabasen de hacerle el amor a fondo. Aunque no tan a fondo como a él le hubiera gustado.

–Oh, te aseguro que yo también estaba –señaló él.

–Te advierto, Jordan, que ahora mismo no estoy de humor para apreciar tu retorcido sentido del humor.

–Entonces deja de darle tanta importancia –respondió él con expresión sombría mientras alcanzaba el bastón y se ponía en pie.

–¡Es que sí tiene importancia, maldita sea! –exclamó Stephanie–. Normalmente no me comporto de un modo tan descontrolado, y mucho menos delante de gente.

–Ya te he dicho que Gideon no lo mencionará si tú no lo haces.

–¡Yo ni siquiera deseo pensar en ello, y mucho menos mencionarlo!

Jordan apretó los labios y de pronto se quedó muy quieto.

–¿Y por qué, exactamente?

–¿Por qué?

–Sí. ¿Por qué?

–Yo creo que es evidente.

–Tú lo deseabas. Yo lo deseaba. Y como ya he dicho, ambos somos adultos. ¿Cuál es tu problema?

–Mi problema es que Lucan me contrató para ser tu fisioterapeuta, no para irme a la cama contigo –le dijo Stephanie acaloradamente.

–Yo no necesito una fisioterapeuta…

–Oh, desde luego que sí.

–Y además no nos hemos acercado a ninguna cama –continuó Jordan con frialdad.

Stephanie se dio cuenta de que no lo entendía. ¿Y por qué iba a entenderlo? Gideon era su hermano, y si la cercanía con su gemelo se parecía a la que ella sentía con Joey, entonces Jordan no sentiría la incomodidad que ella sentía en aquel momento. Claro, que no era él quien había perdido el control por completo. Quien había gemido al llegar al clímax…

¡Dios! ¡Jordan había recorrido todo su cuerpo con las manos!

Stephanie se sentó de golpe en uno de los sillones y se llevó las manos a la cara al sentir las lágrimas acumulándose en sus ojos.

Jordan se quedó contemplando frustrado la cabeza agachada de Stephanie mientras oía sus sollozos, y sin saber qué hacer ni qué decir. Por la experiencia que él tenía, las mujeres normalmente no lloraban después de que les hiciera el amor.

Pero entonces se recordó a sí mismo que no lloraban después de hacer el amor con el famoso actor Jordan Simpson. El tullido Jordan St Claire era otra cosa. Otra persona completamente diferente.

Odiaba sentirse tan impotente.

–He estado pensando…

Jordan se dio la vuelta al oír la voz de su hermano.

–¡Fuera de aquí, Gideon!

–Que probablemente yo sea el tercero que hace una multitud –concluyó su hermano sin prisa, y dirigió una mirada hacia Stephanie–. Puedo pedir una habitación en la posada del pueblo para pasar la noche y volver por la mañana.

–¡No! –exclamó Stephanie mientras se ponía en pie secándose las lágrimas–. No tiene que marcharse, señor St Claire.

–Gideon –dijo él–. «Señor St Claire» hace que me parezca a mi hermano mayor.

–Lo que sea –continuó ella–. Tiene el mismo derecho que Jordan a estar aquí. Soy yo la que debería marcharse.

–Oh, dudo que a mi hermano pequeño fuese a gustarle eso –dijo Gideon tras mirar brevemente a Jordan.

Los dos hermanos eran como los dos lados de un negativo, pensó Stephanie; el pelo de Jordan era largo y oscuro, mientras que el de su hermano era del color del oro, muy corto. Los ojos de Jordan eran del mismo color dorado que el pelo de su hermano, y los de Gideon eran tan oscuros que casi parecían negros. Y el contraste en su manera de vestir era igual de extremo. La ropa de Jordan era informal; Gideon St Claire llevaba pantalones negros hechos a medida y un jersey negro de cachemira sobre una camisa gris desabrochada a la altura del

cuello. Sus zapatos de cuero parecían hechos a mano.

Y además eran dos de los hombres más increíblemente guapos que Stephanie había visto jamás.

–Tienes razón. No le gustaría –respondió Jordan–. Hagamos las presentaciones, ¿de acuerdo? –sugirió–. Stephanie, éste es mi hermano Gideon St Claire. Gideon, ésta es Stephanie McKinley.

Stephanie no supo cómo interpretar el hecho de que no añadiese nada más a la presentación que explicase qué estaba haciendo ella allí. Aunque ella tampoco tenía muchas ganas de explicarle su presencia al altivo Gideon St Claire después de la intimidad de la escena con la que se había encontrado minutos antes.

–Señor St Claire –dijo ella con un ligero movimiento de cabeza.

–Señorita McKinley –murmuró él. Sus rasgos eran tan duros como los de su gemelo.

A Stephanie no le cabía duda de que aquel hombre debía de ser un abogado formidable. Tendría que preguntarle a Joey si se había encontrado alguna vez con él en los tribunales.

–¿McKinley? –repitió Gideon lentamente sin dejar de mirarla–. Pelo rojo. Ojos verdes. Mmm. No estará emparentada con Josephine McKinley, ¿verdad?

¡Oh, Dios mío! Su hermana y aquel hombre sí habían coincidido. ¿Pero cuándo? ¿Dónde? Sólo esperaba que no estuviese relacionado de algún modo con el caso del divorcio de los Newman.

Sólo pensar en la reacción de Jordan si supiera de las acusaciones lanzadas sobre ella, después del desprecio que había mostrado por la infidelidad de su padre, era suficiente para ponerle los pelos de punta.

–Es su hermana gemela –respondió Jordan–. Y al parecer odia que la llamen Josephine.

–¿Conoce a mi hermana, señor St Claire? –preguntó Stephanie.

–Personalmente no –contestó Gideon–. Aunque he oído hablar de ella.

Y nada bueno, a juzgar por el brillo severo de aquellos ojos penetrantes y la curvatura de sus labios.

Stephanie sabía que Joey se había ganado cierta reputación en los tribunales durante los últimos tres años, y que muchos de sus compañeros de profesión la consideraban despiadada e inflexible cuando defendía a sus clientes. Rasgos que un hombre como Gideon St Claire, que obviamente también los poseía, debería haber apreciado.

–¿Qué estás haciendo aquí, Gideon? –preguntó Jordan, y eso salvó a Stephanie de tener que dar algún tipo de respuesta al comentario enigmático sobre su hermana.

En vez de responder a su hermano, Gideon miró directamente a Stephanie.

–Me pareció oler a quemado cuando estaba en la cocina…

–¡La lasaña! –gritó Stephanie al acordarse de la comida que había dejado en el horno. Antes de que Jordan comenzase a hacerle el amor y se olvidara por completo de ella–. Disculpad –les dirigió a ambos una sonrisa sin sentido antes de salir corriendo de la habitación.

Era evidente que Gideon deseaba hablar con Jordan a solas, y Stephanie se sintió

aliviada por tener una excusa para escapar de la intensidad de emociones provocadas por la presencia de los hermanos St Claire.

–Bueno, has conseguido sacar a Stephanie de la habitación, así que ya puedes decirme qué ocurre –dijo Jordan en cuando se quedó a solas con su hermano en la sala de estar.

Gideon le devolvió la mirada con la especulación cínica tan característica en él. Tan típica en los tres hermanos St Claire, para ser sincero.

Gideon negó con la cabeza.

–Y yo que te imaginaba solo en la campiña de Gloucestershire.

–Ya sé que tu sarcasmo consigue poner nerviosa a la mayoría de la gente, Gid, pero te aseguro que yo no soy la mayoría –dijo Jordan antes de volver a sentarse en el sillón que acababa de dejar vacío.

–¡Tienes muy mal aspecto! –declaró su hermano mirándolo con desaprobación.

–Tan amable como siempre –murmuró Jordan, y apoyó la cabeza en el respaldo.

Se había olvidado por completo del dolor de la cadera y de la pierna, al igual que Stephanie se había olvidado de la cena, mientras hacían el amor, pero ahora que el torrente de adrenalina había pasado, volvió a sentir el dolor con intensidad.

Tal vez debiera regresar a Estados Unidos y ver a uno de los especialistas, como le había aconsejado Stephanie.

No. Preferiría vivir con dolor antes que sufrir más exámenes médicos.

–¿Es que en Gloucestershire se han quedado sin navajas de afeitar? –preguntó Gideon.

–Dime lo que estás haciendo aquí, Gideon –repitió Jordan, preguntándose por qué diablos todo el mundo parecía de pronto obsesionado con su apariencia. ¿Qué importaba su aspecto si no había nadie allí para verlo? Bueno… hasta que Stephanie había llegado el día anterior–. ¿Y bien?

–No tenía intención de interrumpir tu cita romántica con la señorita McKinley –respondió su hermano mientras se sentaba enfrente.

–No es una cita.

–¿No?

–Mírame, Gideon –dijo Jordan–. Soy un reflejo del hombre que era.

–A Stephanie no parece importarle.

–Tal vez debiéramos dejar a Stephanie al margen de todo esto.

Gideon miró en la dirección de la cocina.

–No parece tu tipo de mujer.

–Yo no soy el hombre que era antes.

–¿Y no estás cansado de autocompadecerte? –preguntó Gideon.

Aquel comentario se parecía tanto al que Stephanie le había hecho el día anterior que Jordan se puso furioso. De hecho, si Gideon hubiera sido cualquier otra persona, habría cedido al impulso de darle un puñetazo en la nariz. Pero sabía que Gideon era más que capaz de vencerlo en una pelea en aquel momento; ya fuera verbal o física.

Aunque Jordan no se dejó engañar ni por un momento por la aparente actitud de

indiferencia de Gideon; sabía lo devastado que había quedado su hermano tras el accidente. También sabía que Gideon era un hombre de emociones fuertes, pero prefería mantenerlas ocultas la mayor parte del tiempo tras una máscara de cinismo.

–Deja de intentar enfadarme y dime lo que sea, Gid –le dijo.

Por suerte Stephanie había logrado salvar la lasaña del horno antes de que quedara echada a perder por completo. Tras raspar un poco los bordes le había quitado casi toda la parte quemada, y las patatas aún se podían comer.

Para cuando los dos St Claire se reunieron con ella en la cocina diez minutos más tarde, ya había dispuesto tres platos sobre la mesa y estaba preparada para servir la comida. Saber si sería capaz de sentarse con ellos y comer algo era otra cosa completamente distinta.

Aquella respiro de diez minutos le había dado a Stephanie la posibilidad de recuperar la compostura, aunque aún le entraban mareos cada vez que recordaba lo que había pasado entre Jordan y ella.

No era completamente inocente en lo referente al sexo; había salido y experimentado un poco cuando estaba en la universidad, pero le había resultado extremadamente decepcionante. Tanto que había reservado muy poco tiempo para relaciones desde entonces, y había decidido centrarse en su carrera. Su respuesta física ante Jordan distaba de ser decepcionante; de hecho había sido tan explosiva como instantánea. Jamás había imaginado, ni en sus fantasías más salvajes, el placer que había sentido mientras Jordan le hacía el amor.

Lo cual ya era suficientemente traumático en sí mismo sin necesidad de tener al hermano gemelo de Jordan presenciando la escena; el mismo hermano del que Jordan le había dicho que no sabría lo que era la arrogancia hasta que lo hubiera conocido.

Aunque cuando Gideon entró en la cocina detrás de Jordan, daba la impresión de no saber nada.

–Me disculpo de nuevo por haberte causado cualquier molestia, Stephanie –le dijo educadamente al ver los tres platos sobre la mesa.

–En absoluto –contestó ella–. Al fin y al cabo, esta finca es de tu familia. Además hay comida más que suficiente para tres… ¿Estás bien, Jordan? –preguntó preocupada al ver lo pálido que estaba. Peor que pálido. Sus mejillas tenían cierto tono grisáceo. ¿Y era su imaginación o parecía apoyarse en su bastón con más fuerza de lo normal?

¿Sería el resultado de haber hecho el amor con ella?

Jordan podía mostrarse sarcástico y burlón, pero era evidente que no estaba bien; algo que un exceso de actividad física sin duda exacerbaría. Hacer el amor podía ser catalogado como una excesiva actividad física; sobre todo porque ella había estado sentada en su regazo.

Se acercó rápidamente a él.

–Tal vez deberías sentarte.

–¿Quieres dejar de mimarme como si fueras mi madre? –preguntó él.

–Lo siento –dijo Stephanie–. Sólo pensé que…

–¿No te he dicho ya que piensas demasiado?

–Confío en que perdones la brusquedad de mi hermano, Stephanie –intervino Gideon con frialdad–. La incomodidad de sus lesiones parece haber anulado sus buenos modales.

–¡Cuando quiera que te disculpes por mí, Gid, te lo pediré! –exclamó Jordan.

–Cuando yo quiera que me digas lo que tengo que hacer y cuándo tengo que hacerlo, entonces te lo pediré, Jord –respondió su hermano sarcásticamente.

En cualquier otro momento a Stephanie le habría parecido divertida aquella conversación entre dos hombres testarudos. Pero, como había estado a punto de hacer el amor con uno de ellos antes y había sido pillada por el otro, no estaba de humor para diversiones.

Sobre todo porque Jordan parecía estar a punto de derrumbarse.

–Realmente creo que deberías sentarte, Jordan –le dijo con firmeza mientras apartaba de la mesa una de las sillas de la cocina.

Jordan le dirigió una mirada rabiosa, más consciente que nunca de sus propias limitaciones en presencia de su hermano. Al igual que era consciente de las miradas de aprobación que Gideon le dirigía a Stephanie.

Jordan se sentó finalmente en la silla de madera.

–Haz la maleta cuando hayamos cenado, Stephanie –le dijo mientras se giraba para apoyar el bastón convenientemente en la pared tras él–. Gideon va a llevarnos a todos de vuelta a Londres en el helicóptero mañana por la mañana.

–¿Qué? –Stephanie no se molestó en disimular su sorpresa ante el anuncio de Jordan.

–Vamos a volver a Londres. Por la mañana –repitió él con impaciencia mal disimulada.

–¿Pero qué pasa con mi coche?

–Le diré a alguien que venga a recogerlo.

–¿Pero por qué?

–¿Acaso importa?

–Bueno… no. Supongo que no –respondió Stephanie.

Salvo que ella no deseaba volver a Londres. Había aceptado aquel trabajo en Gloucestershire con Jordan St Claire porque quería mantenerse lejos de Londres hasta que el asunto de su posible implicación en el divorcio de los Newman hubiera quedado aclarado.

Capítulo 8

QUÉ sucede, Stephanie?

Estaba de pie en la puerta del estudio, donde Jordan se encontraba nuevamente sentado tras el escritorio, mirándola con ojos enigmáticos. La única luz de la habitación provenía de una lámpara situada sobre la mesa, que se reflejaba sobre los papeles en los que estaba trabajando.

Como era de esperar, en lo que a Stephanie concernía, cenar con los hermanos St Claire había sido una experiencia incómoda. No tenía ni idea de lo que pensaban ellos de la situación. La conversación había sido prácticamente inexistente mientras comían, obviamente absortos en sus pensamientos. Aunque Gideon le había dado las gracias y la había felicitado por la comida tras terminar, antes de excusarse y subir al piso de arriba para acostarse.

Stephanie tenía la sensación de que su temprana ausencia tenía más que ver con el hecho de sentirse el tercero en discordia que con una necesidad real de irse a la cama. Probablemente se habría retirado temprano porque pensaba que Jordan y ella necesitaban intimidad, aunque sólo fuera para hablar del viaje del día siguiente.

Si ése fuera el caso, entonces Gideon podría haberse ahorrado las molestias. Porque Jordan se había excusado también y se había metido en el estudio un minuto después de que su hermano se marchara, lo cual le había dejado a Stephanie demasiado tiempo libre para pensar y recordar su comportamiento desvergonzado…

–Como piensas marcharte con Gideon por la mañana, tal vez sea mejor que nos despidamos ahora –dijo ella.

–Creo que he dejado bastante claro que espero que nos acompañes a Londres.

–Sí, lo has dejado claro –contestó Stephanie mientras entraba en la habitación–. Pero también has dejado claro desde mi llegada que no quieres los servicios de una fisioterapeuta. De modo que ésta sería la oportunidad ideal para mí de…

–¿Has estado pensando de nuevo, Stephanie? –preguntó él mientras se recostaba en el sillón de cuero.

–¡Déjalo ya, Jordan! –exclamó ella al acercarse al escritorio–. Obviamente tendré que ponerme en contacto con Lucan y decirle que, dado que no he empezado a trabajar contigo, no tiene que pagarme nada…

–Seguro que eso es muy justo por tu parte, Stephanie –la interrumpió Jordan–. Pero por lo que yo sé, Lucan no ha dicho que vaya a prescindir de tus servicios.

–No, pero ha sido imposible desde el principio, así que he dado por hecho que…

–Nunca es bueno dar las cosas por sentado con la familia St Claire, Stephanie –contestó Jordan negando con la cabeza–. Cuando he dicho que volveríamos todos a Londres por la mañana, quería decir justo eso.

Ella frunció el ceño.

–No veo qué sentido puede tener que te acompañe cuando te niegas a dejar que te ayude.

–Puede que lo haya reconsiderado.

Stephanie lo miró inquisitivamente, pero le resultó imposible interpretar su expresión y el vacío enigmático en aquellos ojos dorados.

–Jordan…

–Stephanie, Gideon ha venido hasta aquí para decirme que mi madre ha llegado a Londres –anunció Jordan.

–Ah.

–Sí –continuó él–. Como rara vez sale de Edimburgo, el hecho en sí es significativo. Tanto que Lucan se ha propuesto averiguar qué está haciendo en Londres exactamente. Ha logrado descubrir que tiene una cita para ver a un especialista en cáncer pasado mañana –Jordan habló con sequedad. Aún le costaba aceptar la razón por la que Gideon había volado hasta allí en persona para hablar con él.

La relación de los hermanos con su padre había sido esporádica tras la separación y divorcio de sus padres; los tres sabían quién era el culpable de la ruptura del matrimonio. Pero su madre… su madre siempre había estado a su lado. Molly amaba sin querer poseer, sin juzgar. Nunca presionaba. Nunca intentaba inculcarles sus ideas a sus hijos, simplemente los alentaba a tomar sus propias decisiones. Y si alguna de esas decisiones era errónea, se podía contar con ella siempre.

Parecía que había llegado el momento de estar a su lado.

–Lo siento mucho –dijo Stephanie, y se sentó en una silla frente al escritorio.

–Aún no hay nada seguro –dijo Jordan–. Es un examen preliminar y puede que no sea nada.

–Pero…

–Exacto. Pero… –asintió de manera sombría–. Es raro, ¿verdad? Saber que alguien a quien quieres puede estar seriamente enfermo te hace abandonar lo que Gideon y tú llamáis autocompasión.

–Yo sólo dije eso porque…

–Porque resulta que es cierto –dijo Jordan con sinceridad mientras se ponía en pie para agarrar su bastón y comenzar a caminar por la habitación–. Mi madre fue el primer miembro de la familia en llegar a Los Ángeles cuando tuve el accidente. Estuvo junto a mi cama todo el tiempo que estuve en el hospital, y después durante semanas en mi apartamento. Siempre alentándome. Siempre positiva. Y durante todo ese tiempo esa maldita cosa estaba comiéndosela por dentro.

–Has dicho que aún no hay nada seguro –le recordó Stephanie.

–Ya es suficiente que la posibilidad esté ahí –la expresión de Jordan se volvió aún más sombría–. Mañana volvemos a Londres, Stephanie, y cuando sepamos exactamente qué es lo que le ocurre a mi madre, me ayudarás a recuperar la movilidad de la pierna.

Stephanie se alegraba mucho de que Jordan por fin hubiera aceptado la terapia para la pierna y la cadera, aunque hubiera deseado que las circunstancias que le habían hecho cambiar de opinión fueran diferentes. Sin embargo ya no estaba tan segura de ser ella la persona idónea para ayudarlo.

Se había permitido implicarse personalmente con Jordan. Se había implicado físicamente y ni siquiera quería pensar en lo que podría sentir por él en el terreno emocional.

Salvo que ya había empezado a sentir algo.

«Más tarde, Stephanie», se dijo a sí misma con firmeza. Ya tendría tiempo de analizar sus sentimientos hacia él cuando se hubieran despedido.

–Eso es maravilloso, Jordan –le dijo con entusiasmo–. Estaré encantada de recomendarte otro fisioterapeuta.

–¡Yo no quiero otro fisioterapeuta, maldita sea! –se colocó frente a ella y le puso la mano bajo la barbilla para levantarle la cabeza–. Stephanie, mírame.

Stephanie levantó la mirada y volvió a apartarla al verse incapaz de mantenérsela.

–Debes entender que no puedo trabajar contigo ahora, Jordan –sólo el roce de sus dedos contra su barbilla era suficiente para revivir su excitación. Deseaba que le tocara algo más que la barbilla.

–¿Estás pidiéndome mi palabra de que lo de antes no volverá a ocurrir? –preguntó él–. No puedo darte eso. ¿Puedes tú?

Ella se humedeció los labios con la lengua antes de contestar.

–No. Y ése es el problema. No puedo trabajar con un hombre con el que… –ni siquiera se atrevía a decirlo en voz alta–. No me implico personalmente con mis pacientes, Jordan.

Jordan frunció el ceño y no se molestó en disimular la frustración ante su constante testarudez.

Tras haber tomado la decisión de dejar de autocompadecerse y hacer algo con su pierna, no estaba dispuesto a dejar que Stephanie le recomendara a otra persona y lo abandonara después.

Lucan sólo contrataba a los mejores; lo que significaba que Stephanie McKinley tenía que ser la mejor fisioterapeuta que el dinero de los St Claire podía comprar. Si deseaba volver a andar sin ayuda de un bastón, entonces necesitaba lo mejor.

Y era todo lo que necesitaba de Stephanie en aquel momento.

Le soltó la barbilla abruptamente y se apartó.

–No creo que estemos implicados personalmente.

–Pero antes…

–Olvídate de lo de antes. Nunca ocurrió. Sólo he estado jugando contigo. De ahora en adelante nos concentraremos en el trabajo que has venido a hacer.

«Olvídate de lo de antes. Nunca ocurrió. Sólo he estado jugando contigo».

Fue la última de aquellas frases la que a Stephanie más le dolió. ¿Porque sabía que era verdad? ¿O porque ya era demasiado tarde para no sentirse emocionalmente implicada con él?

En aquel momento Jordan St Claire era un hombre muy alejado de lo que era antes y de la vida que llevaba antes del accidente. El actor Jordan Simpson jamás se habría fijado en Stephanie McKinley. Y cuando volviese a caminar con normalidad…

–¿Vas a ayudarme o no, Stephanie?

Cuado volviese a caminar con normalidad, no volvería a fijarse en ella, concluyó Stephanie para sí misma.

Había aceptado aquel trabajo sin dudar de su capacidad para ayudar al hermano de

Lucan St Claire. El hecho de que el hermano hubiera resultado ser Jordan Simpson había complicado las cosas desde el principio. Que la atracción hacia él hubiera permitido que las cosas se torcieran tanto era más que una complicación.

¿Iba a permitir que sus emociones le impidieran prestarle a Jordan la ayuda que necesitaba? ¿Iba a negarle esa ayuda cuando finalmente se la había pedido?

Stephanie sabía que no podía hacer eso. Su dedicación profesional simplemente no se lo permitiría.

–Sí, Jordan, estoy segura de que te puedo ayudar –asintió y se puso en pie. Sólo esperaba que fuese cierto. Igual que esperaba poder dejar a un lado sus sentimientos hacia él y concentrarse e ayudarlo–. Aunque no estoy tan segura sobre lo de volar a Londres en helicóptero –añadió con pesar. Volar en un avión normal ya le parecía bastante traumático, así que Dios sabía lo que sentiría en un helicóptero.

–Estaremos a salvo con Gideon –contestó él riéndose–. Vuela del mismo modo que hace todo lo demás. Con fría precaución.

–Creí que su frialdad de antes era porque desconfiaba de mí –después de todo tenía razones para desconfiar después de la escena que había presenciado.

–No –Jordan le dirigió una sonrisa–. Gideon desconfía de todo el mundo.

Los tres hermanos St Claire no se parecían a ningún hombre que hubiera conocido en su vida, pensó Stephanie más tarde mientras subía las escaleras para irse a la cama. Lucan era frío y arrogante. Gideon era precavido y desconfiado. Jordan era…

Tal vez fuera mejor no pensar más en qué tipo de hombre era Jordan.

Y desde luego sería mejor no pensar en su reciente confesión de que había estado jugando con ella.

Jordan estaba sentado en la parte delantera del helicóptero junto a Gideon mientras despegaban. El instinto le hizo mirar hacia atrás, donde estaba Stephanie, y se dio cuenta de que tenía las uñas clavadas a los brazos de su asiento.

–¿Estás bien? –le preguntó.

Ella ni siquiera le devolvió la mirada, sino que continuó mirando al frente, con los ojos muy abiertos y la cara pálida.

–Estoy bien –contestó con los dientes apretados.

–No, no lo estás –dijo Jordan mientras se desabrochaba el cinturón–. Mantenlo firme, Gideon –le dijo a su hermano mientras se dirigía hacia la parte de atrás.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Stephanie cuando los movimientos de Jordan redistribuyeron el peso e hicieron que el helicóptero se tambaleara ligeramente.

–Venir a sentarme a tu lado –explicó él con paciencia mientras se sentaba en el asiento. Luego estiró la mano para estrechársela a Stephanie–. No te gusta volar –añadió innecesariamente.

–¡Lo odio! –murmuró ella–. No pretendo criticar tus habilidades, Gideon.

–No me ofendo, te lo aseguro –dijo Gideon desde la parte delantera.

Jordan ignoró el comentario de su hermano y se concentró en Stephanie.

–¿Por qué diablos no me dijiste que no te gusta volar?

–¡Anoche te dije que no estaba muy segura de lo de volar en helicóptero! –exclamó ella tras dirigirle una breve mirada de odio.

–No estar segura y estar aterrorizada son dos cosas muy distintas.

–¿Qué habría cambiado si me hubiera mostrado más insistente?

–Habríamos dejado que Gideon se fuese en helicóptero y nosotros habríamos vuelto en coche.

Stephanie negó con la cabeza y entonces pareció lamentarlo, porque los labios se le pusieron casi tan blancos como la cara.

–Tienes que llegar a Londres lo antes posible –dijo.

Jordan frunció el ceño.

–Si hubiera sido tan urgente, habríamos volado anoche. Tú…

–Deja en paz a la chica, Jordan –dijo Gideon–. ¿No ves que está mareada?

Jordan ya lo había visto. Estaba furioso consigo mismo por no haberse dado cuenta de lo nerviosa que se ponía Stephanie por volar, preferiblemente antes de que el helicóptero despegara.

–Eres idiota por no habérmelo dicho –le dijo apretándole los dedos con fuerza.

–Muchas gracias, Jordan –respondió Stephanie–. Comentarios sobre mi salud mental son justo lo que necesito escuchar cuando estoy suspendida a cientos de metros sobre el suelo en un helicóptero que parece que va a venirse abajo con la más mínima ráfaga de viento.

Gideon se rió suavemente en el asiento del piloto.

–No te preocupes, Stephanie. El índice de accidentes en este tipo de helicóptero es mínimo, te lo aseguro.

–Mínimo, quizá –contestó ella–. Pero no inexistente.

–Te sugiero que te ahorres más informaciones de ese tipo, Gid –dijo Jordan.

–Siempre puedo dar la vuelta…

–¡No! –Stephanie se estremeció sólo de pensar en Gideon dando la vuelta al helicóptero, o aterrizando en el helipuerto de Mulberry Hall.

–Pero si verdaderamente te supone un problema, Stephanie… –dijo Jordan.

–Ya estamos en el aire –respondió ella. Tenía los dedos de Jordan apretados con tanta fuerza que estaba segura de que estaría cortándole el riego sanguíneo–. ¡Simplemente recordaré no volver a volar jamás en un helicóptero!

Stephanie agradecía tener la mano de Jordan para agarrarse a ella durante el resto del vuelo, pero aun así, cuando aterrizaron en el aeródromo privado a pocos kilómetros de Londres, le dolía todo el cuerpo de la tensión que había soportado durante el trayecto. Le dolían hasta los dientes cuando bajó a la pista y se metió en el coche que estaba esperándolos cuando llegaron.

–¿Ya te encuentras mejor? –preguntó Jordan tras sentarse a su lado, mientras que Gideon se sentaba en la parte delantera con el chófer. El cristal de separación estaba levantado para darles intimidad.

Stephanie apoyó la cabeza en el respaldo de cuero y tragó saliva antes de contestar.

–Ha sido la experiencia más aterradora de mi vida.

Jordan sonrió.

–Aún tienes que compartir casa con toda la familia St Claire.

Stephanie había compartido casa con Jordan durante unos días y aquello ya había sido lo suficientemente traumático.

Aunque no se parecía tanto al hombre desaliñado con el que había pasado esos dos días. Cuando había aparecido en la cocina aquella mañana, llevaba el pelo limpio y cepillado, estaba afeitado y llevaba un jersey de cachemira marrón sobre una camisa color crema y pantalones marrones hechos a medida.

Aquel día parecía el carismático actor Jordan Simpson; y probablemente ése fuese el objetivo, cuando estaba a punto de ver a la madre a la que los tres hermanos obviamente adoraban.

Stephanie se sentía mal vestida en compañía de los gemelos St Claire, con sus vaqueros y su camiseta blanca bajo la chaqueta negra. Su llegada a la casa de los St Claire en Mayfair no hizo sino confirmar su impresión de que estaba fuera de lugar en aquella familia. La casa era enorme: tenía cuatro plantas.

Un mayordomo abrió la puerta y los dejó entrar al recibidor.

–El señor St Claire está en su estudio, y su… La señora St Claire está arriba, en su suite, descansando –anunció el hombre –Te dejaré a ti a Lucan mientras yo voy a ver a mamá –le dijo Jordan a Gideon, y agarró a Stephanie del codo.

–Gracias –contestó su gemelo secamente–. Sin duda te veré más tarde, Stephanie.

–Sin duda –respondió ella.

–Sube una bandeja para el té para la señorita McKinley, por favor, Parker –le dijo Jordan al mayordomo antes de acompañar a Stephanie hacia la parte de atrás del recibidor y abrir unas puertas de roble que daban paso a un ascensor–. Mi abuela tenía artritis y lo instaló hace cincuenta años para poder ir a los pisos de arriba –explicó cuando entraron en el elevador.

Claro que sí, pensó Stephanie; obviamente la familia St Claire tenía dinero para hacer lo que quisiera.

Jordan interpretó su mirada y se apoyó en la pared contraria.

–No dejes que la grandeza de Mulberry Hall y de aquí te engañe; normalmente nosotros no entramos en estas casas.

–¿Por qué no? –preguntó ella con curiosidad.

Fue una curiosidad que Jordan no tenía intención de satisfacer. La casa de los St Claire, al igual que Mulberry Hall, era parte de las posesiones del duque de Stourbridge, y sólo estaban allí porque su madre, que seguía siendo duquesa de Stourbridge a pesar del divorcio, siempre se alojaba en esa casa en las raras ocasiones en las que iba a Londres.

–Estamos todos demasiado ocupados haciendo otras cosas –dijo Jordan mientras salía al pasillo enmoquetado del tercer piso–. Te acomodaré en mi suite antes de ir a ver a mi madre.

–¿Tu suite? –repitió ella.

–Todos tenemos nuestra propia suite de habitaciones aquí –le dirigió una sonrisa al ver su incertidumbre–. Parker te servirá el té en mi sala de estar privada. Espero que el dormitorio contiguo esté preparado para que lo utilices. ¿Te resultará un problema?

Stephanie no tenía ni idea. Le parecía un poco íntimo tenerlo en la puerta de al lado.

–Estaría satisfecha con algo un poco menos… espléndido.

–No hay nada menos espléndido –le dijo Jordan mientras abría la puerta situada a la izquierda del pasillo–. Vamos, Stephanie. Me gustaría verte instalada antes de ir a visitar a mi madre.

Estaba siendo ridícula, Stephanie lo sabía. Pero le parecía extraño estar allí con él y con su familia, en aquella casa inmensa que apenas visitaban, pero que debían de mantener un sinfín de sirvientes.

¿Quién vivía así en la actualidad?

Sólo los muy ricos y los nobles.

La sala de estar, decorada en tonos marrones y crema, y amueblada con muebles oscuros, hacía juego con el lujo del resto de la casa.

–Hay algunos libros ahí por si te apetece leer –dijo Jordan señalando hacia las estanterías situadas al fondo de la sala–. Mi dormitorio y mi cuarto de baño están por ahí –señaló una puerta a la derecha–. Y tu dormitorio está por allí –señaló otra puerta a la izquierda.

Demasiado cerca para sentirse cómoda, pensó Stephanie.

–Alégrate, Stephanie –le dijo Jordan al ver su expresión sombría–. Con un poco de suerte, podremos salir de aquí en cuestión de días.

¿Días?

¡Eran las noches las que le preocupaban!

¿Cómo iba a dormir allí cuando sabía que el dormitorio de Jordan estaba a pocos metros de distancia? Cuando sabía que los dos estaban cómodamente protegidos en la intimidad de su suite.

–Deja de poner esa cara –Jordan apoyó el bastón contra el sofá antes de atravesar la habitación y situarse a pocos centímetros de ella. Le puso una mano bajo la barbilla y le levantó la cara–. Intentaré que sea una estancia lo más breve posible.

Ya estaba siendo demasiado larga para ella.

–Deséame suerte, ¿de acuerdo? Estoy a punto de hacer la representación de mi vida.

Stephanie se sintió abrumada mientras lo miraba de forma inquisitiva.

–Quieres que tu madre crea que estás completamente recuperado –dijo lentamente.

–Voy a intentar convencerla de ello, sí –contestó Jordan–. Así tendrá una cosa menos de la que preocuparse.

–No harás nada que dificulte tu progreso, ¿verdad?

Jordan suspiró.

–Nunca dejarás de ser fisioterapeuta, ¿verdad, Stephanie?

–Probablemente porque eso es lo que soy –se defendió ella.

Aunque su cuerpo traicionero tenía otras ideas. Cada parte de su anatomía era consciente de la presencia de Jordan como hombre más que como paciente. Era consciente de esa mano en su barbilla, del calor de su cuerpo de pie frente a ella, de la sensualidad de su mirada mientras se detenía sus labios, de la suave caricia de su aliento en las mejillas cuando agachó la cabeza hacia ella.

Stephanie se apartó abruptamente al darse cuenta de que Jordan pretendía besarla.

–Eso no es una buena idea –dijo con firmeza.

Y justo a tiempo, porque en ese momento llamaron ala puerta y entró el mayordomo con la bandeja del té que Jordan había pedido.

–Probablemente coma con mi hermano, pero estoy seguro de que Parker te traerá algo en una bandeja –Jordan miró expectante al mayordomo mientras éste dejaba la bandeja de plata sobre la mesita frente al sofá.

–Estaré encantado de hacerlo, señorita McKinley –respondió el mayordomo antes de que Stephanie tuviera oportunidad de decir que no quería que la atendieran de ese modo.

Miró entonces a Jordan.

–No es necesario.

–Claro que sí, Stephanie –contestó él, y abandonó la suite obviamente pensando ya en su madre.

Ella en cambio tenía mil pensamientos en la cabeza mientras Parker seguía tratándola como si fuera una invitada, y no una empleada más. El mayordomo le dijo que habían trasladado su maleta al dormitorio de al lado.

Stephanie se sentía completamente fuera de lugar en aquel mundo de riqueza y privilegio. Se sintió más angustiada por estar allí al recordar que tendría que llamar a Joey para decirle que había vuelto a Londres, por si su hermana necesitaba hablar con ella sobre el caso de divorcio.

Capítulo 9

STEPHANIE se sentía algo mejor cuando se terminó la tetera de Earl Grey y tras comerse un par de galletas para asentar el estómago tras el vuelo en helicóptero. De hecho, se sentía tan bien que debió de quedarse dormida durante un rato, porque lo siguiente fue que Parker había regresado con la bandeja de la comida.

Pero el malestar reapareció después de que se comiera el plato de pasta y la fruta y se adentrara en el dormitorio que Jordan había dicho que sería suyo durante su estancia. Era una habitación dominada por una cama enorme con dosel y cortinas doradas con el mismo estampado que las sillas y las cortinas de las ventanas, que daban a un jardín muy bien cuidado en la parte trasera de la casa.

Era una habitación preciosa. La alfombra dorada era gruesa, las paredes estaban empapeladas con seda en color crema y los muebles eran de la época de Regencia, al igual que en Mulberry Hall. El baño, igualmente lujoso, era de mármol dorado y crema, con apliques de oro y varias toallas calentándose en la repisa junto a la bañera, ligeramente hundida.

Era todo muy bonito… y totalmente inapropiado para alguien que, al fin y al cabo, era sólo una empleada.

Stephanie dejó su maleta sin deshacer en una de las sillas y salió inmediatamente del dormitorio. En cuanto Jordan regresara de visitar a su madre, tendría que decirle que no podía quedarse allí. Que si realmente hablaba en serio sobre querer su ayuda profesional, entonces preferiría regresar a su apartamento y simplemente visitarlo allí cada día.

Mientras tanto, pasar el rato hablando con Joey le pareció una idea excelente.

–¿Jordan Simpson ha intentado seducirte? –preguntó Joey ávidamente en cuanto le pasaron la llamada de Stephanie.

–No seas ridícula, Joey.

–¡Tenía tantas esperanzas!

–¿Esperanzas de qué? –preguntó Stephanie.

–De que dejases de vivir como una monja.

–Según Rosalind Newman, no llevo una vida de monja.

–¡No es más que una mujer vengativa!

–¿Cómo van las cosas con el caso del divorcio?

–Me temo que no hay nada nuevo –respondió su hermana. Rosalind Newman sigue insistiendo en que tuviste una aventura con su marido, y Richard Newman no hace nada para ayudar. Me temo que podría complicarse mucho, Steph.

Justo lo que Stephanie estaba intentando evitar.

–Tal vez si nos reuniéramos todos y hablásemos de ello.

–No es una buena idea –le dijo Joey–. Aunque estuvieran los tres abogados representando a sus clientes, probablemente acabaría en una discusión violenta.

Stephanie ya lo imaginaba. Pero no sabía qué más podía hacer para convencer a Rosalind Newman de que estaba inventándose su aventura con su marido. Era complicado

por el hecho de que Stephanie estaba convencida de que la falta de colaboración de Richard Newman se debía a que tenía una aventura con otra mujer, y preferiría que enturbiasen el nombre de ella antes que el de su verdadera amante.

–Simplemente haz lo posible por mantener mi nombre fuera de esto, Joey –dijo Stephanie.

–Y tú intenta decirme algo más interesante la próxima vez que me llames –le dijo su hermana.

–Y por «interesante» imagino que te refieres a «sexual».

–Estás con Jordan Simpson, hermanita. ¡El hombre con el que has fantaseado durante años!

El hombre con el que seguía fantaseando, pensó Stephanie.

–No es como me había imaginado que sería –era mucho más de lo que había esperado, admitió para sí misma.

–¿En qué sentido? –preguntó Joey–. Espero que no estés juzgándolo por no comportarse como una estrella de cine y sí como un hombre que se cayó desde lo alto de un edificio hace seis meses. Porque, si es así, he decirte que efectivamente se cayó de un edifico hace seis meses.

–No, no le juzgo por eso –contestó Stephanie–. ¿Sabes esas entrevistas que concede en las que dice que el divorcio de sus padres es la razón por la que nunca se ha casado?

–Sí.

–Bueno, pues habla en serio. Lo que significa que…

–Que no le haría gracia descubrir que la fisioterapeuta que su hermano ha contratado está metida hasta el cuello en el divorcio de otra pareja –concluyó Joey con su habitual franqueza.

Sobre todo teniendo en cuenta lo que habían hecho juntos la noche anterior, pensó Stephanie.

–Tal vez debería intentar hablar con Richard de nuevo.

–No, yo lo intentaré –insistió su hermana–. Ese hombre oculta algo, o más bien a alguien, y parece muy contento de que tú te lleves todas las críticas.

Sí, Stephanie también lo creía. Si aquel hombre no fuera tan detestable, entonces tal vez podrían haberlo convencido para que dijese la verdad. Sin embargo…

–Llama a Richard y pregúntale si querría hablar conmigo –dijo Stephanie.

–Lo hará –contestó su hermana antes de colgar.

–¿Te importa explicarme quién es Richard?

Stephanie dio un respingo, se dio la vuelta y vio que Jordan había regresado a la sala y estaba de pie junto a la puerta, mirándola con los párpados entornados.

–¿No te han dicho que es de mala educación escuchar las conversaciones telefónicas de otras personas?

–Si me lo han dicho, obviamente lo he olvidado –contestó él mientras entraba.

Las horas que había pasado convenciendo a su madre de que estaba prácticamente recuperado habían sido tan duras como Jordan había imaginado. Tanto que en aquel

momento se encontraba exhausto. Había regresado a su suite con la esperanza de descansar antes de tener que representar el papel nuevamente durante la cena. No le hacía gracia regresar y oír el final de la conversación de Stephanie en referencia a un hombre llamado Richard con el que necesitaba hablar desesperadamente.

–¿Y bien? –preguntó.

–No creo que esto tenga nada que ver contigo.

–Me dijiste que no estabas con nadie –le recordó él.

–Te dije que no estaba casada ni prometida. Y es la verdad.

–Pero obviamente estás con alguien. ¡O al menos lo estabas!

–¿Te encuentras bien, Jordan? –preguntó Stephanie al ver lo pálido que estaba.

–¿Te parece que estoy bien? –preguntó él mientras se tambaleaba de un lado a otro.

–No. Tienes que tomarte un analgésico y tumbarte hasta que te haga efecto. Te ayudaré a ir a tu dormitorio.

–¡No necesito ayuda!

Stephanie se estremeció ante la vehemencia de sus palabras.

–Obviamente necesitas irte a la cama.

–¿Eso es una invitación, Stephanie? Si lo es, entonces debería advertirte que no tengo fuerzas para hacerte el amor en este momento, y tampoco estoy de humor.

–¡Ya basta, Jordan!

Stephanie se dio la vuelta y vio a Lucan St Claire de pie en la puerta, con rostro de desaprobación mientras miraba a su hermano pequeño.

El hecho de que aquella mirada crítica no fuese dirigida a ella no hizo que Stephanie se sintiera mejor; las palabras de Jordan habían dejado claro que le había hecho el amor el día anterior.

Sintió las lágrimas de vergüenza acumulándose en sus ojos.

–Si me disculpáis –dijo antes de correr al dormitorio en el que aún no le había dicho a Jordan que no pensaba dormir; ni ésa ni ninguna otra noche.

–Bueno, eso ha sido bastante grosero incluso para ti –dijo Lucan mientras cerraba la puerta tras él.

–No recuerdo haberte pedido opinión sobre mi comportamiento, Lucan –murmuró Jordan.

–Tu voz se oía por todo el pasillo –respondió su hermano.

–¡Qué sorpresa!

–¿Exactamente cuál es tu relación con Stephanie McKinley?

–Fuiste tú quien la contrató –Jordan se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia su dormitorio.

–No te he preguntado eso.

–¡Es lo único que vas a obtener! –respondió Jordan, más dolorido a cada paso.

–¿Te has ido a la cama con ella?

Jordan se detuvo y se dio la vuelta lentamente para mirar a su hermano mayor.

–Métete en tus asuntos.

–Interpretaré eso como un sí –murmuró Lucan.

–Puedes interpretarlo como te dé la gana.

–Oh, créeme, lo haré.

–Desde luego –dijo Jordan con desprecio.

Su hermano le dirigió una mirada arrogante.

–Dejando eso a un lado, creo que le debes una disculpa a la señorita McKinley.

–¡Ni hablar!

–Te habías propuesto insultarla deliberadamente –Lucan le obsequió con una de sus miradas de superioridad.

Jordan sabía perfectamente lo que había hecho. Pero no estaba seguro de por qué lo había hecho… ¿Qué más daba que Stephanie estuviera detrás de un hombre llamado Richard con el que había estado saliendo antes de que ellos dos se conocieran?

–Dime una cosa, Lucan. Cuando decidiste contratarla, ¿investigaste su pasado como tienes por costumbre?

–Stephanie McKinley la primera de su promoción.

–Me refería a su pasado personal –dijo Jordan.

–No creo que su vida personal sea asunto mío. Y tampoco debería ser asunto tuyo si tu falta de interés por ella es genuina.

No, no debería, pensó Jordan. Pero la noche anterior había hecho que fuera tan…

Había creído que Stephanie era diferente. Había esperado que lo fuera. Pero todo el tiempo que había pasado entre sus brazos había estado anhelando a alguien llamado Richard.

–Por si no te has dado cuenta, Stephanie McKinley estaba llorando cuando ha salido corriendo de aquí –dijo Lucan.

–Me he dado cuenta –admitió Jordan–. Pero tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos que los sentimientos heridos de Stephanie, ¿recuerdas?

–Vayamos de uno en uno con los problemas –insistió Lucan–. Tu primera prioridad es disculparte con la señorita McKinley.

–¿Por decir la verdad?

Su hermano parecía implacable.

–Yo no la he oído llamarte canalla cruel y sin corazón, pero de momento ésa también es la verdad.

Jordan apretó los labios.

–Obviamente Stephanie es mucho más moderada que yo. Ahora, si no te importa, tengo que ir a tumbarme antes de caerme al suelo.

No esperó a que su hermano respondiera, simplemente recorrió el resto del camino hasta su dormitorio y cerró de un portazo antes de tirarse sobre la cama con un suspiro de alivio.

Las horas que había pasado con su madre habían acabado con sus fuerzas. Y la conversación con Stephanie más aún.

¿Le debía una disculpa?

Su vida privada era asunto suyo. Unos pocos besos, o algo más que eso, no le daban derecho a Jordan a saber de todos los hombres con los que ella se había acostado.

Lucan tenía razón; sí le debía a Stephanie una respuesta.

–Lo siento.

Stephanie giró la cabeza sobre la almohada y miró hacia la puerta, donde se encontraba Jordan. Estaba apoyado sobre su bastón con una mano y contra el quicio de la puerta con la otra. Se balanceaba ligeramente.

–Deberías estar en la cama –dijo ella mientras se incorporaba.

–Sinceramente no creo que pueda regresar a mi dormitorio –admitió Jordan mientras cojeaba por la habitación hasta sentarse sobre la cama–. No creo que me quede energía para tumbarme, y mucho menos para caminar.

Stephanie estaba bastante segura de ello; tenía las mejillas hundidas, los ojos oscurecidos por el dolor y los labios apretados con determinación. La misma determinación que le había permitido ir hasta su dormitorio.

Se levantó rápidamente para ir a su lado.

–¿Vas a dejar que te ayude esta vez? –tenía miedo de tocarlo después del modo en que había reaccionado antes.

–Si no lo haces, probablemente me deslice hasta el suelo antes de desmayarme.

Stephanie negó con la cabeza, mientras le quitaba el bastón y los zapatos. Después lo ayudó a recostarse sobre las almohadas y a ponerle las piernas sobre la colcha.

–No deberías haberte esforzado en venir hasta aquí.

–Parece que Lucan cree que te debo una disculpa.

Stephanie se quedó quieta.

–¿Y tú lo crees?

–Antes me he pasado de la raya –murmuró Jordan al ver que Stephanie evitaba mirarlo.

–Sí –convino ella–. Y dado que no tengo intención de explicarte quién es Richard, creo que lo mejor sería que volviese a mi apartamento y te recomendara a alguien para que se hiciera cargo de tu terapia.

–Lucan asegura que eres la mejor –dijo él.

–Aun así…

–También me ha dicho que tu vida privada no es asunto nuestro.

–Tu hermano es muy… dogmático –comentó Stephanie.

–Pero normalmente tiene razón.

–Puede ser –Stephanie asintió sin estar segura de si se sentía aliviada o decepcionada por que Jordan sintiera lo mismo que Lucan. Si hubiera seguido preguntándole quién era Richard, probablemente significaría que estaba verdaderamente interesado en ella. Sin

embargo, obviamente había decidido, guiado por el consejo de su hermano, que su vida privada no era asunto suyo.

Necesitaban un cambio de tema.

–¿Qué tal estaba tu madre?

–Tan radiante y positiva como de costumbre –contestó Jordan–. Menudo espectáculo hemos montado. Mi madre fingiendo que sólo ha venido de compras y yo fingiendo que todo va bien con mi recuperación.

Stephanie aún tenía que conocer a Molly St Claire, pero no le cabía duda de que le caería bien; tenía que ser especial para que los tres hermanos la adorasen como lo hacían. Y también dudaba que, estando tan apegada a sus hijos, Molly se hubiera dejado engañar por el aparente bienestar de Jordan.

–No deberías haber intentado caminar sin tu bastón –le reprendió Stephanie nuevamente cuando Jordan gimió de dolor al intentar colocar la pierna en una posición más cómoda.

–Nunca me había dolido tanto –dijo Jordan–. Los músculos de la pierna deben de haberse agarrotado por completo.

Stephanie se sentó en la cama y deslizó las manos suavemente por la pierna derecha de Jordan para palpar sus músculos.

–Tal vez un analgésico te serviría para relajar los músculos.

–No –contestó él.

Stephanie se mordió el labio inferior.

–Podría aliviarte parte de la tensión con un masaje. Pero será doloroso.

–No puede ser peor de lo que ya es –murmuró Jordan con los dientes apretados.

–Será mejor si te quito los pantalones.

–¿Estás intentando verme desnudo, Stephanie?

–¡Creo haber dicho tus pantalones, no toda tu ropa!

–Adelante –dijo él, y se quedó mirando rígidamente el dosel, sabiendo que la intensidad del dolor era culpa suya por haber intentado prescindir del bastón un par de horas–. No estoy en condiciones de impedírtelo –añadió con cierta amargura.

Stephanie intentó mantener una apariencia profesional mientras le desabrochaba los pantalones, antes de bajárselos por los muslos y dejar al descubierto sus boxers negros. Por dentro, sin embargo, estaba nerviosa, y más cuando le rozó ligeramente con los dedos el abdomen y las piernas antes de bajarle los pantalones del todo y obligarse a mirarle las piernas.

Su pierna izquierda era fuerte y musculosa, cubierta por una fina capa de vello y ligeramente bronceada, pero la derecha mostraba las cicatrices blancas de las operaciones a las que se había sometido en los últimos seis meses, y los músculos del muslo estaban visiblemente agarrotados bajo la piel.

Stephanie se estremeció al pensar en el dolor que Jordan experimentaría cuando intentara masajearle esos músculos sin la ayuda de los analgésicos.

–Tal vez deberías beberte un par de copas de vino antes de que empiece.

–Hazlo, Stephanie –la alentó Jordan, que obviamente había adivinado el motivo de su reticencia.

Stephanie tomó aliento y se recordó a sí misma que era una profesional. Que debía olvidar que había compartido intimidad con aquel hombre y hacer el trabajo para el que Lucan St Claire la había contratado.

Jordan cerró los ojos y apretó los dientes al sentir los dedos de Stephanie en el muslo. Con los ojos cerrados y los dientes apretados se concentró en no gritar cuando ella empezó a masajearle los músculos. Una y otra vez. Hasta que al fin comenzó a sentir que la tensión disminuía, y que el resto de su cuerpo también se relajaba mientras el dolor se calmaba.

–Es magia –murmuró minutos más tarde, al descubrir que podía recostarse sobre la colcha.

–Es práctica –explicó Stephanie.

Ahora que el dolor había disminuido un poco, Jordan pudo mirar a Stephanie mientras ella seguía masajeándole el muslo. Y vio que tenía las mejillas sonrojadas por el ejercicio. También la punta de su lengua asomaba entre sus labios y varios mechones de pelo habían escapado de su trenza.

–Creo que ya puedes parar.

Stephanie le dirigió una mirada asustada, pues estaba tan concentrada en calmarle el dolor que no se había dado cuenta de que el dolor ya había parado y que Jordan tenía la atención puesta en ella.

Dejó de masajearle el muslo y se sentó de golpe.

–Ahora podrás dormir.

–Ésa es mi intención –dijo Jordan–. ¿Quieres dormir conmigo? –extendió la mano a modo de invitación.

Una invitación que Stephanie no aceptó.

Jordan sabía que su comportamiento de antes había estado fuera de lugar. Que las cosas entre ellos en Mulberry Hall habían ocurrido tan deprisa que no había habido oportunidad real de hablar de relaciones pasadas o presentes.

Tal vez Stephanie aún sintiera algo por alguien que había conocido en el pasado, pero eso no le había impedido responder ante él.

–Por favor –insistió Jordan.

Stephanie no sabía en qué había estado pensando Jordan durante los últimos minutos de silencio, pero tras su conversación de antes, no hacía falta una gran imaginación para adivinar de qué se trataba.

Ni para saber que Jordan se había hecho una idea equivocada de su relación con Richard Newman. Quería decírselo, pero sabía que la verdad resultaría menos aceptable para él.

–Te prometo que seré bueno –añadió Jordan.

Stephanie se carcajeó.

–¿Este truco suele funcionarte? –preguntó.

–¿Para adular a las madres y a las fisioterapeutas? ¡Espero que sí!

–Eres imposible.

–¿Pero encantador? –volvió a ofrecerle la mano. Tras una breve pausa, Stephanie le dio la mano y se tumbó a su lado en la cama. Jordan se puso de medio lado y la estrechó entre sus brazos.

Unos pocos minutos en el paraíso no podían ser malos, se dijo Stephanie a sí misma.

Sólo unos pocos minutos.

Capítulo 10

YA empezaba a oscurecer cuando Jordan se despertó de la siesta más reconfortante que había dormido en meses, con Stephanie aún dormida entre sus brazos.

Se le había vuelto a soltar el pelo, que yacía como una cortina sedosa de fuego y oro sobre su pecho y su hombro. Sus pestañas eran largas y oscuras en contraste con sus mejillas cremosas, y las pecas de su nariz resultaban adorables. Tenía los labios ligeramente separados mientras respiraba suavemente.

Jordan sentía el calor de su mano sobre su torso, y el calor de su pierna entrelazada con la suya. Un calor que se trasladaba al cuerpo de Jordan y empezaba a excitarlo.

Se giró con cuidado para no despertarla, sabiendo que, si Stephanie estuviera despierta, probablemente insistiría en que no podía ocurrir nada íntimo entre ellos.

Como que Jordan deslizase la mano por su espalda. O que permitiese que esa mano recorriese su cintura y su cadera. O que le acariciara las nalgas suavemente. O que le diese un beso en la sien antes de explorar la curva de su mejilla en dirección a sus labios.

Stephanie pensaba que debía de seguir soñando cuando se despertó en la semioscuridad y se encontró contra un cuerpo masculino. Sintió unas manos firmes y cálidas moviéndose sobre su piel y unos labios ardientes en la sien, en la mejilla y…

Cuando Jordan la besó en los labios, supo que aquello no era un sueño. Estaba realmente tumbada en una cama con un semidesnudo Jordan St Claire.

Apartó la boca y empujó con la mano contra su pecho.

–¡No, Jordan!

–Oh, sí, Stephanie –murmuró él con voz rasgada, y siguió agarrándola con fuerza, con las manos en sus nalgas y los labios en el cuello.

Desde el principio había sabido que dormir con Jordan era una mala idea. Era la razón por la que se había resistido. Porque no tenía defensas contra él. Los sentimientos que tenía hacia él la habían privado de esas defensas, que habían sido sustituidas por una pasión desgarradora.

–¡Sabes tan bien! –Jordan gimió al volver a besarla. Y entonces sintió sus manos deslizándose por su pecho antes de enredarse en su pelo.

Se besaron apasionadamente. Labios, dientes y lenguas explorando, mordiendo, poseyendo mientras el deseo crecía y escapaba a su control.

No era suficiente. Jordan deseaba más.

–Necesito verte… tocarte.

Jordan le quitó los vaqueros y las braguitas antes de quitarle la camiseta y dejar al descubierto aquellos pechos perfectos y deleitarse con su desnudez. Después agachó la cabeza lentamente y se metió uno de sus pezones en la boca. Comenzó a estimularlo con la lengua mientras deslizaba la mano hacia el vello situado entre sus muslos.

Stephanie no podía pensar en nada salvo las caricias de Jordan. Arqueó la espalda para presionar los pechos contra el calor de su boca mientras sus muslos se movían rítmicamente contra sus dedos.

No era suficiente. Stephanie deseaba más.

Se apartó para incorporarse y le levantó la camiseta a Jordan antes de sacársela por la cabeza y dejar su torso desnudo para poder explorarlo con los labios y la lengua.

Deslizó la lengua sobre su pecho hasta llegar a su ombligo. Se detuvo para introducir la lengua en esa cavidad y sintió que el calor entre sus muslos se intensificaba al oír el gemido de placer de Jordan.

Se arrodilló junto a él y se fijó en la longitud de su erección presionando bajo los bóxer. Agarró la cinturilla elástica con los dedos y se los bajó por los muslos hasta quitárselos por completo y dejar libre su miembro erecto.

Era largo y grueso, y Stephanie se arrodilló entre sus piernas para agarrarlo con una mano mientras con la otra lo acariciaba por debajo.

–¡Dios! –exclamó Jordan, y arqueó la espalda al sentir el primer lametazo de su lengua sobre su piel caliente. Hundió los dedos en la colcha cuando Stephanie deslizó la lengua por su erección, desde la base hasta la punta, donde se deleitó mientras lo acariciaba con las manos.

Una y otra vez lo acarició y lamió, aumentando la tensión en el cuerpo de Jordan hasta un grado casi insoportable. Pero no tan insoportable como para desear que parase.

–Stephanie… –gimió cuando finalmente ella se metió su miembro en la boca y estuvo a punto de volverlo loco. Si seguía así, sabía que iba a perder el control por completo.

Stephanie pareció ligeramente desconcertada cuando Jordan se incorporó y le puso las manos en los hombros antes de apartarla de él.

–No me mires así –murmuró mientras la colocaba encima de él para que sus rodillas quedaran colocadas a ambos lados de sus muslos. Jordan se recostó en la cama y frotó su erección contra la humedad de entre sus piernas–. Quiero estar dentro de ti, Stephanie. Muy dentro –la miró fijamente a los ojos mientras la penetraba muy lentamente.

Stephanie gimió al sentir como se expandía por dentro. Colocó las manos sobre sus hombros para no perder el equilibrio y se deslizó hacia abajo hasta sentirlo dentro de ella por completo.

–Así me gusta… –dijo Jordan mientras le colocaba las manos en las caderas–. Pero me temo que vas a tener que hacer tú todo el trabajo duro, Stephanie.

Stephanie tenía las mejillas sonrojadas cuando comenzó a moverse, lentamente al principio, pero más deprisa después. Jordan le puso las manos en los pechos y le pellizcó los pezones para aumentar el placer que sentía entre los muslos.

Ella se movía cada vez más deprisa y sentía como Jordan se iba excitando más y más en su interior a medida que se aproximaba al clímax. Stephanie gimió cuando él deslizó una mano hacia abajo y comenzó a acariciarle el clítoris con los dedos hasta hacerla llegar al éxtasis. En ese mismo momento lo oyó gritar y siguió montándolo mientras el placer los consumía a los dos.

Finalmente Stephanie se dejó caer sobre el pecho de Jordan, con el pulso aún acelerado y la respiración entrecortada. Jordan la rodeó con los brazos y ella sintió como le apartaba los mechones de pelo de la cara.

–Gracias.

Stephanie lo miró sin entender nada.

–¿No debería ser yo la que dijera eso?

–Seguro que el placer ha sido mutuo –respondió él con una sonrisa.

El placer… Stephanie nunca había experimentado nada parecido. Aquellos escasos preliminares exploratorios que había realizado en la universidad no podían compararse con hacer el amor con Jordan. Con la maravillosa sensación de tenerlo aún dentro de ella.

Salvo que aquello no debería haber ocurrido.

Ella era la fisioterapeuta que Lucan St Claire había contratado para que ayudase a Jordan a recuperar la movilidad de la pierna. ¡No la había contratado para que se fuese a la cama con su hermano!

Y aquella vez sí se había ido a la cama con él. Había dormido con él. Había hecho el amor con él.

–¡Para! –ordenó Jordan al ver la expresión pesarosa de Stephanie.

–No puedo –respondió ella.

–Stephanie…

–Tengo que ir al baño –evitó mirarlo cuando salió de la cama y recogió su ropa del suelo. Se tapó con ella cuando se dio la vuelta–. Creo que sería mejor para los dos que hubieras regresado a tu dormitorio cuando yo vuelva del baño.

Stephanie no tenía ni idea de lo guapa que estaba, allí de pie, sin nada salvo la ropa con la que intentaba disimular su desnudez. Tenía el pelo revuelto sobre los hombros y los párpados entornados después del clímax. Aún tenía los labios hinchados tras los besos que habían compartido.

Aun así, Jordan sabía por su comportamiento que se arrepentía de lo que acababa de ocurrir entre ellos. ¿Sería por ese tal Richard?

Se incorporó sobre la cama y sintió cierto dolor en la pierna al hacerlo.

–Tenemos que hablar de esto, Stephanie.

–¡No existe un «esto»! –exclamó ella–. No debería haber ocurrido, Jordan –apretó las ropas con más fuerza contra su cuerpo.

–Creo que tu próxima frase será «ha sido un error».

–¡Es que ha sido un error!

–Mira, me doy cuenta de que estás disgustada…

–¿Disgustada? ¡Estoy devastada!

–Podemos hablarlo…

–No, no podemos –respondió ella–. No puedo quedarme aquí. Tengo que marcharme. Siento no poder ayudarte después de todo, pero…

–Me has ayudado, Stephanie. Me has ayudado de maneras que no puedes ni imaginar.

Ella se quedó muy quieta.

–¿Yéndome a la cama contigo?

–Pues resulta que sí.

Stephanie dio un paso atrás y lo miró inquisitivamente. El súbito brillo que apareció en

aquellos ojos verdes indicaba que no le había gustado lo que había visto.

–Has tenido dudas desde el accidente sobre tu capacidad para hacerle el amor a una mujer –dijo sin poder creérselo.

Jordan frunció el ceño.

–Yo no lo expresaría así.

–¡Pues yo sí! Qué afortunada soy. ¡No tenía ni idea de que estaba ayudando a recuperar la confianza sexual del legendario amante Jordan Simpson!

–¡Era interés lo que me faltaba, no confianza sexual!

Obviamente no había esperado tener ganas de hacer el amor con nadie inmediatamente después del accidente; había sufrido tanto que no había podido sentir nada más que dolor. Pero tras recuperarse lo suficiente para que le dieran el alta en el hospital, para que sus amigas fuesen a verlo a su casa de Malibú, Jordan había imaginado que retomaría su relación con Crista. Pero tras pasar sólo unos minutos en su compañía, se había dado cuenta de que ya no la deseaba. Ni en su vida ni en su cama.

Habían pasado días y semanas y Jordan se había dado cuenta de que no deseaba a las hermosas mujeres que iban a su casa y le hacían saber que estarían encantadas de ocupar el lugar que Crista había tenido en su vida.

No había deseado a ninguna de ellas.

Hasta Stephanie.

Stephanie McKinley había entrado en su vida como una ráfaga de aire fresco. Respondiéndolo. Desafiándolo. Excitándolo…

–¡Pues te alegrará saber que no has perdido tu habilidad sexual! Ahora, si me disculpas…

–¡No, no te disculpo! –Jordan se puso en pie, la agarró del brazo con fuerza y la giró para mirarlo–. Estás tergiversando esta conversación deliberadamente por culpa de tu relación con alguien llamado Richard.

–¡No tengo ninguna relación con alguien llamado Richard!

–Ya no –aceptó Jordan–. Pensé que ése era el problema. ¿Pero no te das cuenta de que el hecho de que respondas a mí demuestra que tus sentimientos hacia ese hombre no son tan fuertes como crees? No habrías podido responder como acabas de hacerlo si estuvieras enamorada de otra persona.

–Me niego a seguir hablando de esto, Jordan.

Jordan frunció el ceño, frustrado. Una parte de él deseaba volver a besarla, pero la otra parte deseaba darle un azote en el trasero. .

–Tal vez podamos hablar de nuevo cuando hayas tenido tiempo de calmarte –le sugirió.

Aquellos ojos verdes le lanzaron una advertencia antes de zafarse de su mano.

–Dudo mucho que vaya a calmarme en breve –dijo–. ¡Ahora vete, por favor! –se dirigió hacia el cuarto de baño y cerró de un portazo tras ella después de deleitar a Jordan con una visión de sus nalgas desnudas.

Había sido un poco brusco con ella, reconoció Jordan al oír el sonido de la ducha, lo

que indicaba que Stephanie pensaba tomarse su tiempo antes de salir.

Se vistió despacio antes de utilizar el bastón para apoyarse y mirar con enfado hacia la puerta del cuarto de baño. Tal vez Stephanie no quisiera hablar con él, pero iba a escuchar lo que tenía que decirle. ¡Y pronto!

Se detuvo en seco cuando entró en la sala de estar y vio a Gideon sentado en el sofá ojeando una revista.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí? –preguntó Jordan.

Gideon lo miró con ojos burlones, dejó la revista sobre la mesa y se puso en pie.

–¿Legendario amante? –preguntó.

–¡Vete al infierno, Gid! –Jordan cojeó por la sala hasta su dormitorio y cerró con un portazo tan fuerte como el de Stephanie en el cuarto de baño minutos antes.

A Stephanie le llevó sólo diez minutos ducharse y vestirse en el cuarto de baño. Evitó mirar las sábanas revueltas de la cama cuando regresó al dormitorio para recoger su chaqueta y su maleta.

Salió de la habitación como si el diablo le pisara los talones. Huyendo de aquellos recuerdos eróticos de Jordan y ella haciendo el amor en la cama.

–¿Ya nos abandonas, Stephanie?

Se dio la vuelta y vio a Gideon St Claire apoyado en la pared junto a la puerta de la suite de Jordan.

Stephanie alzó la barbilla al ver su mirada inquisitiva.

–Obviamente, con vuestra madre aquí, estaréis muy ocupados durante los próximos días, así que pensé que sería mejor regresar a mi piso.

–Estoy totalmente de acuerdo. Jordan puede ser un completo idiota.

Stephanie sintió el rubor en sus mejillas y maldijo la palidez de su piel por enésima vez.

–No creo haber mencionado a Jordan.

–Pero estabas pensándolo –dijo Gideon mientras se apartaba de la pared–. A mi madre le gustaría conocerte.

Stephanie sintió un vuelco en el corazón al pensar en conocer a la matriarca de la familia St Claire cuando acababa de hacer el amor con su hijo pequeño.

–No creo que sea buena idea.

–¿Por qué no?

–Bueno… porque… –estiró los hombros y lo miró directamente a los ojos–. Porque no pienso volver aquí después de hoy, Gideon.

Él arqueó las cejas.

–¿Y eso impide que conozcas a mi madre?

–Hace que sea una… complicación innecesaria –Stephanie le dirigió una mirada para rogarle que comprendiese lo que no estaba diciéndole en voz alta.

Gideon simplemente sonrió.

–¿Acaso las cosas entre Jordan y tú pueden complicarse más?

Stephanie sintió que el rubor abandonaba sus mejillas con la misma rapidez con la que había aparecido. Aquel hombre sabía perfectamente lo que acababa de suceder en su dormitorio.

–Obviamente no –respondió ella. Ya no se atrevía a devolverle la mirada.

–¿Así que vas a huir sin más? ¿Ya está? –preguntó Gideon.

Stephanie apretó los labios.

–Lucan me contrató como fisioterapeuta para Jordan. Obviamente eso ya no es posible. No hay nada más que pueda hacer aquí –añadió mientras Gideon seguía mirándola con los párpados entornados.

–Ya has hecho por Jordan más de lo que nadie había podido hacer desde el accidente.

–Eso parece –dijo ella tímidamente.

–No me refería a la relación personal que podáis tener.

–Al contrario de lo que puedas pensar, yo no tengo una relación personal con tu hermano –le dijo Stephanie con determinación–. Ahora tengo que irme… –se detuvo cuando Gideon estiró la mano y la agarró del brazo.

–Antes de que fueras a Gloucestershire, Jordan se había apartado de todos. No hablaba con nadie –negó con la cabeza y la soltó–. Llevaba así tanto tiempo que empezábamos a pensar que no volvería a salir de su caparazón. Pero cambió cuando tú llegaste, Stephanie. Yo pude ver la diferencia nada más llegar a Mulberry Hall ayer.

–Yo no hice nada.

–No hacía falta que hicieras nada salvo ser tú misma –le aseguró Gideon–. Al veros a los dos juntos me di cuenta de que es la naturaleza de tu personalidad lo que le provoca. Le desafía.

–No creo que decir que logro despertar el enfado de Jordan y lo provoco para hacer cosas sea muy halagador.

–Me estás malinterpretando a propósito –dijo Gideon.

–No, Gideon. No es verdad –Stephanie suspiró, estiró la mano y le apretó el brazo, sabiendo que su preocupación por Jordan era auténtica–. Me alegra que pienses que he molestado a Jordan lo suficiente como para lograr que saliese de su aislamiento al fin, pero mi decisión de marcharme se basa en mis propias necesidades, no en las suyas. Simplemente no puedo quedarme aquí más tiempo. No puedo.

–¿Crees que Jordan va a dejar que salgas de su vida?

–¿Tú no lo crees?

–Conociendo a Jordan, lo dudo.

–Creo que te equivocas.

Al menos esperaba que Gideon estuviera equivocado.

No había ningún futuro para Jordan y ella. Aunque pudiera persuadirlo para creer que no tenía ninguna relación con Richard Newman, él seguía siendo un actor mundialmente famoso mientras que ella era una simple fisioterapeuta. Jordan vivía y trabajaba en Estados

Unidos; ella vivía y trabajaba en Inglaterra. Aquella casa, el helicóptero privado, la opulencia de Mulberry Hall… Todas esas cosas acentuaban la diferencia que había entre ellos, tanto social como económica.

Y lo peor de todo era que Stephanie sabía que no había sido más que una distracción para Jordan. Cuando recuperase la movilidad en la pierna y volviese a Los Ángeles a trabajar, se olvidaría de que Stephanie McKinley existía.

Capítulo 11

QUÉ estás haciendo aquí, Jordan?

Jordan frunció el ceño cuando Stephanie dejó claro que no tenía intención de dejarle entrar por la manera de dejar la puerta de su piso medio cerrada.

–Creo que es evidente la razón por la que estoy aquí –respondió él, apoyado con impaciencia sobre su bastón.

Había pasado la mañana en la clínica con su madre y la pierna le dolía más que antes, así como por el esfuerzo de haber ido hasta el edificio de Stephanie y, tras descubrir que no tenía ascensor, tener que subir los dos pisos andando.

–Para mí no es evidente –dijo ella.

Llevaba el pelo recogido en una coleta e iba vestida con una camiseta azul y vaqueros gastados de cintura baja. Pero tenía la cara tan pálida que las pecas de la nariz resaltaban en contraste.

–Te sugiero que me invites a entrar, Stephanie, antes de acabar con un hombre inconsciente en tu puerta.

Stephanie mantuvo la puerta medio cerrada mientras contemplaba a Jordan. Vio la tensión en sus ojos y en su boca, así como la ligera palidez de sus mejillas.

–¿Cómo ha ido la cita de tu madre con el especialista? –estaba preocupada por la salud de la otra mujer, a pesar de saber que no volvería a tener contacto con el resto de miembros de la familia St Claire.

Jordan había dejado claro con sus comentarios el día anterior que lo que había ocurrido entre ellos no significaba nada para él salvo la reafirmación del deseo físico.

Mientras que para Stephanie lo había significado todo.

Había deseado a Jordan Simpson durante años mientras lo veía en la pantalla. Pero en los últimos días se había enamorado por completo de Jordan St Claire.

Por desgracia era tan improbable que Jordan St Claire se enamorase de ella como que lo hiciera Jordan Simpson.

–Jord… –se detuvo cuando el teléfono de su piso comenzó a sonar.

Las inquietantes llamadas sin respuesta que eran parte de la razón por la que Stephanie quería abandonar Londres se habían reanudado a primera hora de la mañana. Ya llevaba cuatro. Stephanie había respondido a las dos primeras, pero siempre colgaban.

No era difícil saber quién estaba realizando esas llamadas, y Stephanie había llamado a Joey para pedirle que utilizara su influencia legal con la compañía telefónica y le consiguiera un nuevo número lo antes posible.

Stephanie se dio cuenta demasiado tarde de que debería haber descolgado el auricular mientras esperaba ese nuevo número.

Jordan arqueó las cejas.

–¿No vas a contestar?

Stephanie se encogió de hombros.

–Volverán a llamar si es importante.

–Si me dejas entrar y contestas al teléfono, entonces no tendrán que volver a llamar.

–No tenemos nada que decirnos, Jordan…

–Puede que tú no tengas nada que decirme a mí, pero yo sí tengo algunas cosas que decirte a ti –no esperó a que Stephanie abriera más la puerta. Empujó con el bastón y entró en el piso.

Al menos el teléfono ya había dejado de sonar cuando Stephanie siguió a Jordan hasta la sala de estar.

–¿Y bien? –preguntó mientras él se sentaba en uno de los sillones.

Jordan no respondió de inmediato y se dedicó a echar un vistazo a su alrededor. Le gustaba la simplicidad de las paredes color crema, adornadas con varios cuadros de Venecia pintados por Turner. Había tres alfombras de colores en el suelo, y el único mueble era el de la televisión, una mesita para el café, un sofá y dos sillones cubiertos con numerosos cojines. A pesar de la simplicidad de la habitación, a Jordan le parecía tan acogedora como la propia Stephanie.

–Las pruebas dicen que el tumor de mi madre es benigno.

–¡Eso debe de ser un alivio para ti! –exclamó Stephanie.

–Sí –respondió él–. Stephanie, ¿por qué te marchaste sin despedirte?

Stephanie juntó las manos para que no viera que le temblaban.

–Hice lo que consideré mejor.

–¿Para quién?

–Para mí, de hecho –contestó sinceramente–. Y para ti también, claro. Habría sido raro para todos si me hubiera quedado en tu casa después de lo que ocurrió ayer entre nosotros.

Jordan arqueó las cejas.

–No me avergüenzo con tanta facilidad.

–Suerte para ti –dijo Stephanie–. Cuando bajé las escaleras, Lucan salió de su estudio para decirme que habían enviado mi coche desde Gloucestershire. Le expliqué entonces que no sentía que pudiera hacer nada para ayudarte. Pareció satisfecho con mi decisión de marcharme.

–¡Pero yo no estoy satisfecho con tu decisión! –gruñó Jordan.

–¿No? Bueno. Probablemente estés un poco… molesto conmigo en este momento. Pero se te pasará.

–Estoy disgustado, Stephanie, no irritado. Tenemos que hablar, y te marchaste antes de que pudiéramos hacerlo.

–Porque no tengo nada más que decirte… –Stephanie se detuvo cuando el teléfono volvió a sonar. Definitivamente tenía que haber descolgado el auricular. Y lo habría dicho si no hubiera estado esperando a que la compañía telefónica la llamase para darle el nuevo número. Tal vez incluso fueran ellos en esa ocasión. Pero con Jordan allí, Stephanie no tenía ganas de descolgar y descubrir que se trataba de Rosalind Newman otra vez.

Stephanie sentía pena por la otra mujer, pero eso no hacía que resultase más fácil ser el centro de sus obsesiones.

Jordan la miró con impaciencia cuando ella volvió a ignorar la llamada.

–Si no respondes tú, lo haré yo –le dijo mientras estiraba el brazo hacia el teléfono.

–No… –Stephanie se rindió en su esfuerzo por evitar que respondiera cuando Jordan se llevó el auricular a la oreja.

–Residencia de Stephanie McKinley –dijo mirando a Stephanie–. ¿Diga? –frunció el ceño–. ¡Diga! –repitió con impaciencia–. ¿Pero qué diablos…? –colgó lentamente antes de volverse hacia Stephanie.

Ella se humedeció los labios, sabiendo por la expresión de Jordan que aquella quinta llamada debía de haber terminado de la misma manera abrupta que las anteriores.

–Parece que tengo un acosador –dijo ella sin darle importancia–. La compañía telefónica ya está informada y van a darme otro número.

–¿Por qué no llamas a la policía? ¿Y cuánto tiempo llevas así? –preguntó Jordan.

–La policía está demasiado ocupada como para molestarla con un idiota que llama y cuelga –respondió ella apresuradamente–. Lleva pasando unas dos semanas. Pero esta mañana está especialmente pesado.

–¿Un par de semanas? –repitió Jordan con incredulidad–. ¿Un loco lleva acosándote un par de semanas y te decides a hacer algo ahora? Tu hermana es abogada. ¿Por qué no le has dicho que haga algo?

Porque Stephanie no le había hablado de las llamadas a Joey en un primer momento; había albergado la esperanza de que Rosalind dejara de acosarla antes de tener que involucrar a sus abogados o a la policía.

–Ya se está encargando de ello.

–¡Pero a juzgar por tu estado de nervios, no ha sido lo suficientemente pronto!

–Sólo son llamadas perdidas, Jordan. Ella se… Ellos se cansarán tarde o temprano.

–¿Ella?

–Él. Ella. ¿Qué importa el sexo?

–No importa –dijo Jordan–. A no ser que sepas de quién se trata.

–¿Y por qué crees que iba a saberlo?

–Dímelo tú –dijo Jordan.

Jordan se había puesto furioso la noche anterior al descubrir que Stephanie se había marchado sin decírselo. Tan furioso que había decidido esperar hasta el día siguiente para ir a verla para que se le pasara el enfado durante la noche. Pocos minutos en su compañía y ya sabía que el retraso de doce horas había sido una pérdida de tiempo.

–¡Stephanie! –exclamó.

Ella apretó las manos y lo miró con el ceño fruncido.

–No es asunto tuyo, Jordan.

–Yo creo que sí lo es.

–No tienes derecho a venir aquí y exigir saber cosas sobre mi vida privada.

–Al dejarme tener acceso a tu cuerpo me has dado ese derecho.

Stephanie se sorprendió y se quedó con la boca abierta.

–¡Eso no viene a cuento, Jordan!

Jordan lanzó su bastón sobre el sofá y agarró a Stephanie por los brazos.

–¡Igual que tampoco venía a cuento que te marcharas ayer sin despedirte! ¿Cómo crees que me hizo sentir eso, Stephanie? Sé que anoche estabas disgustada, pero eso no justifica que te marcharas así, sin una explicación.

–El hecho de que me marchara debería ser explicación suficiente –dijo ella.

Jordan la soltó y dio un paso atrás.

–¿Fue tu manera de decirme que preferirías que nuestra relación no continuara?

–No tenemos una relación, Jordan. Dijiste que habías estado jugando conmigo.

–¿Ésa es tu excusa? ¿Se trata de ese tipo, Richard?

–¡Ya te he dicho que no! –insistió ella.

–¿Entonces qué es?

–¡Eres Jordan Simpson!

–¿Y?

–¡Llevo diez años obsesionada contigo!

–¿Obsesionada?

–Obsesionada –repitió Stephanie–. Echa un vistazo a mi colección de DVDs, Jordan –señaló el armario que había junto a la televisión–. Me he comprado todas tus películas. Pero antes arrastré a mi hermana al cine a verlas. Mi idea de una velada agradable en casa es poner una de tus películas y babear mientras te miro durante dos horas.

–¿Así que la obsesión que tienes es sólo por Jordan Simpson?

No, desde luego que no era así. Pero se había enamorado de Jordan St Claire. Un hombre completamente opuesto al encantador y sofisticado Jordan Simpson.

Algo que Stephanie no tenía intención de admitir, y mucho menos a él.

–Sí –confirmó–. Lo siento, Jordan. Intenté no implicarme personalmente contigo. Te dije que no era una buena idea. Pero tú siempre has sido mi fantasía, y cuando ayer me vi en la cama contigo…

–No hace falta que digas más –respondió él con una mirada fría–. Nunca imaginé que fueras una admiradora histérica.

–Tampoco soy eso –contestó ella indignada.

–Yo creo que sí. Es una pena para ti que nos hayamos conocido cuando no estoy en mi mejor momento –dijo Jordan mientras se agachaba a recoger su bastón–. ¡Es evidente que no he logrado estar a la altura de la fantasía!

Stephanie odiaba aquella conversación.

Amaba a aquel hombre. No a Jordan Simpson. Ni siquiera a Jordan St Claire, sino al hombre que tenía frente a ella en aquel momento. El hombre que en Gloucestershire había sido capaz de bromear a pesar del dolor. El hombre que había hecho el amor con ella el día anterior con una pasión que no iba a poder olvidar. Que no quería olvidar.

Deseaba que las cosas pudieran ser diferentes. Deseaba poder explicarle lo de Richard Newman; poder contarle la verdad y que él la creyese. Que él también la amase. Pero Jordan no la amaba, nunca lo haría. Al fin y al cabo sólo había hecho el amor con ella para demostrar

que aún podía sentir deseo por una mujer.

Lo cual no le dejaba otra alternativa a Stephanie que intentar mantener el poco orgullo que le quedaba.

–Yo no tengo ninguna queja –le dijo.

–Yo tampoco.

–Entonces… –se detuvo cuando llamaron al timbre–. Podría ser alguien de la compañía telefónica.

–No creo que vayan a las casas de la gente a cambiarles el número –razonó Jordan.

Stephanie tampoco lo creía. Y por eso se mostraba reticente a ir a abrir la puerta.

Jordan descubrió que estaba aún más furioso que la noche anterior. Furioso y decepcionado por que Stephanie estuviese enamorada de su imagen en la pantalla, al igual que tantas otras mujeres a las que había conocido, en vez de sentirse atraída por el hombre que realmente era.

Había soñado con convertirse en actor profesional desde que protagonizara una obra de teatro en el colegio a los once años. Había elegido ir a la escuela de Arte Dramático en vez de a la universidad. Había trabajado en varias obras en Inglaterra antes de que le ofrecieran un papel en una película en Estados Unidos diez años atrás.

Disfrutaba con el éxito que había obtenido. Disfrutaba con ese estilo de vida. Con el estatus de celebridad. Pero una de las desventajas siempre había sido que las mujeres se sentían atraídas por Jordan Simpson y no por Jordan St Claire. Por desgracia Stephanie no era una excepción.

–Es hora de irme –dijo con un suspiro, y frunció el ceño cuando volvieron a llamar a la puerta, de manera más insistente en esa ocasión–. ¿No deberías ir a ver quién es?

–Creí que habías dicho que era importante que termináramos esta conversación –dijo ella.

–Por lo que a mí respecta, ya ha terminado.

Ella le dirigió una sonrisa vacía de contenido.

–No estoy de humor para más visitas esta mañana.

Jordan frunció el ceño ante su evidente reticencia a abrir la puerta.

–Stephanie, ¿qué diablos está pasando aquí?

–Nada.

–No te creo.

–No tengo que darte explicaciones.

–Tienes razón –dijo Jordan, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta de entrada–. Tal vez tu visita se muestre más comunicativa.

–No, Jordan…

Jordan había abierto la puerta antes de que Stephanie se diera cuenta de cuál era su intención, y frunció el ceño al ver a la mujer que había en el rellano.

A juzgar por el comportamiento evasivo de Stephanie, había imaginado que la visita sería un hombre. Tal vez ese tal Richard.

Pero la mujer que se encontraba en la puerta era una rubia alta, de unos treinta y tantos años, con un brillo rabioso en sus ojos azules mientras miraba a Stephanie por encima del hombro de Jordan.

Aquellos ojos azules miraron a Jordan antes de fijarse en su bastón.

–¿Otro más, Stephanie? –preguntó la mujer.

–Yo…

–¿Otro qué? –preguntó Jordan.

–Tal vez no lo sepa, pero Stephanie tiene por costumbre tener aventuras con sus pacientes –dijo la mujer–. ¡Primero mi marido y ahora usted!

Aquello tenía que ser una pesadilla.

Que Rosalind Newman se presentara en su puerta ya era suficientemente malo, pero que lanzase sus acusaciones envenenadas delante de Jordan era aún peor.

–Rosalind –dijo ella–, no puedes…

–¡Puedo hacer lo que me dé la gana! –exclamó la otra mujer.

Los últimos meses de crisis matrimonial habían envejecido a Rosalind; estaba mucho más delgada y su rostro era más duro que la primera vez que Stephanie la viera tres meses atrás.

–¡Salvo recuperar a mi marido después de que me lo robaras! –dijo Rosalind–. ¿Richard sabe lo de este hombre? –miró a Jordan.

Stephanie ni siquiera podía mirar a Jordan para ver cómo interpretaba aquella conversación. Pasó junto a él para enfrentarse directamente a Rosalind. Aunque no debía de quedarle duda de lo que Rosalind acababa de decir.

–No hay nada que saber, Rosalind –dijo ella–. Y aunque lo hubiera, no sería asunto de Richard. Por última vez, no tengo ni he tenido una aventura con tu marido. Era mi paciente, sí, pero ésa era nuestra única relación.

–No te creo –dijo Rosalind con los párpados entornados.

–Ya lo sé –respondió Stephanie–. Y siento mucho que no lo hagas, pero eso no hace que no sea la verdad.

Rosalind levantó las manos con los dedos doblados como garras dispuestas a atacar.

–No eres más que una maldita destrozahogares…

–¡Me parece que no! –Jordan alzó el bastón para aplacar el ataque de aquellas garras antes de que arañaran a Stephanie–. Váyase a casa –le dijo con firmeza mientras se colocaba delante de Stephanie.

–Aún no he terminado.

–Oh, desde luego que sí –dijo Jordan–. Y si quiere saber quién ha destrozado su hogar, entonces será mejor que se mire en un espejo.

–¿Cómo se atreve…? –la mujer se detuvo de pronto y pareció mirarlo de verdad por primera vez–. ¿Yo lo conozco?

–¡Gracias a Dios, no! –exclamó Jordan.

–Me resulta familiar…

–Me pasa mucho.

–¿Vosotros estáis… juntos?

–Sí –contestó Jordan sin dudar.

–No lo comprendo –de pronto parecía menos segura de sí misma–. ¿Pero qué pasa con Richard?

–Stephanie ya le ha dicho que no tiene ni ha tenido una aventura con su marido –insistió Jordan.

–¡Pero me estoy divorciando por culpa de ella!

–Lo siento mucho –dijo Jordan–. Pero ha cometido un error con respecto a su implicación. Ahora, si nos disculpa… –empujó a Rosalind con el bastón hasta que estuvo al otro lado de la puerta–. Le aconsejo que no vuelva aquí a molestar a Stephanie.

La rabia parecía haber dado paso a la confusión, como si la mujer no supiera cómo había llegado hasta allí.

–Creo que necesita ayuda profesional antes de que acabe haciéndole daño a alguien además de a usted misma –añadió Jordan.

–Yo… sí –dijo la mujer.

–Rosalind…

–¡Déjala marchar, Stephanie! –ordenó Jordan cuando Stephanie hizo ademán de seguirla–. Deja que se vaya con algo de orgullo.

Stephanie se detuvo en seco, miró a Jordan y vio la expresión en aquellos preciosos ojos dorados.

A pesar de haberla defendido tanto verbal como físicamente, era evidente que Jordan seguía sin estar convencido de su inocencia en la ruptura del matrimonio de Rosalind Newman.

Capítulo 12

ES ella la que te llama por teléfono?

Stephanie había vuelto a entrar en su piso y había empezado a prepararse un café en la cocina. Segura, tras oír la puerta cerrarse, de que Jordan habría aprovechado la oportunidad para marcharse. Obviamente se había equivocado.

Se dio la vuelta y lo miró, apoyado sobre su bastón con una expresión enigmática.

–Sí –admitió ella.

Jordan asintió.

–¿Y el hecho de que un hombre respondiera a la última llamada es razón suficiente para hacerte una visita?

–Probablemente… dado que la residencia de los Newman está a menos de un kilómetro –contestó Stephanie–. Al menos Rosalind vive a menos de un kilómetro –añadió–. Creo que Richard se mudó a un apartamento hace varias semanas.

–¿Pero no estás segura?

Stephanie apretó los dientes con frustración ante una situación que ya era suficientemente complicada antes de la intervención de Rosalind Newman.

–Mira, Jordan, sé lo que parece, sobre todo después de lo que ha ocurrido entre nosotros estos últimos días, pero…

–No creo que tu problema con Rosalind Newman tenga algo que ver con lo que ha ocurrido entre nosotros –dijo Jordan.

Stephanie lo miró recelosa.

–¿Ah, no?

–Ya me has asegurado que nuestra relación ha llegado hasta donde lo ha hecho porque estabas obsesionada con Jordan Simpson –le recordó con frialdad–. Lo que parecería indicar que ambos incidentes no tienen nada que ver.

–Tú también eras mi paciente.

–Creo que los dos estamos de acuerdo en que nunca has llegado a tener conmigo una relación laboral.

–Y tampoco tuve una aventura con Richard Newman.

–¿Acaso he dicho que la tuvieras?

–¡No, pero Rosalind sí! –Stephanie se sonrojó al pensar en las acusaciones que la otra mujer había lanzado delante de Jordan.

Él se encogió de hombros, entró en la cocina y se sentó en uno de los taburetes de la barra del desayuno.

–Creo que podemos decir que la pobre mujer está un poco alterada emocionalmente por la ruptura de su matrimonio. Tanto que busca a alguien a quien culpar.

Stephanie lo miró con incertidumbre.

–¿Realmente me crees cuando te digo que no tuve una aventura con Richard Newman?

–¿Acaso no debería?

Claro que debería creerla, puesto que no era más que la verdad. Pero Stephanie no había imaginado que fuese a hacerlo.

–Aunque creo que Rosalind tiene razón al pensar que Richard tiene una aventura con alguien.

–¿Pero no contigo?

–No.

La rabia de Jordan se había disipado al darse cuenta del problema de Stephanie. Por mucha pena que sintiera por el dilema de Rosalind Newman, el comportamiento de la mujer indicaba que estaba al borde del ataque de nervios.

–Sirve café para los dos, ¿quieres? –le dijo a Stephanie–. Y luego dime por qué crees que Newman está teniendo una aventura y que no le importa que alguien inocente sufra las consecuencias de la ira de su esposa.

–Creo que no tienes que molestarte con mis problemas…

–¿Cuando ya tengo suficiente con los míos? –sugirió Jordan.

–¡No quería decir eso!

–Sirve el café, Stephanie, y deja que me moleste con lo que quiera.

Stephanie seguía sin parecer convencida, pero sirvió el café de todas formas y colocó las tazas junto con la leche y el azúcar sobre la barra del desayuno antes de ocupar el taburete frente a Jordan.

–¿Qué quieres saber?

–Todo.

En lo que a Jordan concernía, todo había empezado de manera inocente. Richard Newman había tenido un accidente de coche y había requerido fisioterapia diaria en casa tras recibir el alta en el hospital. Aquellos tratamientos se habían visto reducidos a tres veces por semana en la pequeña consulta de Stephanie después de que él recuperase casi toda la movilidad y volviera a trabajar.

–Déjame adivinar –dijo Jordan–. Ahí fue cuando comenzaron los problemas.

Stephanie suspiró.

–Parece que Rosalind y el jefe de Richard seguían pensando que Richard recibía tratamiento cinco tardes a la semana.

–¿Así que en esas otras dos tardes se veía con alguien?

–Es lo único que se me ocurre –contestó Stephanie–. Desde luego no pasaba ese tiempo conmigo.

–Ya he dicho que te creo, Stephanie.

–¿Pero por qué me crees?

Una pregunta interesante, pensó Jordan. Interesante, pero totalmente inútil, pues Stephanie ya le había asegurado que sólo estaba interesada en él como actor.

–Puede que tengas tus defectos, Stephanie, pero no creo que la falta de sinceridad sea uno de ellos –respondió él. Agarró el bastón y se puso en pie de pronto–. Espero que todo se

resuelva.

–¿Te vas?

–A no ser que creas que hay algo más que tengamos que decirnos.

No, Stephanie estaba bastante segura de que no había más que decir que pudiera disminuir la brecha que se había abierto entre ellos. Desde luego no podía decir nada que hiciese que Jordan se quedase. Nada que le hiciese amarla tanto como ella lo amaba a él.

–No –respondió.

–Eso me parecía.

–Gracias por escucharme –le dijo mientras lo acompañaba a la puerta–. Me ha ayudado.

–Tengo billete para volar mañana a Estados Unidos.

Stephanie se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos y un sentimiento de pérdida en el pecho.

–¿De verdad?

–He decidido seguir tu consejo y regresar a ver a mi especialista en Los Ángeles.

–¡Es una noticia maravillosa! –exclamó ella con una sonrisa.

–Al menos podías intentar disimular tu entusiasmo por verme marchar.

Estando enamorada de él, claro que no le entusiasmaba saber que Jordan iba a abandonar Inglaterra al día siguiente y a regresar a su vida en Los Ángeles, con mujeres hermosas como Crista Moore.

Pero como fisioterapeuta le entusiasmaba saber que Jordan regresaba a Estados Unidos para buscar la ayuda profesional que necesitaba, y que hasta el momento se había negado a aceptar.

–Estoy entusiasmada porque sé que estás haciendo lo correcto –le dijo.

–Espero que tengas razón –contestó él de manera enigmática, y le dirigió una última mirada antes de darse la vuelta y marcharse.

Desde un punto de vista profesional, Stephanie sabía que tenía razón.

Desde un punto de vista personal, sintió que su corazón se rompía al ver a Jordan alejarse de su vida para siempre…

–¡Vino! ¡Necesito vino! –dijo Joey tras dejarse caer en el sofá de Stephanie y poner los pies sobre la mesita del café.

Stephanie miró a su hermana antes de ir a la cocina a por una botella de vino tinto y dos copas. Ambas hermanas solían pasar una noche a la semana juntas, poniéndose al día. Aunque Stephanie no tenía mucho que contarle a Joey. Las últimas dos semanas las había pasado trabajando sin parar. Todo en un esfuerzo inútil por sacar a Jordan de sus pensamientos.

–¿Un día duro? –preguntó tras sentarse en una silla frente a Joey.

Su hermana se bebió media copa de vino antes de responder. Aún llevaba uno de esos

trajes que siempre llevaba a trabajar; aquel día era marrón, con una blusa de seda color crema y la cara perfectamente maquillada.

–Sólo por la tarde. ¡Qué hombre tan horrible!

–¿Quién? –preguntó Stephanie.

–Gideon St Claire –contestó Joey–. Debe de ser el hombre más pomposo y arrogante que…

–¿Mi Gideon St Claire? –preguntó Stephanie.

Joey resopló.

–Bueno, yo no iría tan lejos, hermanita.

–¡Sabes bien a lo que me refiero! –Stephanie estaba muriéndose de la impaciencia–. Creí que Gideon no iba a los tribunales últimamente.

–No va, gracias a Dios –contestó Joey–. Pidió una cita y vino a verme al despacho. Tengo que decirte, Steph, que tienes amigos muy poderosos –dio otro trago al vino antes de seguir hablando–. Gideon St Claire es un hombre que da miedo. Y tan frío que me sorprende que no le cuelguen carámbanos de hielo. Aun así, él ha triunfado donde yo he fracasado. Así que supongo que no puede ser tan malo.

–Joey, ¿puedes retroceder un par de frases? –preguntó Stephanie–. Para empezar, yo no diría que Gideon St Claire sea amigo mío.

–Entonces a lo mejor simplemente le gustas –comentó su hermana–. Lo que sea. El caso es que lo ha logrado. Eso es lo único que…

–¡Joey, para! –Stephanie silenció a su hermana, sabiendo que podía estar así durante horas–. Empieza desde el principio y dime exactamente por qué Gideon concertó una cita para verte hoy.

Joey bajó los pies de la mesa y se inclinó hacia delante para rellenarse la copa.

–Es increíble. Sólo se ha ocupado del caso durante unos pocos días y ha conseguido arreglarlo sin necesidad de que vayamos a juicio.

–¡Joey, sigo sin entender una palabra de lo que estás diciendo!

–Se acabó, Steph –explicó su hermana pacientemente–. Con la ayuda de un investigador privado, Gideon St Claire ha conseguido demostrar que Richard Newman tenía una aventura con la mujer de su jefe. Obviamente eso no es una buena noticia para Rosalind, ni para Richard, claro, puesto que ha perdido el trabajo y a su esposa, pero significa que tú has quedado libre de toda culpa. Y todo gracias al arrogante Gideon St Claire.

Stephanie no podía creérselo.

–¿Pero por qué iba a hacer tal cosa? –preguntó al fin.

–Porque su sexy y atractivo hermano se lo pidió, claro.

–¿Jordan?

–¿Acaso tiene más de un hermano sexy y atractivo?

–De hecho sí –respondió Stephanie, y pensó en el guapo Lucan St Claire.

–Ah –su hermana pareció desconcertada durante unos segundos, pero se recuperó enseguida–. Bueno, en esta ocasión fue Jordan Simpson quien se lo pidió.

–¿Gideon te ha dicho eso?

–Eso y mucho más –contestó Joey–. Al parecer Jordan ingresó en una clínica privada de Los Ángeles hace dos semanas para someterse a otra operación.

–¿Y fue bien? –Stephanie fue incapaz de disimular su ansiedad.

–Desde luego –respondió Joey–. Según Gideon, la articulación de la cadera estaba mal alineada. Supongo que tú comprenderás mejor que yo lo que significa eso. En cualquier caso, el resultado final es que Jordan Simpson puede caminar de nuevo con normalidad. Tanto que va a protagonizar la película con el guión que ha estado escribiendo estos seis últimos meses.

Era la mejor noticia que Stephanie podría haber deseado escuchar. También explicaba lo que había estado haciendo Jordan durante las horas que había pasado en su estudio en Mulberry Hall.

Lo que no explicaba era por qué Jordan le había pedido a su hermano que intercediera y la ayudara en el caso de divorcio de los Newman, y tampoco explicaba que Gideon se mostrara tan dispuesto a hablar de su hermano con Joey.

–No lo comprendo –dijo poniéndose en pie.

–¿No? Steph, ¿cómo de unidos estuvisteis Jordan y tú durante los días que pasasteis en Gloucestershire?

Stephanie había estado intentando no pensar en Jordan las dos últimas semanas, y mucho menos pensar en la intimidad que habían compartido. Pero aquello era tan inesperado que ya no sabía qué pensar.

O qué sentir.

Tenía que hablar con Jordan. Necesitaba saber por qué se había tomado la molestia de pedirle a su hermano que la ayudase cuando ya tenía suficientes problemas en su vida. Tenía que saber si era simplemente un acto de generosidad o si era otra cosa lo que había provocado aquel gesto. ¿Y si…?

Stephanie frunció el ceño al oír el timbre de la puerta.

–¿Esperas a alguien más? –preguntó Joey.

–No –contestó ella–. Pero al menos sé que no será Rosalind Newman, que viene a insultarme de nuevo.

–Tal vez haya venido a disculparse –sugirió Joey.

–¡Pobre mujer! –Stephanie negó con la cabeza antes de ir a abrir la puerta.

Y se quedó sin palabras al abrir y encontrar a Jordan de pie en su rellano. Era demasiado después de lo que Joey acababa de contarle; un exceso de emociones para ella. Tanto que no pudo evitar echarse a llorar.

No era la reacción que había esperado, pensó Jordan al entrar por la puerta y estrechar a Stephanie entre sus brazos.

No estaba seguro de qué tipo de bienvenida había esperado después de no verla ni hablar con ella en más de dos semanas, pero desde luego no era aquélla.

–¿Quién es, Steph? ¿Qué le has hecho? –una pelirroja acusadora había aparecido en la

puerta de la sala de estar con el ceño fruncido–. ¿Son malas noticias? ¿Qué sucede? –se acercó y miró a Jordan–. ¡Oh, Dios mío!

Jordan le dirigió una sonrisa.

–Tú debes de ser Joey –dijo. Su parecido facial con Stephanie era evidente a pesar de tener el pelo corto y vestir de traje.

Ella asintió con la cabeza y siguió mirándolo.

–¿Queréis estar solos?

–¡No!

–¡Sí! Sí, Stephanie –repitió Jordan con firmeza–. Ha sido un placer conocerte –le dijo a Joey por encima de la cabeza de Stephanie.

–El placer ha sido mío –murmuró ella suavemente–. Llámame, Steph.

Parecía incapaz de dejar de mirar a Jordan, incluso cuando le dio a su hermana un beso en la mejilla antes de marcharse.

Stephanie se sentía un poco avergonzada por su reacción al volver a verlo. ¿Qué iba a pensar de ella? Echarse a llorar sin más porque lo había encontrado en su puerta.

Se secó las lágrimas apresuradamente y se apartó de él.

–¿Qué estás haciendo aquí, Jordan? –preguntó–. No sé si deberías haber volado hasta aquí cuando tu operación está tan reciente.

Se quedó sin respiración cuando lo miró detenidamente. Tenía el pelo más corto de lo que recordaba. Su rostro ya no poseía esa expresión sombría y dolorida. Las líneas de tensión en torno a su boca y sus ojos habían desaparecido y estaba completamente afeitado. Sus ojos brillaban con claridad cuando le devolvió la mirada. Parecía sano, vestido completamente de negro y sin bastón.

–La operación fue un éxito –se dio cuenta Stephanie.

–Sí, así es –contestó él con una amplia sonrisa–. Gracias a ti.

–Yo no hice nada.

–Me dijiste una y otra vez que no hacía más que autocompadecerme. Me dijiste que me fuera para que volvieran a mirarme la pierna –le recordó él–. ¿Vas a invitarme a pasar, Stephanie? ¿O tanto me desprecias que vas a dejarme aquí fuera?

–Oh, por supuesto que no –Stephanie dio un paso atrás para permitirle entrar en su apartamento, y el corazón le dio un vuelco de alegría al ver que Jordan caminaba con normalidad.

Pero todavía no sabía qué estaba haciendo allí.

Lo siguió hasta la sala de estar.

–Me dijiste que Gideon también te decía que te autocompadecías –le dijo.

–Pero tenía más impacto viniendo de ti.

–No veo por qué.

–¿Ah, no?

–No.

–Enseguida te lo explico –dijo Jordan alegremente–. Quería llegar antes de que Gideon

se reuniera con tu hermana. Deseaba explicarte lo que pasaba antes de que hablara con Joey, pero por desgracia mi avión se retrasó.

–Sí, ¿de qué iba todo eso? –preguntó Stephanie–. No me malinterpretes. Fue muy amable por tu parte pedirle a Gideon que me ayudase con el asunto de los Newman. Pero no comprendo por qué lo hiciste.

Jordan se metió las manos en los bolsillos; le seguía sorprendido ser capaz de hacer un gesto tan simple sin acabar de bruces contra el suelo.

–Tú me ayudaste, así que quería ayudarte –le dijo a Stephanie.

Cualquier esperanza que Stephanie pudiera haber albergado con respecto a los motivos de Jordan se esfumó en aquel instante. ¿Qué había esperado? ¿Que Jordan la hubiera ayudado porque le gustaba? ¿Porque la amaba? «Vives en las nubes, Stephanie», se dijo a sí misma.

–Te lo agradezco, pero no tenías por qué tomarte tantas molestias.

–Claro que tenía que hacerlo, maldita sea –contestó Jordan con impaciencia–. Rosalind Newman empezaba a ser peligrosa. Para los demás, así como para ella misma. Gideon ha hablado con su abogado y ha aconsejado que busque ayuda médica antes de hacerle daño a alguien.

–¿Aconsejado? –Stephanie no podía imaginarse al arrogante Gideon St Claire dando consejos.

–De acuerdo –admitió Jordan–. Era parte del trato. No presentarás cargos contra ella si busca ayuda médica.

Stephanie se quedó con la boca abierta.

–Pero yo no tenía intención de…

–¿Puedes ofrecerme un café, o algo? Ha sido un vuelo muy largo y he venido directamente aquí desde el aeropuerto.

–Por supuesto –¿en qué estaba pensando al interrogarlo de ese modo por algo tan generoso por su parte? ¿Qué importaba por qué o cómo lo hubiese conseguido, siempre que ella ya no estuviese implicada en el caso de divorcio de los Newman?–. Tengo café ya hecho, pero Joey no se ha bebido todo el vino, si lo prefieres. Me temo que la visita de Gideon la ha dejado bastante alterada.

–Gideon produce ese efecto en las personas –contestó Jordan con una carcajada–. Y con un café bastará –añadió mientras la seguía hasta la cocina.

Stephanie parecía más delgada de lo que recordaba. Tenía cierta palidez en las mejillas y ojeras. Llevaba el pelo recogido en su habitual trenza, una camiseta negra y vaqueros ajustados de cintura baja que realzaban sus curvas.

–¿Cómo has estado, Stephanie? –preguntó tras sentarse los dos a la barra.

–Bien –respondió ella sin apartar la mirada de su taza–. Tengo mucho trabajo en este momento, así que me mantengo ocupada. He oído que tú también vas a volver muy pronto al trabajo.

Jordan deseaba que lo mirase. Que le permitiese ver por las ventanas de su alma sólo una vez para hacerse al menos una idea de lo que sentía con su regreso.

–En un par de meses, sí –contestó–. Stephanie, no he venido aquí para hablar de tu trabajo ni del mío.

–Te agradezco que hayas sacado tiempo en mitad de una visita familiar…

–He venido a Inglaterra sólo para verte a ti, Stephanie –dijo él–. Yo… –se detuvo y negó irritado con la cabeza cuando ella le dirigió una mirada sobresaltada.

Aquello le había parecido más fácil sentado en su casa de Malibú, imaginándose volver a ver a Stephanie y hablar con ella. Pero con ella allí, ni siquiera sabía por dónde empezar.

Se puso en pie y comenzó a dar vueltas de un lado a otro de la cocina mientras intentaba encontrar las palabras.

–Stephanie, si lo único que puedes ofrecerme es una obsesión con Jordan Simpson, entonces lo acepto, dure lo que dure.

Stephanie se volvió para mirarlo completamente confusa.

–¿Perdón?

–Fuiste sincera al decirme que la única razón para estar conmigo, para hacer el amor conmigo, era que siempre habías estado obsesionada con Jordan Simpson –le recordó–. He venido para decirte que estoy dispuesto a continuar la relación contigo en esos términos.

Stephanie se había puesto pálida.

–¿Quieres que tenga una aventura contigo?

–No, maldita sea. ¡Lo último que deseo es que tengas una aventura conmigo!

–Pero si acabas de decir que…

–Acabo de decir que lo aceptaré si es lo único que puedes ofrecerme.

Stephanie intentó buscarle el sentido a sus palabras. Quería tener una aventura con ella, pero no quería. ¿Qué significaba eso?

–No lo comprendo –dijo finalmente.

–Es bastante simple, Stephanie. Si no puedo tenerte en mi vida, entonces no deseo a nadie.

Parecía desconcertada.

–Pero dijiste que…

–Dije muchas cosas. Igual que tú. Una de ellas fue un completo malentendido por tu parte. Stephanie, tú no me devolviste el interés sexual; eres la única mujer con la que quiero hacer el amor.

–¿Pero qué pasa con Crista Moore? ¿Y esas rubias de piernas interminables con las que sueles salir?

–Dos semanas en Los Ángeles, rodeado de esas rubias, han sido más que suficiente para saber que ya no me siento atraído por ellas. La única mujer que me atrae es cierta pelirroja testaruda que cuestione todo lo que digo.

–¿Te refieres a mí?

–Claro que me refiero a ti, Stephanie. ¡Estoy enamorado de ti, maldita sea!

–¿Qué?

–Nunca se lo había dicho a ninguna mujer en toda mi vida. Esperaba que al hacerlo fuera recibido con un poco más de entusiasmo. Te quiero, Stephanie McKinley –repitió lentamente para que no hubiera más malentendidos–. Te quiero. Jordan St Claire te quiere. Jordan Simpson te quiere. Los dos te queremos. ¿Te queda claro?

Stephanie sentía que la cabeza empezaba a darle vueltas.

–Pero… ¡No puedes quererme!

–¿Por qué no?

–Bueno, porque… porque soy una chica normal. Y tú eres… tú eres…

–Jordan Simpson. Lo sé. Y me temo que es peor que eso, de hecho. Pero eso es algo de lo que podemos hablar en unos minutos –dijo él–. Stephanie, te quiero, y necesito saber qué te parecería tener una relación seria conmigo.

Stephanie tragó saliva y se preguntó qué podría haber peor que el hecho de que fuera Jordan Simpson, pero estaba demasiado asombrada como para preocuparse.

–Te operaste por todas esas cosas que dije sobre Jordan Simpson, ¿verdad? Porque creías que no te deseaba tal como estabas.

–Ésa no fue la única razón. Obviamente no podía seguir como estaba. Pero querer estar completamente en forma para ti era parte del motivo, sí.

Stephanie negó con la cabeza.

–Jordan, cuando me fui de tu casa, cuando viniste aquí, intenté… me sentía estúpida por lo que había ocurrido entre nosotros. Te dije esas cosas porque pensaba que me habías utilizado; intentaba salvar lo que me quedaba de orgullo.

–¿Quieres decir que no estás obsesionada con Jordan Simpson?

–¿No lo están todas las mujeres? –preguntó Stephanie, y se puso en pie con una sonrisa.

–Todas no –respondió Jordan–. Y tampoco tengo interés en lo que piensen de mí las demás mujeres –estiró los brazos y le agarró las manos–. Y tú no eres una mujer normal, Stephanie. Eres una mujer excepcional. Hermosa. Lista. Inteligente. Así como tremendamente deslenguada –dijo con una sonrisa, pero entonces se puso serio y la miró fijamente–. El tiempo que pasé contigo en Gloucestershire, y aquí en Londres, fue más que suficiente para saber que eres todo lo que podría desear en una mujer. Todo lo que siempre desearé y querré. Stephanie, no me importa que estés obsesionada con Jordan Simpson. Seré quien quieras que sea, siempre y cuando me digas que… ¡Oh, Dios, estás llorando otra vez! –exclamó al ver las lágrimas deslizarse por sus mejillas.

–Esta vez lloro porque estoy feliz –le aseguró Stephanie–. No estoy obsesionada con Jordan Simpson. Ha sido un objeto maravilloso para mis fantasías secretas. Pero es Jordan St Claire quien ha ocupado mis fantasías estas últimas semanas. Es Jordan St Claire el hombre del que me enamoré y con el que hice el amor.

–¿Me quieres? –preguntó él, asombrado–. Pero me comporté de manera grosera y fue desagradable contigo todo el tiempo. Sobre todo después de decirme que estabas obsesionada con Jordan Simpson.

–Te quiero a ti, Jordan. Seas quien seas. Grosero y desagradable. O magnético y sexy. Es a ti a quien quiero –dijo antes de lanzarse a sus brazos.

A Jordan no le importaba a cuál de sus personalidades quisiera Stephanie, siempre y cuando siguiera besándolo de esa forma. Aquellas dos semanas sin ella le habían hecho darse cuenta de que no quería vivir su vida sin Stephanie.

–¿Quieres casarte conmigo, Stephanie? –le preguntó largo rato después, cuando los dos yacían desnudos y saciados el uno en brazos del otro.

–Con todo mi corazón, Jordan.

–Nuestra vida en común nunca será aburrida, ¿verdad? –preguntó él con una suave carcajada.

Una vida en común que Stephanie esperaba que fuese larga y llena de amor y de hijos.

–¿Y ahora vas a decirme qué es eso a lo que te referías antes y que es aún peor? –preguntó en tono de broma.

Epílogo

ESO significa que a partir de ahora tengo que dirigirme a ti como «lady St Claire»? –preguntó Joey después de que Jordan y Stephanie hubieran posado ante las cámaras para cortar la tarta de bodas.

Jordan seguía con el brazo alrededor de la cintura de su esposa.

Stephanie era una “lady” completamente feliz en aquel momento.

Las últimas seis semanas habían sido frenéticas mientras preparaban la boda entre idas y venidas a Los Ángeles, pues Stephanie había cerrado su consulta en Londres para abrirla de nuevo en Los Ángeles cuando regresaran de la luna de miel en dos semanas.

La sensación de irrealidad de todo aquello había aumentado al saber que lo Jordan y Gideon eran lores y que Lucan era el duque de Stourbridge.

Tras su boda, ella se había convertido oficialmente en lady Stephanie St Claire.

Aunque en realidad seguía siendo simplemente Stephanie. Igual que Jordan era Jordan. Todos los Jordan. Jordan Simpson. Jordan St Claire. Lord Jordan St Claire. Y Stephanie los amaba a todos con locura.

–No, sigo siendo simplemente Steph para ti –le aseguró a Joey antes de que su hermana se alejara con la intención de molestar a Gideon, que estaba hablando con sus padres y con Molly St Claire.

Stephanie sonrió al contemplar el salón de baile de la casa de los St Claire y ver a los miembros de las dos familias charlando amistosamente entre sí.

Se volvió de nuevo hacia su marido.

–Te quiero mucho, Jordan –le dijo.

Él la rodeó con los brazos.

–Yo te querré siempre, Stephanie.

Stephanie se puso de puntillas y le susurró al oído:

–¿Queréis escapar conmigo para echar un vistazo a mi ropa interior, lord St Claire?

–Creí que nunca me lo pediríais, lady St Claire –contestó él con una sonrisa.

Sí. En lo que a ella concernía, la eternidad con Jordan le parecía un plan perfecto.

FIN

Podrás conocer la historia de Lucan St Claire en el segundo libro de la miniserie Aristócratas del próximo mes titulado: ARISTÓCRATA A SU PESAR